

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

LOS PRIMEROS 10 AÑOS DE UN NIÑO AISLADO

EN UN RANCHITO DE SINALOA

RELATO PERIODÍSTICO

TESINA QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

P R E S E N T A:

CRUZ MEJÍA ARÁMBULO

MÉXICO 2007

ASESORA: DRA. FRANCISCA ROBLES



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimiento y dedicatoria
dos asuntos en sí muy parecidos;
se comparten los logros obtenidos
a lo largo de nuestra trayectoria.

No es un caso de orgullo y vana gloria,
es cumplir con nuestros seres queridos;
pues estamos todos comprometidos
con la escuela, la patria y nuestra historia.

Ahora sí de veras soy licenciado,
con la ayuda que todos me han brindado;
privilegio que la suerte nos da.

Ya soy universitario completo,
para toda la vida, lo prometo;
una goya: cachún cachún ra ra.

DEDICATORIA

A mis familiares consanguíneos y afectivos, ahora vivos o bajo tierra; a mis padres, a mis 10 hermanos, a mi esposa, a mis hijos, a mi Leoncito y a mis demás nietos que están por venir.

Dedicatoria y agradecimientos,
para el caso son una misma cosa;
me parece una dicha muy hermosa
el poder compartir mis sentimientos.

Mis amigos y yo estamos contentos,
mis hermanos, mis hijos y mi esposa;
mis maestros, la escuela generosa
me conceden gozar estos momentos.

Me tardé demasiado en titularme
y por eso quiero reivindicarme
ante ustedes por sus gestos tan nobles.

Ante todo mi reconocimiento,
dedicatoria y agradecimiento
a la profesora Francisca Robles.

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por haberme hecho persona de consciencia; a los buenos mexicanos por contribuir con mi educación; a mis compañeros de escuela, con quienes compartí sueños, juegos, esfuerzos y experiencias; a mis muchos amigos que no tuvieron el privilegio de ir a la escuela y me tendieron siempre su mano generosa; a mis muy cercanas amigas Ixchel Reyes e Irma Zamudio por todas las horas que me acompañaron tecleando frente a la máquina; a Norberto Mendoza quien visualizó y tomó las fotografías que se anexan; a todos mis profesores, desde el primero hasta el último, por darme su tiempo, su experiencia y sus conocimientos, a quienes reconozco como guías, como amigos y como hermanos mayores; en particular a mis cinco sinodales: Rocío Avendaño, Marcos Romero, Sonia Elizabeth Morales, Alberto Dallal y mi asesora Francisca Robles.

NI DEDICATORIA NI AGRADECIMIENTO

A los malos mexicanos que se han apropiado del poder y la riqueza nacional, creando un régimen de dependencia, de desigualdad social y pobreza extrema.

A los malos funcionarios públicos, que han entregado el país a los extranjeros a costa de nuestra soberanía y la integridad nacional.

Para los patrones, que con su voracidad, han acabado con la vida de muchos hombres, negándoles los mínimos derechos humanos, como el alimento, un techo suficiente, cobija para el frío, la educación, la salud y nuestra libertad, apropiándose de nuestro tiempo y de nuestra alegría.

Para los malos profesionales, pues en ellos está el potencial para la solución de muchas de nuestras necesidades.

Para todos ellos, ni agradecimiento ni dedicatoria.

ÍNDICE	pág.
INTRODUCCIÓN	11
¿Por qué hacer un relato periodístico?	12
La importancia del testimonio dentro del relato periodístico	13
CAPÍTULO 1. MIS PRIMEROS TRES AÑOS	17
En un clarito del monte (canción)	17
1.1. ANTES DE NACER	18
Herminia y Segundo	18
Como es La Noria	20
1.2. EL NACIMIENTO	21
Escogí la madrugada	21
1.3. LOS PRIMEROS RETOS	24
Las nalgas pintas	24
No sean miedosos	24
¡Qué feos son los borrachos!	25
Las manos de mi 'apá	25
Según el ojo que mira	28
La mitad de uno es a los tres años.	30
CAPÍTULO 2. DE LOS TRES A LOS SEIS AÑOS	31
2.1. MIS JUEGOS Y MIS JUGUETES	31
Amor de un día	31
Me soldaron mi bocinita	32
Un tractorcito	32
Un transportito gringo	33
Mi llanta	34
Huella de pitaya	34
Jugando con las nubes	35
Un remolino	35
Dos radios	36
Dos guitarras	38
La noriona de don Manuel	40
La cuna de Segundito	41
El guayabo de don Modesto	42
2.2. MÚSICA Y MÁS MÚSICA	43
Con la música por dentro	43
Para todo una canción	43
Nadie quiere ser menos	45
2.3. ¿QUÉ QUIERES SER DE GRANDE?	45
Quiero ser aviador	45
El mundo dentro de la cabeza	48
Parte de la radio	51
CAPÍTULO 3. DE LOS SEIS A LOS DIEZ AÑOS	55
3.1. EN LA ESCUELA	55

El primer día de clases	55
Mi primer libro	59
Del cielo cayó una rosa	62
El lunes los dos vendados	64
Mi vieja bandera	67
Flor de pensamiento	69
3.2. SE EXTIENDEN LOS SENTIDOS	70
El espejo	70
Dos lucecitas	71
Flor de luz	74
Desaire del niño Dios	76
¿Cómo puede hacer tanto el niño dios?	77
Quien debe tener las armas	78
En pos de una pluma y más ilusiones	81
Cielo sinaloense	85
Amores de la infancia	87
Jugando a las escondidas	89
Don cacahuete y don cara sucia	90
Cuando salí en el cine	92
3.3. A VOLAR RUMBO A MÉXICO	93
Una gelatina colorada	94
Cuántas lunas en la ciudad	96
A los 24 días	98
La palabra pastel	102
CONCLUSIONES	105
BIBLIOGRAFÍA	110
ANEXO FOTOGRÁFICO	111
CURRÍCULUM VITAE	117

INTRODUCCIÓN

“Los relatos periodísticos son... productos que mezclan los recursos expresivos de la literatura y los formatos genéricos del periodismo, estas dos características lo definen y lo limitan. Por lo tanto, no todos los géneros periodísticos pueden presentarse como relatos, únicamente aquellos cuyo discurso dominante es la narración. Claro que para ello se requiere de muchas experiencias vividas y de la práctica continua del buen oficio del narrador”.¹ Esto significa que se pueden ejercer dos oficios en uno, porque una cosa no está peleada con la otra, el periodista debe saber narrar y el literato se convierte en periodista, pues estos quehaceres buscan siempre el interés público y quien los realiza debe servirse de todas las herramientas a su alcance para lograr la mejor manera de expresarse y llamar el interés de los lectores.

Manuel Mejido dice:

“El relato se puede concebir en varias formas: una, es la cronológica, que permite narrar a través del tiempo y el espacio, cumpliendo con los tres elementos de la narrativa y el drama clásicos: arranque, desarrollo y desenlace. La otra, es la decreciente. Se empieza por lo más interesante —no es preciso que sea importante—, se continua con el acontecimiento secundario y así hasta lo menos atractivo. Pero hay otra fórmula mixta, que une a las dos: al principio se coloca la información de interés y después se narra el hecho cronológicamente.”²

Por mi parte yo encuentro en el relato periodístico, una gran posibilidad de expresar una serie de hechos trascendentales, que precisan la visión del personaje central en medio de su entorno y todo aquello que forjó su personalidad a partir de un mundo propio, muy íntimo que se dio en un lugar específico, durante la década de los años cincuenta. A partir de los conceptos expresados arriba quiero fundamentar mi necesidad de comunicar, un cúmulo de vivencias guardadas en la memoria por muchos años que pudieron aflorar gracias al conocimiento de este recurso periodístico literario.

¹ Robles, Francisca. El relato periodístico testimonial. Perspectivas para su análisis. Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, orientación en Ciencias de la Comunicación. FCPS-UNAM, 2006.

² Mejido, Manuel “El reportaje, género por excelencia del periodismo moderno” en Revista de Ciencias Políticas y Sociales. México, oct.-dic. 1964.

¿Por qué hacer un relato periodístico?

Es importante valerse de este recurso para dar a conocer un hecho, que sin ser noticia de último momento, debe mencionarse a fin de considerar la utilidad social de tal suceso. Es una de las muchas posibilidades que nos brinda el periodismo para hablar de asuntos más cercanos a una persona o a una comunidad, describiendo su vida cotidiana, que es de mucha trascendencia para el grupo social involucrado, en donde cada persona es reconocida como única y sin ella la vida se ve diferente, ahí es donde se nota su participación en el desarrollo de un pueblo.

Dice Manuel Mejido:

“El redactor responsable se preocupa por hacer hablar a sus entrevistados como lo hace el novelista con sus personajes. En esos relatos periodísticos se siente cómo las personas se mueven, respiran apresuradamente. Es tan animada la descripción del ambiente, que el lector tiene la impresión de sentir el calor del sol, el ruido del automóvil que corre por San Juan de Letrán...”³

Por eso quiero hablar, decir cuanta cosa vi y que para la mayoría, según me doy cuenta, pasaron desapercibidas. Me veo en la necesidad de presentar imágenes, personas y situaciones muy determinantes en mis primeros 10 años de vida, cuando la memoria está fresca y es capaz de retratar las experiencias casi con la fidelidad de una película, que tal vez, pueda variar un poco con el paso de los años y mi actividad actual como adulto.

“El trabajo periodístico interpreta y representa a la realidad, permite fotografíarla para presentarla a su público lector, radioescucha o televidente en una versión concentrada, dramatizadora, sugestiva, que escoja lo más interesante de todo lo que se sepa que ha ocurrido y hasta lo retoca para ajustarlas a las necesidades del tiempo y del espacio”⁴

El hombre que trabaja en los medios, siempre debe dar cauce a sus ideas, debe compartir sus experiencias y contribuir a sensibilizar a sus lectores o sus escuchas

³ Idem.

⁴ Citado por: Rodríguez Dorantes, Mónica. Viviendo y conviviendo con el down. Un relato periodístico. Tesis de licenciatura en Ciencias de la comunicación. México, 2003. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. p. 4

ante otras realidades a las que no puede acercarse si no es por medio de un trabajo periodístico.

Alguna vez se pensó en divulgar este material a través de una serie radiofónica nocturna, pero llegado el momento, se cerraron las posibilidades y todo quedó en el intento; sin embargo, un relato periodístico escrito como éste, nos brinda la misma posibilidad de acercar al lector a estas memorias, que buscan su cauce; la pretensión es que dicho relato pueda ser comprensible, ameno y útil a quienes lo reciban a través de este medio.

La importancia del testimonio dentro del relato periodístico.

El hombre puede dejar la huella de su paso por la vida cuando los demás valoran su actuación en la comunidad, porque su hacer es indispensable, como ocurre con los oficios, donde las personas alcanzan una trascendencia tal que sin su presencia, el desarrollo de su núcleo social se ve limitado a veces por mucho tiempo, hasta que surge el reemplazo; el individuo debe ser escuchado, se debe saber de él y para ello, su testimonio dentro de un relato periodístico, lo puede hacer presente, hoy y siempre, ante quienes no le han dado la importancia que tiene, por su misma circunstancia de verlo en la cotidianidad. Esta es una manera de tomarlo en cuenta. Digamos que un testimonio es como una manera creíble de ver un problema presentándolo como algo muy real y específico, muy distinto a los dramas incoherentes que nos presenta la televisión.

El testimonio será de algo que presenciamos o nos tocó vivir en circunstancias tales que al reflexionar acerca de ello se puede tomar como una experiencia de la que se han de nutrir los lectores, para afrontar con mayor certeza algún problema semejante.

Se escribe este relato periodístico con el propósito de describir mis primeros 10 años de vida, los cuales me parecen fundamentales en la formación de un niño; si algo hay de particular, es que mi infancia transcurrió en el ámbito rural, pues nací en un ranchito en el norte de Sinaloa, alejado de todas las comodidades y con muy pocas vías de comunicación.

Por alguna razón fui un niño diferente a todos y aprecié mi entorno muy a mi modo, cosa que me llevó a la reflexión, apartado de los demás. Una sola palabra pronunciada a mis espaldas en una noche de platica colectiva, me marcó para siempre, cuando quise manifestar mis aspiraciones de grande, de entre las sombras surgió la palabra: ¡pendejo!; y se me metió hasta lo más recóndito de la entraña, frenando muchos de mis intentos; seguramente esa palabra me llevó a la soledad, pues por mucho tiempo aplastó mis ánimos, pero fui creciendo sobreponiéndome al peso de no poder expresarme, enfrentando también lo agresiva que fue la ciudad de México, cuando estuve recién llegado y siguiendo la ley de la vida, con aquello de que, quien no se adapta sucumbe, aprendí que cada quien se rasca con sus uñas y que uno va labrando su propio destino, escogiendo sus amigos y el quehacer que le toca.

Para desmenuzar un poco mi infancia, este trabajo esta dividido en tres capítulos: Mis primeros tres años, De los tres a los seis años y De los seis a los diez años. En el primero hablo de las condiciones difíciles en las que vine al mundo en medio de la pobreza, en qué condiciones estaba mi familia, cómo me vieron mis mayores y cómo comencé apreciar mi entorno. En el segundo capítulo, me regodeo con la manera de jugar en el rancho, pocos juguetes materiales y mucha imaginación, no obstante ya se vislumbraba lo que sería mi oficio cuando grande, cuestión que se definió con más claridad en el momento en que entro a la escuela y conozco las letras. Esto se aprecia más en el tercer capítulo en donde describo mi gusto por aprender, gracias a la motivación del profesor Teodoro Leyva que siempre me dio ánimos y disipó mis dudas, con lo cual agarré confianza para preguntar y opinar y así llegar a la capital del país en donde asimilé algo de los libros que pasaron por mis manos y mucho de la vida en la que me habría de desarrollar como profesional, sorteando obstáculos que al paso del tiempo no fueron tan graves, aunque en su momento me parecieron difíciles.

Un día me miré en el espejo, como si fuera una ventana inexistente, vi que mi cara no era como la de los mayos que vivían en mi rancho; me vi el pelo acanelado, me vi el color de la piel y miré mi propia mirada, que me miraba reclamante; así el pensamiento se fue muy lejos en aquel mirar profundo y me sentí como volando en el vacío, como si atrás de mi se cerrara una puerta que tuviera el espejo para guardar las imágenes; entonces ya solo en aquella inmensidad, tuve la revelación de las palabras que una mañana le dijo el oculista a mi 'amá, para hacerla llorar; y me di cuenta, que en

algún momento, la luz de mi mirada se tenía que apagar y el nervio óptico que va del cerebro a los ojos en forma de horqueta, iba a servir para empujarme a mi destino; como cuando yo empujaba las ruedas de pitaya con un palo que corté del monte, terminado en horqueta, para dejar la huella en la tierra suelta.

Puede notarse que este último capítulo es más extenso, mucho tiene que ver con el hecho de que aprendí a escribir; y a partir de entonces, pude dimensionar con más amplitud todo cuanto estuvo a mi alcance, mis sentidos se extendieron en tanto mi imaginación crecía con las ansias de devorarme al mundo en un afán de conocerlo todo. Junto con mi entorno lleno de colores y de aromas con todo el sabor de la naturaleza, había libros y cuadernos, un lápiz cuya punta se gastaba pronto, aunque en ese momento aún no me atrevía a enseñar mis pensamientos. Esos pensamientos se acurrucaron en mis primeras imágenes, para guardarse muchos años, luego me piden que escriba y aquí los tienen ustedes; si me dan la palabra, seguro que en mucho rato no me callan, cosa que han de dispensar por los años que guardé silencio.

CAPÍTULO 1. MIS PRIMEROS TRES AÑOS

La gente nace para ser feliz; cuando crece, siguen sus anhelos de felicidad, luego vienen los hijos que son esperados como los más bonitos del mundo.

Por alguna razón los hombres son arrastrados por los acontecimientos y su vida se modifica; hay que ir muy lejos por el sustento y los hijos no le salen tan bonitos y sobre todo no le nacen perfectos; sin embargo, el amor de la sangre los hace trabajar buscando la alegría del vivir; y luego los niños van desarrollándose entre penurias y dificultades, gozando a su modo el entorno de sus primeros años.

En un clarito del monte

*En un clarito del monte,
lejos del mar y sus playas,
guamúchiles⁵ y pitayas
tienden su sombra para mis sueños.*

*Un pedacito de cielo
se sostiene en la arboleda;
aquí encimita nos queda
sobre las casas de los noreños.⁶*

*Arriba se ven las nubes
que el viento sacó a pasear;
corriendo tras de su sombra
nos ponemos a jugar.*

*Las víboras en el patio
junto a la pila de leña;
una güíjola⁷ se empeña
en poner el huevo en los matorrales.*

*Solito crece el tolbache,⁸
florece el amor de un día;⁹
la enredadera se guía
por la ramada hasta los nopales.*

*La noche sale del monte
se fue el crepúsculo al cielo;
el día volverá mañana
envuelto en niebla de hielo.*

Cruz Mejía Arámbulo¹⁰

⁵ Guamuchil: árbol de la costa, que da frutas en forma de rosca

⁶ noreño: habitante del rancho de La Noria.

⁷ güíjola: guajolota.

⁸ tolbache: planta silvestre, con la mala fama de que se usa para la hechicería.

⁹ amor de un día: planta de jardín, cuyas flores abren por la mañana y mueren por la tarde.

¹⁰ Mejía Arámbulo, Cruz En un clarito del monte. (canción) disco: Tierra de los once ríos (aún no publicado)

1.1. ANTES DE NACER

Herminia y Segundo.

Segundo Mejía; nació en el rancho de Ipalco Arriba, perteneciente al municipio de Mexxicacán Jalisco; creció entre los animales del campo y tierras de labranza, fue un muchacho alto, moreno, cejijunto y barbicerrado, de mirar profundo y muy lejos; siempre alegre cantarín y juguetón, fuerte trabajador y muy cumplido de su deber. Era expresivo con todo su cuerpo. Sus gestos, sus ademanes, su caminar y su voz, eran muy suyos y daba gusto verlo. Donde quiera dejó gratos recuerdos y sus hijos gozamos todavía de la buena imagen que dejó, entre quienes lo conocieron.

Herminia Arámbulo nació en Ipalco Abajo (a unos metros de Ipalco Arriba, después de Ipalco En Medio). Fue una muchacha chaparrita y trigueña de caminar bonito y voz muy dulce; de esas que se escuchan cantar a la hora del quehacer. Le gustaba platicar de las gentes del rancho y de cuando su papá les echó balazos a los cristeros, desde la azotea de su casa. Sus ojos chiquitos, entrecerrados, nos miraban amorosos y su voluntad era tanta, que siempre procuraba darnos gusto a todos. A mí me bordó un caballo en la funda de mi almohada, cuando se *me puso*,¹¹ que quería ver en mis pensamientos al alazán que teníamos en el corral.

“¡Qué bonita chaparrita! Para traerla pegada aquí junto a la cintura, como la pistola; la pistola en el cuadril derecho y tu al lado del corazón.” Así dijo Segundo Mejía la tarde de un domingo en Mexxicacán, Jalisco; a la mitad del camino entre Aguascalientes y Guadalajara. Herminia Arámbulo, sintió bonito, movió el rebozo y se sonrió a modo de respuesta, con aquella sonrisa muy suya, que hasta se le hacían hoyitos en los cachetes, manifestando que estaba contenta. Sintió la presencia gallarda de aquel muchacho moreno de 1.86 de estatura, con su sombrero de cuatro pedradas y de ala ancha.

Desde muy arriba le protegía la sombra de aquel sombrero contra el sol frente a la iglesia; en esa iglesia se casarían a los pocos meses, apenas recién cumplidos los quince años ella y él, los diecinueve.

¹¹ *Se me puso*: Así se dice en el rancho cuando uno quiere algo con mucho afán.

Acababa de suceder lo de la expropiación petrolera, allá por marzo de 1938, entonces había muchos motivos para tener gusto en el país. Apenas comenzó el año cuarenta cuando nació Pancho.

Ya casado, Segundo todavía era el nieto consentido de su abuela Cuca Quezada; buen caballo, vacas de ordeña y mucho terreno para andar, pero sucedió que un fulano muy pagado de sí, quiso meterse con su familia, por lo que tuvo que echar mano de las armas y ganó... también ganó muy al norte a ocuparse de otros oficios, aventurando, con la responsabilidad de una familia.

Pasó de regreso la frontera, estuvo un tiempo en la Baja California y luego bajó a Sonora. Yolanda nació en El Plomo y después, vivieron en Pilares en donde el hombre se hizo minero. De aquella mina, le dio a su nieto Cruz Horacio una piedra con granitos de oro, cuatro décadas después.

En Pilares, Segundo se sentía orgulloso sacando el cobre de aquella mina, ¡de veintisiete niveles! Treinta y tantos años antes, de ahí salió Jesús García hecho la fregada con la máquina 501¹², jalando los carros de dinamita que estallaron afueritas de Nacozari. La mina se acaba pronto a los hombres, Segundo lo comprendió muy bien y abandonó aquel trabajo, para llegar a Sinaloa, donde pensaba hacerse agricultor.

En esas andaba cuando se encontró con don Juan Rodríguez, quien necesitaba a un trabajador de mucha responsabilidad. Así se convirtió en patrón de dos barcos que formaban la flota de don Juan; trabajo rudo, pero le dejaba muy buenos centavos. Al poco tiempo los otros negocios de don Juan quebraron y vendió los barcos; entonces sí, Segundo Mejía se estableció en La Noria, desmontó siete hectáreas en Palos Verdes e hizo su parcela.

Manuel y Glafira nacieron en la pajera del güero Norza¹³ ¡Tal vez por eso les gusta dormir en la comodidad! Felipe nació en el verano¹⁴ en Palos Verdes, por lo que se impuso a comer muchas sandías coloradas; a mí ya me tocó nacer en la casa del medio del rancho, que los fumigadores marcaron con el número 52, por ser la última

¹² Suceso acaecido, el jueves 7 de noviembre de 1907; el hecho se narra en dos corridos populares: La maquina 501 y Corrido de Jesús García, incluido en el disco: Por el rumbo del noroeste. Cruz Mejía, 30 de junio de 1981.

¹³ Norza': apócope del apellido Norzagaray. El güero Norza, era un típico personaje vago, lépero y buena persona.

¹⁴ verano: sembradío de sandías

que fumigaron; ahí está enterrado mi ombligo y ahí he de recalar cuando ya no tenga que hacer.

Cómo es La Noria

La Noria es un clarito del monte, en el norte de Sinaloa; arriba del río Guasave, a los 25° de latitud norte donde se acaba Mesoamérica y comienza Aridoamérica; con su cielo lleno de novedades: nubes, voces, música, aviones, pájaros, viento y sueños. Tres calles a lo largo, del levante al poniente y cuatro atravesadas, con una muy cortita atrás de la escuela. Tiene cincuenta y dos casas, con cerco de palos y alambre de púas y puertas en piquera; de materiales solamente están hechas la de don Chon y la de don Cruz Padilla, quienes se cuentan entre los más viejos del rancho; la de Chano Lugo, — el más rico del lugar— la del abarrotero don Casildo Valenzuela y párenle de contar; todas las casas tienen corral, pero muchos solares no se han desmontado. De en medio hacia el sur, hay un terreno grande donde se acomodan los cines ambulantes o los circos cuando vienen, al pie de un mezquitón.

La entrada al rancho está por donde sale el sol y por el otro lado, se va para el Campo de las Familias. No tiene puertas, porque no las necesita, la entrada sólo es un decir; estamos rodeados de monte y la vista al cielo no tiene llenadera. ¡Con decirles que hasta miramos los hoyitos por donde pasa la lluvia en tiempos de aguas! Sí, es un cedazo azul aquí encimita; cuando acaba de llover, ahí se prenden las estrellas para alumbrar la noche.

El alrededor es todo verde. Están juntitos los árboles uno con otro y otro a modo de una cortina o como una barda blandita, es como una cajita que tiene guardadas nuestras casas y nuestros sueños apartadas de todo, por eso los pensamientos no necesitan ir muy lejos a alcanzar las ilusiones.

Se acarrea agua de las norias para tomar, también para regar las matas y para hacer la comida. La Noria se llama así por una noria derrocada muy vieja, allá cuando comenzaba el siglo XX, el agua que le sacaban la echaban en una pila a donde soltaban a beber a las mulas persogadas en los zapotes.

Aquí se come pan de hombre y pan de mujer¹⁵, café de talega¹⁶ y frijoles en agua y sal, tortillas calientes de maíz; en tiempos de cosechas se le varía tantito y entonces comemos garbanzo, calabacitas, tomate, melones y cuanto da la tierra. En las tardes, las muchachas jugando parecen racimos de flores todas juntas, sus risas una canción que nunca acaba, como el canto de las sirenas en el mar. En las madrugadas, despuecito del canto de los gallos, se miran las llamaradonas de las hornillas en todas las casas como chupirules anaranjados queriendo lamer los techos; y se oye el tortear temprano acompañado del ladrido de los perros, a poco se levantan las gallinas y a media mañana se miran los güíjolos haciendo la rueda.

En La Noria se siente el andar del tiempo, clarito se ve cómo llegan las mañanas y se van las tardes en lo que la noche se acomoda por encimita. Más fácil: La Noria es una cuna de pitaya y guamúchil, con una sábana azul encima; así como una patria chiquitita en espera de un niño que está por nacer.

1.2. EL NACIMIENTO

Escogí la madrugada

No me acuerdo cómo se fueron extendiendo mis sentidos, eran inmensos mis alrededores y cada vez había más cosas. Antes de mí, habían nacido cinco hermanos y cinco que faltaban, de modo que me dejaron en medio, tal vez por eso no me pudieron chiquear tanto; los únicos chiqueos que recibía eran los de mi hermana mayor quien me lleva diez años. A ella le lloraba y con ella jugaba o más bien, ella jugaba conmigo; por cierto, una vez por poco y voy al suelo, porque entre varias muchachas de su edad me agarraron de pelota, para jugar volibol, ahí por el guamuchilito junto al cerco de alambre que hacía las veces de red; y por poquito se gana una pela.¹⁷ Lo bueno es que me cacharon a tiempo y no saqué ni un rasguño.

Se siente muy feo cuando las hermanas se van de la casa, porque encontraron marido; uno piensa que las va a tener toda la vida y cuando nos quedamos solos, entonces nos damos cuenta que vamos creciendo para patalearle al mundo y agarrar el vuelo, como los avioncitos fumigadores que primero ruedan unos metros por la brecha

¹⁵ El pan de hombre es el fabricado en la panadería y el pan de mujer es el que se hace en casa

¹⁶ El café de talega es el que se tuesta y muele en casa, se cuele en una bolsa de tela en forma de cono para tomarse, esa bolsa es la talega.

¹⁷ pela: cueriza; *¡te voy a dar una cueriza!*

levantando polvareda, antes de encaramarse al viento o como las águilas que seis mil metros arriba nos presumen el plumaje en su volido.

Puedo decirles que soy unas horas mayor que la Baja California, pues llegué al mundo a las cinco de la mañana del miércoles 16 de enero de 1952 y el decreto que convertía en estado de la Federación a la parte norte de la península se dio después, durante el día.

Faltaba mucho para la luz eléctrica, por lo cual mi alumbramiento se dio a la luz de una cachimba¹⁸ de tractolina,¹⁹ en el rincón más norteño de la casa, en donde varios años después, Andrés Bórquez, borracho, hizo un boquete con el troque²⁰ de reculada y se metió la luz del amanecer. Sepan ustedes que Andrés Bórquez, era quien nos condicionaba el agua para el riego, cobrando el 10 y el 20 por ciento de la cosecha.

A los pocos días notaron algo raro en mis ojos, un poco saltones y les ofendía la claridad; entonces no fui un niño hermoso. Está bonito —decían las señoras por cumplido, sin hacerme más aprecio—. Eso dificultó mi bautizo, porque las muchachas escogen a sus ahijados por lo bonito que les parecen y se aquerencian con el niño y entonces lo piden, para llevarlo a la iglesia a enjaretarle el nombre. Esa tristeza de mis padres pasó pronto, si nadie me había pedido ellos no se animaban a ofrecerme, pero en unas cuantas semanas apareció mi nina²¹ Elodia.

—Este niño a mí me toca y si ustedes quieren, yo lo bautizo.

—Estás muy chiquita todavía, ¿con quien lo vas a llevar al templo?

—Y ¿qué tiene? Le voy a decir a mi papá que me acompañe, porque esta criatura ya tiene padrinos.

Cuando ella salió de la casa ya se decían compadres y se hablaban de usted. De ese modo, en los brazos de aquella muchachita, fui a la pila bautismal, al templo de la virgen Del Rosario en Guasave, con ropón y toda la cosa.

—¿Cómo trajo la criatura?

—Quien sabe, yo no tengo almanaque, pero le podemos buscar un nombre que le quede bien, para que esté en gracia de Dios.

¹⁸ cachimba: Lámpara rústica fabricada con una lata, una lámina doblada, una corcholata y una mecha de trapo.

¹⁹ tractolina: combustible aceitoso, color verde, para la locomoción de los tractores. Ahora se usa el diesel.

²⁰ troque: camión de redilas.

²¹ nina: apócope de madrina.

—Pues en la familia ya se repitió el nombre de fulano, mengano y perengano...

Y después de tanta plática me distinguieron con el nombre de mi abuelo paterno y me quedó muy bien, porque mi abuelo era buen gallo; y además, mi nombre es muy común en todo Sinaloa.

Mi 'apá había hecho unos centavos cuando trabajó en el mar como patrón de barco, por eso luego buscó el modo de atenderme y saber qué carambas tenía en los ojos; entonces fuimos a dar a Mochis, en donde estaba el oculista más prestigiado de aquel entonces, el Niño Ramos; no era ningún brujo ni ningún santo de los que aparecen seguido por acá; se trataba de un médico especialista, ahora les llaman oftalmólogos.

En la *mocheña* fuimos varias veces a que me viera el médico. La tranvía se llamaba La Princesa, pero nosotros le decíamos la *mocheña*, porque los martes y los viernes corría de El Naranjo a Mochis, veintidós kilómetros por la diecinueve y cincuenta por la internacional.

¡Cómo fregaban con su mentada lucecita del número 20 que me aventaban a los ojos nomás para encandilarme! Era donde me fruncía sin poderme capear;²² después de ese martirio, me dejaban solo y quien sabe cuanta cosa hablaban.

Una vez lloré, porque oí a mi 'amá llorar. Sentado en el escaloncito de la puerta del consultorio me llegó clarita la voz del doctor:

—Al niño le van a ir creciendo los ojos, conforme vaya él creciendo; su vista se va a ir haciendo menos y puede ser que en el desarrollo deje de ver por completo.

Cuando nos arrendamos de vuelta en la *mocheña* venía paradito entre las piernas de mi 'amá, mirando a través del vidrio las arrugas que se le hacían en el pescuezo al chofer de la tranvía. A medio camino he de haber pujado tal vez, sólo me acuerdo que mi 'amá me tenía en su regazo y me preguntó:

— ¿quieres hacer caca?

— No... no, no.

Cuando llegamos al rancho mi tío Jesús se aprontó a recibirnos en el cruce de las dos calles.

—¡Ten cuidado Jesús!

²² capear: esquivar, protegerse.

—¡A jijos de la mañana, este viene bien zurrado!, échamelo pa' ca.

—no te vaya a embijar.

Me bañaron en el cuartito de adobe, al rato se metió el sol y no supe que pasó después.

1.3. LOS PRIMEROS RETOS

Las nalgas pintas

Una vez andaba jugando en el patio, dibujando en el suelo y en los *horcones* los rayos del sol que empezaban a teñir la mañana, hacía mucho frío y para calentarse, en los ranchos se acostumbra hacer una lumbradita en medio del solar, a donde la gente se arrima antes de ir a su negocio; esa vez andaba *bichi*, como decimos por acá, o sea desnudo, en pura camisetita, enseñando la bichola;²³ me parece que acababa de ir a hacer de mis necesidades, porque en invierno debía andar arropado, aunque eso, a veces no nos hace fuerza, para eso tenemos la lumbrita; en las idas y venidas me tropecé con un leño y ¡vóitelas de nalgas sobre las brazas!, pero mi hermana estuvo lista para pepenarme y quitarme de las sentaderas los carbones ardiendo, "ahora estoy herrado como los caballos", pensaba en mi cabecita, oyendo el *shhh* de la brazas; a todos les conmovió mi dolencia; lo pinto de las nalgas se me borró con el tiempo, pero el recuerdo quedó indeleble.

No sean miedosos

No anden asustando a los niños, eso de los aparecidos, de los cuernos del diablo, la presencia de los tecolotes, el llanto de la llorona, el *mampiro* y cuanta cosa se les ocurre, es muy malo que se lo digan a los pequeños, ellos no ven más allá de lo que ven; por eso, cuando dicen que el muerto fulano se pasea por las noches junto al cerco envuelto en una sábana o que le da la vuelta a la noria, que se pierde entre el monte, que vienen los fantasmas y demás inventos, descontrola mucho a los morritos.²⁴ Uno busca aquí y allá y no hay nada; y si nos aseguran que están viendo lo que se imaginan que ven, uno lo quiere agarrar; a mí me hubiera gustado darle unos azotes al diablo con

²³ bichola: genitales masculinos; al órgano femenino se le llama panocha; y no es la que sale del ingenio azucarero.

²⁴ morritos: niños

su misma cola, a ver si es tan diablo; uno no tiene miedo de nada, pero con tanto cuento, va uno creciendo y se vuelve fundillón²⁵ y entonces sí; sin que nos digan nada, hacemos figuras con las sombras, vemos que los árboles se mecen y las matas del amor de un día, nos quieren abrazar, cuestión que es pura fantasía, que luego en los sueños, no nos dejan dormir tranquilos. En eso sí mi 'apá fue muy claro, los fantasmas no existen y si a media noche uno necesita salir al corral no tiene porque quedarse acostado; hay que cuidarse de las tarántulas, de las arañas y de las víboras, un alacrán si puede picarnos el pedorro, pero eso de andar haciendo figuras con las sombras no tiene razón de ser.

¡Qué feos son los borrachos!

Como mi 'apá no tomaba, lo agarraban de cantinero en los bailes y como a mí me gustaba andar pegado a él, yo le ayudaba. ¿Por qué será que la cerveza la venden en botellas oscuras como los jarabes para la tos? Los borrachos se tambalean, por eso no pueden sostener la botella en la mano, tampoco pueden sostener sus pensamientos y sus palabras en la boca; por eso, se les caen; uno tiene que ensuciarse las manos juntando las botellas y sus babas espumosas revueltas con tierra, de ahí, medio limpiarlas para acomodarlas en los cartones, contarlas bien para que no falte ninguna y cuando mi 'apá se veía apurado, también tenía que despacharles las cervezas; destaparlas con cuidadito al sacarlas de la hielera, porque si se tiraba tantito los borrachos reclamaban. Ahí empezaba el mal olor y nunca se quitaba. Al día siguiente con la resolana, se levantaba la pestilencia de las miadas encervezadas que quedaban por donde quiera ¡y yo mismo les había vendido aquella fregadera!

Para entretenerme, contaba las fichas y con ello me daba cuenta de todo lo que se habían tragado.

Las manos de mi 'apá

Andábamos entre los surcos de la parcela de Bórquez, él iba a arreglar quien sabe que asunto y yo de pegoste como siempre. Después de medir y hacer cálculos que en lo que él daba dos pasos yo daba cinco y que nuestras sombras nos pataleaban los pies

²⁵ fundillón: miedoso, cobarde

como jugando a las bicicletas, chorros de sudor me había secado el sol en la caminata que me traía encalmado.

—Tengo sed— Le dije cuando vi el canal.

—Toma agua, ahí esta toda la que quieras.— Me contestó.

—Pero ¿cómo le hago?

—Pues arrímate al canal ¡mira nomás qué clarita viene!

Con sólo verla se sentía lo fresco del agua corriendo encima de la tierra, detenida apenas por un bordo a cada lado. Ahí me tiré de panza, pero tarugo de mí, el agua nomás se arrugaba junto a mi boca y se me escapaba de los labios y después de batallar un rato él me dijo:

—Tú no sabes tomar agua, a ver arrímate—. Y sin más ni más metió sus manos a la corriente, se las restregó lo mejor que pudo y luego formando un jumate²⁶ con ellas, las hundió de nuevo en el canal para que se le llenaran.

Me acercó a la boca aquel cuenco de su persona y yo bebí; entonces, a través del agua miré sus manos, como si el líquido fuera un vidrio de aumento, siempre morenas, pero un poco menos oscuras del lado de las palmas, que me mostraba con toda claridad sus líneas y las callosidades hechas por el trabajo. Eran las manos más fuertes y bienhechoras que hubiera habido jamás, ahora generosas conmigo, con el amor de la sangre, que me protegía y me daba vida. Así rudo como siempre, me dio confianza, porque todo el tiempo supo reconfortar mi tierna inconsciencia.

Su cuerpo entero era una sombra erguida que me daba fuerza. Él me acercaba a las cosas más difíciles de alcanzar. En sus brazos o sobre sus hombros mi mirada alcanzaba distancias enormes llenas de paisaje. Para él no había imposibles, ni vicios que recriminar. Siempre dispuesto, se daba entero a mí; agarrado de su mano no me faltaba nada, si me ganaba el cansancio me alzaba del suelo para aliviar mi fatiga. Siempre fue alegre y juguetón, por eso cuando aprendí que se podía tomar agua con las manos me di cuenta de lo grande que era en todo su ser. Cuando me dio a beber, sus manos se hicieron más grandes y juntas una con otra no dejaron caer ni una sola gota al suelo.

²⁶ jumate: medio calabazo o medio bule, partido de arriba hacia abajo, que sirve como jícara.

Mi 'apá podía agarrar con sus manos las brazas ardiendo sin quemarse, para acomodarlas mejor en la lumbre sacando la ceniza que ya estorbaba; entre sus dedos podía correr la sogá lazando una mula bronca; sostenía la pala en el riego todo el día y toda la noche sin acalambrarse, del mismo modo que sostenía las manceras²⁷ del arado, para que los surcos salieran derechos, mientras yo encaramado ahí echaba puñitos de maíz o de frijol, participando también en la siembra; con un solo movimiento enredaba una tortilla con sal, luego le pedía un burro con orejas, él me lo daba al momento. Trabajo me costó descubrir que las orejas del burro, eran las puntas que quedaban en la huella de la primer mordida a la tortilla envuelta; manejaba con destreza el cuchillo, para destazar un cochi²⁸ o lo que fuera; ¡cómo nos gustaba cuando pelaba las naranjas y la cáscara quedaba en una sola tira larga y sin trozarse!, como una culebra amarilla.

Cuando iba al monte a conejear, nunca le falló un balazo; fue capaz de limpiar cañerías y en sus primeros años se le metió a los pulmones el plomo y el cobre que sacó de los socavones de las minas en Sonora, pero estaba curtido por el trabajo; mucha sal traía en el cuerpo de la que agarró en el mar, cuando le pegaba el viento sobre la cubierta de los barcos; con facilidad arrancaba la rama de un árbol, cuando se necesitaba ¡Y lo más maravilloso era cuando caminábamos por debajo de la arboleda, nomás estiraba la mano y arrancaba una hojita para irse chiflando una melodía con ella!

Hasta cuando amanecía el tiempo lleno de neblina en invierno, él extendía sus manos y se rompía la blancura del amanecer, dando paso a los primeros rayos rosados del sol. No se me olvidará aquella mañana en que siendo muy niño él me enseñó que puede atraparse un puño de agua del canal y que puede beberse en las manos.

Su muerte fue muy dolorosa, por la agonía tan larga que tuvo; afectado de los pulmones, del estómago y del hígado, que se le desbarató, como si hubiera sido cualquier borracho. Qué triste es pensar que el trabajo esmerado acabe así a los hombres. Allá lo dejé bajo la sombra de un arbolito en Zapopan, donde a los trece años, también acomodamos a mi 'amá, para que descansaran juntos en el mismo cajón.

Cuando lo enterramos, cayó una llovizna menudita, como para ablandar la tierra en donde iba a acomodarse, como una semilla de las muchas que él sembró con sus

²⁷ manceras: agarraderas del arado para mantenerlo firme sobre el surco.

²⁸ cochi: cerdo, puerco, marrano.

manos; ahora las mías se estiraban para ponerlo ahí —la tierra se ablandó para recibirlo— les dije, pero nadie me escuchó.

Según el ojo que mira

¿Y que tal si las cosas no eran del color que decían y además tenían una forma distinta a la que yo miraba? El mundo se hacía chiquito en tanto yo iba creciendo, cierto, alcanzaba a ver más, pero en el mismo momento mi alrededor estaba presente achicándose a la distancia. Qué curioso, me parece que los mayores inventan cosas para hacernos creer a los chicos que todo es diferente a como lo vemos; y hasta me atrevo a creer, que ese gran invento del universo alrededor, sólo existe en el momento en que estamos conscientes y que desaparece cuando nos dormimos o cuando estamos en otra parte, los adultos adelantan cosas que van a suceder, por eso pienso que ellos las crean para nuestro mundo fantástico; también me parece que nos han enseñado los nombres de los colores para que nosotros así los identifiquemos, pero por alguna razón ellos los ven diferentes; así pues, un color cualquiera nos lo enseñan con el nombre de verde, aunque para ellos sea amarillo o azul, de tal modo que cuando nosotros vemos ese azul o ese amarillo que ellos ven, nosotros le llamamos verde; y esto puede ocurrir con cualquiera de los colores.

En mi caso, no alcanzaba a definir a lo lejos las cosas en detalle; su tamaño se achicaba a la distancia, las formas se aplastaban perdiendo el color y más lejos desaparecían.

—¿Ves allá aquella cosa?

—¿Cuál cosa? No miro nada

—Allí está derecho

—Pues yo no miro nada... ah sí, sí— Acababa diciendo, ante la exigencia.

Me acuerdo cuando aprendí la perspectiva, me costaba mucho trabajo dibujar y nunca salían las cosas a mi gusto, hasta que un día se paró frente a la casa un carro sesgadito al que me le quedé viendo, el sol le daba por el lado opuesto; y hacía mí primero llegaba un pedazo de sombra y luego el carro que se juntaba con ella en el punto en que tocaban el suelo las cuatro llantas, luego empecé a descubrir detalles y me fijé que se veía la parte de adelante completa, oscurecida un poco del lado que salía la sombra; y como estaba sesgado, de atrás no se miraba nada, entonces

comprendí que por muy gallo que fuera, ante los ojos nomás aparece una parte del todo; y cuando me dijeron, que si pintamos un cuadro y luego una raya horizontal arribita y otra vertical hacia un lado, unidas al cuadro por tres rayas diagonales, daba un cubo, entonces sí, la cosa estaba fácil: todo era cuestión de que no fallara el pulso.

Así siguió todo, hasta que un día me animé a dibujar un billete de a peso con todos los recovecos que le hallé y para ponerme a prueba fui al abarroto a gastarlo. Chilo, el dependiente, lo vio entre la luz y la penumbra y se la creyó, sólo que hubo un rajón que chismeó y me quedé con mi peso, que no ha de haber estado tan malhecho.

El primer ejemplo impreso, para apreciar un dibujo, fue el tren olivo que estaba pintado en el libro de civismo de tercer año, el frente se miraba imponente, pero hacia atrás iba bajando el tamaño hasta mocharse en el doblez de la pasta y visto de buenas a primeras era como un serrucho, primero ancho y después delgado, luego fui a El Naranjo a ver el tren de de veras y no era como estaba pintado. Tuvieron que pasar muchas cosas para poder entender que aquella imagen estaba tomada de tres cuartos de perfil, por eso el frente era enorme y los carros hacia atrás se iban achicando de bajadita en perspectiva.

Muchas cosas no se distinguen bien con la mirada, se conocen a fuerza de verlas diario, pero cambiándolas de lugar o a otra hora del día ya no son lo mismo; igual pasa con las personas. Cuando van de fiesta ya no son las mismas y hasta hablan diferente; de los labios pintados de las muchachas, las palabras salen de otro color y más exquisitas. Una plebe²⁹ babosa se convierte en una gran muchacha, más entera, ¡como si fuera la pura verdad... y peor si se perfuman! Acaban gustándole a uno de otro modo, hasta sus propias hermanas.

Cuando el día está nublado todo se ve medio opaco y después de llover el mundo se aprecia lavado, así como cuando vemos las cosas en un espejo de carro o a través de un papel celofán. Quien sabe porque pero todo cambia. Cuando nos dan tatagüila,³⁰ las figuras se estiran como chicles y como que quieren bailar a nuestro alrededor, se ve algo muy parecido a los dibujos de los billetes. Cuando las muchachas salen de bañarse, aunque se sequen siguen húmedas y eso a uno le alegra mucho, dan

²⁹ plebe: niño o niña, muchacho o muchacha

³⁰ tatagüila: dar vueltas para marear, particularmente cuando se le va a pegar a la piñata

ganas de meterse entre ellas a sentir su calorcito, como en el tiempo de frío, volverse su sombra para verlas más grandes, tirados en el suelo volteando hacia arriba:

—¡No te buigas para dibujarte aquí en el suelo; quédate quieta como un retrato!, sólo falta llenarla de luz y ponerle colores.

La mitad de uno, es a los tres años.

— A ver, traigan una reata— dijo mi ‘apa, antes de tomarse su café. Me pararon junto al horcón³¹ de en medio de la cocina, muy cerquita de la hornilla, —ponte derecho, no te buigas tanto,— entonces sobre el horcón puso el mecate doble, desde el suelo a mi cabeza; luego lo estiró y en el mismo horcón puso una raya, —hasta aquí va a llegar éste cuando sea grande.— ...Porque se tiene la idea de que lo que uno alcanza a medir cuando cumple sus tres años es la mitad de su tamaño cuando adulto, aquella raya estaba muy arriba de mis ojos, todos los días iba a ver cuanto había crecido, pero mi choya no alcanzó a llegar hasta allá, porque la raya se borró muy pronto, sin embargo aprendí esa sabiduría. Así jugando con el mecate, también supe que si uno se mide extendiendo los brazos de punta a punta de los dedos medios, es lo mismo que de los pies a la cabeza y además, también puede uno medirse con un mecate derecho entre la horqueta y la cabeza de arriba abajo y de abajo a arriba, por eso, cuando dicen que la mitad de uno es el ombligo, seguro que no es cierto, porque la mitad de un individuo es del fundillo a la cabeza.

³¹horcón: tronco de árbol terminado en horqueta, para sostener los morillos del techo de una casa.

CAPÍTULO 2. DE LOS TRES A LOS SEIS AÑOS

Cuando un niño rebasa los tres años se puede decir que ya se logró, sólo falta que las condiciones le sean favorables y la familia no le falle.

La flor del amor de un día, las tablas del empaque, las cigarreras vacías, las latas desechadas, una rueda de tractor y la imaginación, me dieron mucho para entretenerme. Con tanto juego adquirí la capacidad de enfrentar el mundo, buscándole el lado bueno a todo lo que estuvo a mi alcance; pude jugar forjando muchas ilusiones, para rebasar los tres años, ir a la escuela y volverme adulto.

2.1. MIS JUEGOS Y MIS JUGUETES

Amor de un día

Todos los días, el patio de la casa amanecía rociado por el sereno de la noche y la brisa de la mañana; el rocío daba vida y color a las plantas y a todas las flores de la casa, en especial al amor de un día; que por jugar, yo convertía en amor de un rato, constatando involuntariamente que también así se llamaban esas flores.

Las flores del amor de un día eran rositas, en forma de cono; por eso me gustaban mucho; cortaba cuatro y con una espina las ensartaba en un palo, de modo que quedaran orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, imaginándome que eran bocinas para anunciar y cantar a los cuatro vientos desde temprano.

El viento y mis manos, marchitaban muy pronto las flores, entonces volvía a la mata por más, pero eran muy pocas las que duraban después del medio día, pues aún en la mata se marchitaban; comenzaban por arrugarse contrayéndose en sí mismas y al final se agachaban hacia el suelo como moco de güíjolo, para morirse dormiditas, primero que la tarde.

La imaginación me hacía pensar que mi voz de anunciador se iba envuelta en ellas a enterrarse en el suelo, para que mis palabras quedaran sembradas y que al otro día se meterían por la raíz, para subir por el tallo hasta las ramas y de ese modo podrían brotar al viento con las flores del amor de un día.

Me soldaron mi bocinita

Mi 'apá va ir a La Trinidad a que le solden la pala que se le quebró el otro día en el riego.

— ¿Me llevas?

— Vente pues.

Y ahí voy con mi carro de lámina azul y el techo colorado; aquí llevo la bocinita que guardé del foco de venadear que tiraron porque ya no servía... estas gentes trabajan con lumbre, en un dos por tres arreglaron la pala y ni se le nota que se haya quebrado.

— Diles a estos amigos a ver si le quieren pegar la bocinita a mi carro.

— Trae pues... ...A ver si le pueden pegar esto aquí

— ¿Dónde la quieres?

— Arriba, aquí adelante, a la mitad; que sirva para anunciar.

Y en un dos por tres quedó pegada la “bocina”, así mi carro de lámina se hizo cine ambulante; ¡cómo jugué con ese camioncito! Cuando se hizo jiras de viejo, mucho tiempo todavía anduvo rodando el capacete colorado con la bocinita soldada, aquellos amigos la pegaron tan bien que nunca se desprendió.

Un tractorcito

Yola me compró un tractorcito. Según se ve, es un *massey ferguson*. Quien sabe por qué fueron a Guasave y volvieron ya entrada la noche; y en la madrugada que nos levantamos, lo primero que me dijo fue: —Mira lo que te traje— ¡No cabía de gusto!, pues apenas podía creer que tenía en mis manos un juguete tan bonito.

A la luz de la lumbre de la hornilla se apreciaba el color anaranjado como son los de de veras, se me hacia imposible que fuera cierto, pero ahí lo tenía en mis manos. Supe que le había costado cinco pesos, pero estaba bien bonito, con el amigo encaramado en el asiento moviendo las palancas y toda la cosa; solo que al poco rato, le encontré dos defectos, uno fue que las llantas traseras eran azules y no negras como debían ser; el otro era que las mismas llantas traseras, una estaba al derecho y la otra al revés, porque según nos dimos cuenta, la hicieron con el mismo molde, las dos eran llantas derechas, entonces al voltear una para el lado izquierdo, la huella de la llanta iba para atrás, aunque el tractorcito caminara para adelante. Cuando lo rodé sobre la tierra

suelta, me dio mucha desesperación al ver las huellas de las dos llantas encontradas, por eso le zafé la llanta izquierda para voltearla al derecho, entonces la huella iba bien, pero por fuera se veía el hueco de la mentada llanta, de modo que por el lado derecho todo estaba correcto y el izquierdo, si la huella iba para adelante la llanta se veía hueca; de todos modos, medio “descontentado”, agradecía a mi hermana que hubiera gastado cinco pesos en mí, trayéndome ese juguete y seguí con la ilusión de algún día conseguir un tractorcito a escala, con su rastra y toda la cosa, de los que dan las fábricas a los que compran un tractorón de a de veras.

Un transportito gringo

Cuando vino Pancho de Estados Unidos, la primera vez que se fue de bracero, a todos nos trajo nuestro regalito. Ninguno de sus hermanos se le olvidó. A mi me trajo un camioncito de dos pisos ¡qué raro, cómo va a ver un camión de dos pisos!; sólo que arriba del capicete peguen otro camión; pronto supe como era el asunto: se trata de que el camión es como todos, tiene la puerta por delante al lado derecho y después de unas cuantas ventanas empieza otra hilera más arriba, pero no es que los carros tengan otro piso, sino que es un pedazo abajo y el otro pedazo un poco más alto, para lo que se tienen que subir tres escalones por dentro, eso es todo el chiste... ¡Claro que trae dobles ventanas adelante hacia al frente, pero nada más!

Como quiera que sea, nunca habíamos visto eso y el camioncito estaba muy bonito. Era blanco con rayas azules abajo, en medio y arriba a lo largo de las ventanas, con un perro galgo a cada lado en posición de correr; adelante decía *express*, a los lados decía *greyhound*, debajo de las ventanas; en la parte trasera venían bien dibujados los respiraderos del motor y hasta traía sus dos placas amarillas con el número 144; atrás traía doble eje, con fricción en las llantas, al rodarlo chillaba una sirena.

Un dólar le costó a Pancho ese transportito, venía muy cuco, empacadito en su caja, la cual, me sirvió para jugar también, porque como ahí venía pintado el camioncito de todo a todo, los ponía juntos y en vez de tener uno tenía dos; más luego se me ocurrió ponerle un espejo por un lado, entonces tenía cuatro a la vista; pero no conforme con esto, se me ocurrió poner otro espejo por el lado izquierdo, entonces completé diez camiones, porque uno era de de veras y otro pintado en la caja daban

dos y al ponerlos en medio de los espejos encontrados, esos dos se proyectaban en el espejo de la derecha y esos mismos dos, más los que estaban en el espejo, se proyectaban al otro lado, pues cada espejo captaba los dos trasportitos reales y los dos que se proyectaban en el espejo contrario, así dos, más cuatro en cada espejo sumaban diez; de esa manera podía tener un fregadal de autobuses con uno solo.

Mi llanta

Todos los plebes teníamos nuestra llanta y con ella nos divertíamos mucho rodándola por todos lados, imaginándonos que era nuestro carro; para nada soltábamos nuestra rueda. A cualquier mandado que fuéramos iba con nosotros, como si plebe y rueda fueran una sola pieza.

Nos hacíamos de nuestra llanta poniéndonos abusados cuando se ponchara un carro, como las dejaban tiradas, nosotros nos aprovechábamos; en mi caso, tenía la de un trailer, más grande que las de los otros muchachos y aún más que yo; por otra parte, era difícil rodarla porque tenía una rajada lateral con un pedazo de hule grande que le colgaba; pero al poco tiempo cayó en mis manos una llanta delantera de tractor, un poco más chica que las de los carros ¡Casi nuevecita! Me gustaba porque tenía todavía muy claras las tres rayas a lo largo de la rodada, cosa que hacía diferente la huella sobre la tierra suelta; era bien visto el paso de mi rueda por la huella inconfundible.

Huella de pitaya

También jugábamos con un pedazo de pitaya.³² El chiste era ir al monte, cortar un brazo de la cactácea y con el mismo machete entresacarle bocados de la carnosidad, dejando prendidos sobre el alma tubular los otros pedazos, para que se vieran varias ruedas montadas en un mismo eje. Lo más sencillo era un eje corto con una llanta a cada lado; luego con un palo, acabado en horqueta, lo ensamblábamos sobre el eje de la pitaya y lo hacíamos rodar empujándola. Los más diestros lograban empujar hasta ocho o diez llantas sobre el mismo eje y como la pitaya es acanalada dejaba una huella bien marcada sobre la tierra. El trabajo sólo era limpiarle las espinas y tener el pulso para que las ruedas quedaran bien parejitas y del mismo grosor. La cáscara de la

³² pitaya: especie de cactácea

pitaya es verde y la carnosidad amarilla, de modo que, nuestro tronco rodante, lucía como los rines amarillos de los tractores *John Deere*; rodarlo hacia delante era más o menos fácil, lo complicado estaba en dar la vuelta. En eso hacíamos competencias y había quien lograba hazañas formidables; de todo ello quedaba el testimonio en el suelo, pues como nosotros éramos y somos muy simples, nos divertimos mucho con las simples huellas de una pitaya rodando.

Jugando con las nubes

En febrero y en marzo, el viento nos ayuda a jugar. Como por estos rumbos siempre hay nubes, con ellas nos entretenemos. Ahí nos la llevamos capeando a que venga una nube grande, de esas a las que ya se les pegaron muchas chiquitas, que con su gran tamaño, alcanzan a tapar el sol por mucho rato; entonces corremos bajo la nube o bajo el sol cuidando de no transgredir el límite, pues el chiste está en correr bajo la penumbra de la nube sin tocar la parte iluminada por el sol ó al revés, correr siempre sobre la parte iluminada por el sol sin dejarnos alcanzar por la nube proyectada en el suelo; pero lo más emocionante todavía, era echar la carrera en la parte dorada entre la sombra y la luz del sol, corríamos sobre la aureola de la nube, hasta donde no se nos atravesara un cerco, un árbol o una casa, así nos dábamos el gusto de ser parte de la naturaleza.

Un remolino

Quién sabe a quien se le ocurrió decir que en los remolinos se levantaba el diablo y que no debíamos arrimarnos, para evitar que nos llevara. Esa amenaza si nos hizo fuerza, pero como quiera que sea, yo tenía ganas de ver al chandenguis, colorado, con la pata de gallo y toda la cosa, como sale en la lotería; de modo que, cuando me tocó ver el montoncito espeso de tierra levantándose del suelo, me le dejé ir con el riesgo de hundirme en el hoyo de donde decían que saldría el chamuco, pero con ganas de bailarle en la *tatema*.

Lo único que conseguí, fue enterrarme todo, porque no se hizo ni un hoyo y el demonio no salió; si hubiera salido, lo hubiera agarrado de la cola a la pasada, aunque con los ojos cerrados, porque era tal el terregal, que cuando acordé, ya el remolino se había ensanchado demasiado, retorciéndose en lo alto, ganando para el oeste, para

desvanecerse muy lejos; por más que le busqué, el chandenguis nunca se retrató en mis ojos y fue mucho el trabajo que me costó quitarme la tierra de entre las pestañas y sin siquiera haberme levantado un tantito del suelo, pues pensaba que con la fuerza del viento, podría volar aunque fuera a lo cerquita. Me quedó otra duda, ¿Dónde carambas está el infierno? Si el cielo está arriba, entonces como es que el chamuco puede volar para allá.

Dos radios

Dos radios había en La Noria, el del profe Teodoro y el de Lupe la de Juan Padilla; ahí oíamos canciones, radionovelas, una que otra pelea y muchos anuncios hablados y cantados.

Con el sonido del radio se envolvió el canto de los gallos y el de los pájaros, el ladrerío de los perros, el rebuznar de los burros, el relincho de los caballos; todo el ambiente del rancho se nos perdía por oír el mentado radio y ni modo, eso era la novedad que nos trajo puras ilusiones.

Los domingos a media tarde en la “GS”³³ había un programa de aficionados; ¡Cómo me dieron ganas de ir a participar! Pero la tranvía de Don Nacho, cobraba tres pesos de ida y tres de venida, y como alguien tenía que llevarme, serían doce del puro pasaje, más la comida y el refresco.

En aquel tiempo el salario eran quince pesos diarios, así que, la esperanza, estaba muy lejana.

Un día pasamos en un carro cerca de la radiodifusora.

— ¡Mira, ahí está la “GS”!

Era un edificio alargado color azul grisáceo, cobalto se diría. No sé si lo grisáceo lo daba el día nublado o mis ojos que se empañaron de tristeza de ver tan cerquita lo que tanto ansiaba y sentirlo tan lejos en aquel momento.

Se me hizo fácil

*borrar de mi memoria...*³⁴

³³ radiodifusora local; XEGS canal 61.

³⁴ fragmento de la canción de Agustín Lara “se me hizo fácil”, grabada por los Tres Ases y varios más, década de los cincuenta.

Me acuerdo haber oído cantar en ese radio a varios plebes como yo, muriéndome de envidia por no poder ser como ellos.

Más de treinta años pasaron para presentarme en la “GS”, el viernes 26 de junio de 1992. Me dieron cinco minutos para anunciar una audición musical que iba a dar en el auditorio “Héroes de Sinaloa”.

— ¡No la friegen, cinco minutos es muy poquito tiempo!

— Entonces que sean 10— Dijo la Lorena Favela, que en ese tiempo era la jefe del servicio de noticias.

— ¿En cuál lo metemos, en la F.M. o en la A.M.?

— En la A.M.— Les dije.

Era la estación que yo conocía al aire; ellos estaban *lurios* estrenando la F. M., sin embargo, yo preferí la otra por cuestión sentimental.

La segunda ocasión que me presenté en la “GS” fue el martes 26 de octubre del 2004, para anunciar una presentación que iba a hacer en la Casa de la Cultura del COBAES.³⁵

La verdad es que en la Radio Oro ya me han tocado varias veces, pero ha sido con discos y en algún programa que me dedicaron los estudiantes de la Universidad de Occidente, pero cuando salí de La Noria, solo existía la “GS” canal 61 y yo no podía pensar en otra cosa por no conocerla.

Por pláticas supe que una estación de radio tenía por lo menos cuatro tocadiscos, para que no se perdiera el tiempo entre una pieza y otra; por eso cuando tuve a mi alcance un buen fregadazo de tablas que me conseguí en el empaque de las cajas de tomate que se quebraban y con el puño de clavos que me trajo mi hermana de con Vallejo,³⁶rico terrateniente del rancho de Palos Verdes, con carteras y tambos de leche, hice los cuatro tocadiscos; por cierto, que logré que el plato diera vueltas solo, con una liga que le retorció.

Sacaba los discos de los cartones que tenían como división los paquetes de la manteca Inca; los moldes eran los mismos discos que se les quebraban a los tocadiscos en los bailes; los emparejaba con cuidado donde terminaba el rayado, de

³⁵ COBAES: Colegio de Bachilleres.

³⁶ “De con” o “En que”: en la casa de o en la propiedad de

modo que se quedaba la etiqueta y un pedacito brillante en la orilla; como no sabía leer copiaba el dibujo de los discos de de veras, por eso tenía muchos de todas las marcas.

Cuando empecé a deletrear, me dio mucho gusto ver mi nombre en un disco marca Tambora, sólo que el apellido era muy difícil. Se trataba de la Banda del Recodo de Cruz Lizárraga; aunque me parecía muy lejano el día, siempre tuve la confianza de que llegaría el momento en que podría leer mi nombre completo en un disco.

Con mis aparatos hechos de tablas, me subí al mezquite para instalar mi radiodifusora entre las ramas; una lata de chiles agujerada por el fondo, me servía de micrófono, un tambo de leche nido era la bocina, los cables eran de mecate; y yo cantaba, gritaba y anunciaba todo el día. A veces me robaba las tortillas frías que sobraban en la cocina y de ese modo, comiendo y anunciando, oía mi voz opaca como suenan los radios cuando se les está acabando la batería; ese era uno de mis principales juegos.

Dos guitarras

Tuve dos guitarras de juguete; la primera me la trajo el niño Dios una noche buena, era de esas de plástico, azul con la tapa roja, con dos ligas estiradas para hacer las veces de cuerdas; ¡ya podrán imaginarse como sonaba!

—Mañana te voy a dar serenata— Le dije esa tarde a mi hermana. Por estar platicando ni caso me hizo, pero yo, muy cumplidor, me levanté cuando ella estaba torteando en la cocina, me arrimé con cuidadito y empecé:

— *cun-clin-clin cun-clin-clin*

Y así estuve buen rato hasta que me cansé y me fui a acostar otra vez.

— ¿Te gustó la serenata?

— Sí, estuvo muy bonita, pero no cantaste nada.

— Es que me da vergüenza, esa serenata así es.

Y me sonaba en las orejas el *cun-clin-clin* largo largo, a la luz de la lumbre de la hornilla.

La otra guitarra era más grande, ya de madera con cuatro cuerdas de alambre. Sucedió que a los abarrotos trajeron unas cartulinas, donde se rifaban algunos juguetes, tarugaditas como siempre; y uno pagaba 10 centavos por arrancar un dulce envuelto en papelitos de china. Atrás traían un numerito y en eso estaba el chiste; en el

abarrote de don Casildo, los premios eran 24 y en el de Chano Lugo 25, precisamente el número 25 lo tenía la guitarra, fueron arrancando los dulces y se acabaron todos los premios, pero la caramba guitarra nunca salió, entonces mi 'apá me dijo que si me gustaba la comprara.

— ¿Cuánto por la guitarra Chano?

— Tres pesos nomás

Yo solo tenía dos; a mi 'apá no le dio tiempo de sacar el peso que me faltaba, cuando mi *nina* Helodia, que estaba de visita en la casa esa tarde, sacó de su bolsa y por más que mi 'apá le decía que no, ella acabó dándome el peso que me faltaba y así fue como compré la guitarra.

— A ver toca una canción... dijo mi *nina* Helodia

Entonces entre gusto y vergüenza empecé a simplear con el mismo *cun-clin-clí*, pero ahora más trabajoso, porque las cuerdas eran de alambre y calaban entre los dedos.

La noriona de don Manuel

De repente apareció Don Manuel Castro con un garrotón en la mano

—Muchachos carajos, lárguense pa' su casa— ¡Y el corredero...!

Todos nos desparramábamos buscando la salida por donde se pudiera, brincando el cerco como chivos en estampida, para que no nos fuera a alcanzar el viejo, haciéndolo que se tragara su coraje como todas las veces.

Don Manuel tenía razón de enojarse, pues nosotros más que malcriados éramos impertinentes y no mirábamos el peligro.

*Estaba la pájara pinta
sentada en un verde limón;
con la cola picaba la hoja,
con el pico picaba la flor;
ay si ay no,
dame tu mano dame la otra,
dame un besito de tu linda boca³⁷*

...y brincábamos haciendo todos los ademanes, dando vueltas sobre el redondel de la noriona, como a medio metro del suelo, pero por dentro tenía unos quince metros para abajo.

Éramos por lo menos una docena de plebes los que ganábamos para allá en las tardes, el mayor tendría sus doce años y de ahí para abajo.

Nunca sentimos miedo de hacer lo que hacíamos, porque nos divertíamos mucho; parte del juego consistía en lograr el mejor equilibrio, dando vueltas rápidas en los dos pies o en uno solo, cantando gustosos tratando de no perder, porque muchas veces había más compañeros esperando turno, pues no cabíamos todos sobre el redondel de la noriona.

Nunca pasó una desgracia, pero era fácil que sucediera. En nuestras casas nos regañaban mucho cuando nos miraban llegar encalmados por las carreras que nos hacía pegar don Manuel; por eso buscábamos el modo de ganar para otra parte. Don Manuel iba con la queja a nuestras casas y nos fregaban muy duro, pero de todos modos no entendíamos y a los dos o tres días, ahí vamos de nuevo. Cuando nos hacían notar el peligro, algunos nos asustábamos, pero luego se nos olvidaba, porque jugar a esas rondas en la noriona de Don Manuel, era muy emocionante; nomás

³⁷ *La pájara pinta*: ronda popular que se juega desde la época de la colonia.

teníamos que cuidarnos del señor, que no era mala persona, sino que él mismo pasaba grandes sustos al vernos en el peligro. Lo que pasa es que cuando uno es chamaco, le da por buscar la aventura sin medir riesgos y consecuencias, hasta que pasan las cosas y ya viéndolas de cerquitas nos arrepentimos por toda la vida, cuando ya no hay remedio y algunos quedamos traumatados para siempre, hasta con sentimientos de culpa.

Nadie vió el fondo de la noriona, todos veíamos como extendida la figura de Don Manuel apareciendo por cualquier lado y a él era al único al que le teníamos miedo.

La cuna de Segundito

La cuna de Segundito era cosa sencilla; estaba hecha de puras tablitas y el fondo se tejió en cuadritos con mecate de ixtle de un cabo; encima un costalito doblado y unas cuantas garras para acurrucarle el sueño; colgaba de un morillo con dos mecates que subían y bajaban a las esquinas uno en la cabecera y otro en la piecera.

Pues resulta que a la Lila³⁸ y a mí, nos mandaron a mecer al niño; como hacía mucho calor, pronto nos enfadamos, pero hallamos la solución: ella se subió por la cabecera y yo por el otro lado y así encaramados mecíamos al plebe y nos divertíamos también. Sentíamos re' bonito cuando nos pegaba el aire en las mecidas. Al poco rato se nos olvidó que nos habían mandado a arrullar al niño y le dimos más fuerte a la cuna; con el tallón los mecates se fueron luyendo y cuando menos acordamos se trozó por el lado de donde yo iba y la cuna cayó al suelo jaloneándose todavía. Con el fregadazo despertó Segundito llore y llore; pa' pronto agarraron al niño en los brazos para contentarlo, le revisaron la mollera y toda la cosa y a nosotros nos dieron una pela de perro bailarín; lo bueno fue que al plebe no le pasó nada y por mucho tiempo se nos quitaron las ganas de andarnos meciendo con él en la cuna.

³⁸ Lila: apócope de Leonila. La número siete de la familia

El guayabo de Don Modesto

Ni hacia nada el viejo, lo que tenía es que era renegado y nosotros le dábamos carrilla³⁹ por maloras.

Nunca me tocó ver una guayaba madura; cómo las iba a ver si siempre nos las chingábamos verdes. Yo creo que todos hacíamos lo mismo cuando arrendábamos por el camino junto al canal; daba gusto ver el arbolito en medio de la parcela y como nos íbamos a aguantar las ganas, a fuerzas teníamos que meternos por entre los surcos para hacer la maldad.

El guayabo estaba tan bien puesto que debieron haberlo retratado para estamparlo en las cartas de la lotería. Era chicanillo, pero bonito; lástima que en la lotería del Clemente Jaquez no hay guayabo, puros pinos, palmas y otros árboles... y ni siquiera un macapule.

— ¡Súbete tú!

— ¡No, mejor tú!

— ¡A poco le tienes miedo!

— ¡Que miedo le voy a tener al chingado viejo, lo que pasa es que las ramas están muy delgaditas y no me pueden!

— ¡Culón⁴⁰ que no fueras, a poco las vas a quebrar!

— ¡Tú pesas menos!

— ¡Entonces te vas a rajar, no sabía que fueras tan chiva...!

Así con el orgullo herido quien se iba a echar pa' trás. Y ahí te voy hasta las ramas más altas. Ahí me tienen aventando las guayabas pa' bajo a los otros babosos y cuando más entrado estaba, no faltó quien gritara:

— ¡Ay viene don Modesto!

— ¡Viejo pinchi y ahora que hago!⁴¹

— ¡Pues córrele pendejo!

De un sólo brinco estaba en el suelo ¡pícale pa'l otro lado del monte!. El viejo venía corriendo a su modo con un garrote en la mano como todas las veces, pero no pasó de maltratarnos porque la neta nunca nos alcanzó, sólo eran los sustos que nos

³⁹ carrilla: dar lata, molestar, dar el avión

⁴⁰ culón: miedoso, cobarde

⁴¹ No es "pinche viejo" es "viejo pinchi". Nótese que muchas de las terminaciones en "e" se pronuncian con "i" por influencia del idioma cahíta.

pegaba, y eso, no a todos, después de la corretiza acabábamos riéndonos de la renegazón de Don Modesto, amante de su guayabo que le daba hojas para el té de las mañanas frías.

2.2. MÚSICA Y MÁS MÚSICA

Con la música por dentro

Por ahí andaba un amigo diciendo que trae música en el alma, pero está loco porque yo le gano, porque la música la traigo en todo el cuerpo, en el alma y en el corazón, me llega de todos lados y llena todos los espacios que me envuelven. Si ustedes han oído hablar del aura así como dicen que es de colores, la mía es igual pero suena y entonada. Me parece que la música me busca a mí. Puedo recostarme en ella, adormilarme en sus notas y mirar más lejos que los telescopios. Luego me hace bromas y tengo que brincar a mi paso los montoncitos musicales que se me atraviesan.

La música sale del monte, vuela para allá y para acá, baja del cielo, se asoma por los redondeles de las norias, se hace onditas en los canales, se marca con mis pasos; a veces me desaparezco en mí mismo, cuando todo mi ser se extiende se hace muy livianito, fresquecito y brillante; y siento que yo mismo soy la música. Eso nunca me ha faltado desde que tengo uso de razón.

Para todo una canción

A media mañana se oyó una música de violines en el cielo, no cantaba ni hablaba, pura música, debía ser algún avión que andaba anunciando fregaderas como a veces pasa por acá, pero no; aquello sonaba diferente. Del cielo entero, en vez de caer gotitas de agua, bajaba aquella música y después de buscar aquí y allá, vi mero encima del patio de la casa, una casita blanca con el guardapolvo rojo y muchas puertitas alrededor, como portales, suspendida en el aire; tenía forma ovalada y se mecía suavemente. Se miraba del tamaño que se ven los aviones fumigadores cuando andan a una altura regular, algo así como un metro de largo. Yo me le quedé viendo por mucho rato, hasta que me enfadé y ya no le hice aprecio.

Cuando les platicué en la casa de lo que había visto, no me hicieron caso porque pensaban que estaba loco y entonces me dije para mis adentros:

—Aquella música vino a buscarme a mí.

Quien sabe porque, pero todos mis recuerdos están ligados a una canción, tenga o no que ver con ella. La simple melodía está asociada a una vivencia porque la memoria no sólo es visual, también es musical. Llegaban los circos y los cines ambulantes con los discos de moda, así nos aprendíamos las canciones.

*Sóstenes Rocha yo soy señores...*⁴²

*Que sube y que baja,
que llega hasta el plan...*⁴³

Decían Los Broncos de Reynosa⁴⁴ con el saxofón rezongón que los acompañaba:

Te voy a dar el pasaje en avión hasta Acapulco...

Cantaban Los Alegres de Terán;⁴⁵ y así seguía la cosa, con toda esa música el cielo se llenaba de tonadas bonitas y mi pensamiento de luz. Por eso no hay cosa que les platique que no pueda ligar a alguna tonada, aunque sea desentonada. La cosa es que las canciones cuando pasa el tiempo cambian de tono, igual que las voces de las personas; me acuerdo una vez que vi una marimba que al sonar el teclado estaba en mi bemol; aunque el diseño del teclado estaba dispuesto como la escala de do. Entonces me acordé que cuando somos niños oímos la música y los sonidos entre uno y dos tonos de diferencia. Por eso uno puede andar afinado con la memoria, pero en una escala diferente según la afinación universal.

Cuando mi 'amá se fue a México por mi hermana que había convalecido en la capital, volvieron las dos hablando más agudo, pero no fue porque les hubiera cambiado la voz, sino que yo había cambiado el tono de su registro. A los pocos días encontré los armónicos correspondientes y ya hablaron igual que antes. Así sucede también con los discos, uno los oye, se los fija en la mente y cuando pasa un tiempito, el cerebro los cambia de tono y ahí lo tiene a uno batallando para transportarlos de nuevo.

⁴² Sostenes Rocha, canción popular de fines de los años 50

⁴³ El sube y baja, canción ranchera de Felipe Valdez Leal, de fines de los 50

⁴⁴ Conjunto norteño que no era de Reynosa, sino de un rancho del estado de Durango; integrado por Javier Núñez en el bajo sexto y Paulino Vargas en el acordeón.

⁴⁵ Conjunto Norteño originario de General Terán, Nuevo León; integrado por Eugenio Ábrego en el acordeón y Tomás Ortiz en el bajo sexto

Nadie quiere ser menos

Échense *La mal fajada*, *La palomita* de tío Fay, *El cuervo y el escribano...*

—En el Batamote andan diciendo que van a venir a cantar las hermanas Padilla y como deben ser nuestras parientes, nosotras tenemos que ir a verlas

Dijo Lupe la de Juan Padilla.

—¡Cómo serás suata! Tu papá es Juan Padilla, pero primero se apellida Hernández.

—¡Ah! es que también van a venir las hermanas Hernández

—Entonces las acompaño, porque siendo así, puede que también venga Miguel Aceves Mejía y ese si es mi pariente—. Dijo Yola no queriendo quedarse atrás.

2.3. ¿QUÉ QUIERES SER DE GRANDE?

Quiero ser aviador

—¿Y tú qué quieres ser de grande?— Les fueron preguntando a los que estaban ahí; todos contestaron según sus intereses y la escasa información que tenían, con las respuestas algunos despertaron el interés de los adultos que ahí se encontraban; a mí nadie me preguntó nada y no porque no me hubieran visto, si estaba casi en primera fila, sencillamente no quisieron saber de mis propósitos para el futuro; de momento me sentí como hundido en las sombras de la noche, la luz de la cachimba no me alcanzaba, pero en mi pensamiento, brilló una luz esplendente y dije con todo el ánimo lleno de emoción:

— ¡Yo voy a ser aviador!

En ese momento, tuve la revelación de los aviones fumigadores que aterrizaban y despegaban por la curva del camino viejo, rumbo a Palos Verdes. Con eso me entretenía buen rato, largos ratos durante las mañanas; apenas podía creer como un señor se sentaba dentro del aparato, después de darle vueltas a la hélice con sus brazos para que prendiera, lo arrancaba y después de correr algunos metros, el avión se levantaba achicándose en la altura; cuando daba la vuelta y pasaba sobre mí volando, disminuía más de la mitad su tamaño y yo sin alcanzar a pisar su sombra.

Cuando manifesté sin que preguntaran, que yo quería pilotear esos aviones; atrás de mí, como a dos metros se oyó una palabra bajito:

— ¡Pendejo...!

No supe quien la dijo, se la atribuí a más de dos, pero esa palabra me entró por las orejas al entendimiento; sacudió mi cuerpo entero, lastimándome el alma. En la semioscuridad sentí arder mi cara enrojecida ¿para qué tenía que hablar? Más vergüenza sentía porque entre toda la gente, también estaba sentado el profe; me dieron ganas de acercarme a que me acariciara, pero a la vez, no quería ser inoportuno; quizá en otro momento podríamos platicar a solas y él me daría un buen consejo. Sin embargo, se hizo un silencio largo y mientras se reestablecía la plática me estaba hundiendo en mí mismo, sintiendo todo el peso de la tierra encima.

Abochornado como estaba, me salieron unas lagrimitas, nadie las vio, porque era de noche; con el ánimo tambaleante me puse a pensar en muchas otras situaciones difíciles en que me había visto; estoy seguro de que nadie quiere hacerme daño, seguramente no han pensado ofenderme, lo que pasa es que les parezco raro; y con eso involuntariamente me hacen sentir mal, pero ¿qué es eso que tengo de raro? Yo quiero ser como todos y resulto impertinente, aquella vez que les hice la leva⁴⁶ en las catotas⁴⁷, les ví clarito en la cara que me querían poner una friega de perro bailarín, sólo que se contuvieron por un sentimiento como de lástima y me pregunté en mis adentros: ¿a eso vine al mundo, a darle lástima a la gente? Valdría más que entre todos me pusieran mis cabronazos, que al fin de cuentas me sentiría mejor; yo no estoy manco y si he podido hacer ciertos trabajos duros, también les puedo devolver uno que otro fregadazo.

¿Será que no sirvo para nada? ¿por qué me hacen menos? Cuando pasamos al pizarrón *La Fita* y yo somos los mejores; a veces ella me gana y luego le gano yo, pero a los dos no hay quien nos llegue ni en tiempo ni en exactitud; por grandes que sean los cuentones llenamos de números el pizarrón, pero los resolvemos. El carajo de Filemón, no ha pasado de segundo con todos los años que tiene y viendo así las cosas, ¡claro que sirvo para algo! Podría valerme de la compasión que me tienen para lograr ciertos privilegios, pero no voy a ser tan cínico rebajándome a tal grado; pero no deja de calar que a uno lo vean así; es re' bonito hacer travesuras y divertirse gritando y corriendo, alegando a veces; pero de un tiempo acá, he notado que no me hacen aprecio y me

⁴⁶ "hacer la leva" es robarse las canicas de los que están jugando; tomarlas de dentro del círculo llamado hogado y correr con ellas

⁴⁷ catotas: canicas

duele recordar el “pendejo” de aquella vez; entiendo que todas las personas tienen un valor y que cada cual, puede ser un gallo en ciertas cosas que los demás no dominan, pero no se vale que a uno lo maltraten nomás por no haber salido al molde de los otros.

En mis adentros tenía un mundo grandote, bien construido, alimentado de día y de noche. Era el modo de enfrentar mi soledad. Pude jugar al cine con los pedazos de las películas que se les rompían a los húngaros; si se les fundía un foco, me lo daban y cuando menos lo pensaron hice una carpa de costales y con un foco de venadear, logré que se vieran en una sábana los monos que venían retratados en los pedazos de cinta. Con el Chapo de 'Colás hice un circo. Nosotros mismos éramos los payasos y hasta de viejas nos vestimos los dos, con las enaguas de nuestras hermanas. La raza nos pagaba la entrada nomás por reírse de nosotros, pero eso nos valía gorro, ya teníamos para los raspados.

En el cine, yo tenía la entrada asegurada, porque como me dejaban anunciar las películas, ahí me tenían desde que arrancaban el motor hasta que se hacía oscuro, mayormente cuando llegaba don Teofilito; el viejillo se acomodaba pegado a la casa de don Enrique Lugo; y las muchachas, la Librada y la Martina, se sentaban muy propias a un ladito de la entrada de la carpa con el velicito de los boletos, sobre una mesita con mantel blanco y toda la cosa. Lucían muy bonitas las dos con la luz de los focos eléctricos, bien peinadas y perfumadas, desde antes de la función; como la Martina decía que yo era su compadre, me daba el boleto de entrada, pero ni me hacía falta, porque de todos modos pasaba; si hasta el comisario estaba de mi parte. Varias veces sucedió que llegaron los húngaros a pedirle permiso para instalar el cine. Don Cruz Padilla les decía: —Nomás que dejen anunciar a mi tocayo y tienen ustedes mi permiso. Por eso yo me sentía *lurio* ¡y la gente que me volaba!, como don Tole, que llegó una mañana:

—Te voy a dar dos pesos porque a la tarde le dediques una canción a Doña Belén y otra a mí; yo te voy a estar oyendo, tú haces la dedicatoria y mañana tienes tus dos pesos.

Todas esas cosas que hacía, en cierto modo eran inconscientes, como que ya lo traía en mí y me sirvieron de mucho durante buen tiempo para amortiguar aquel trato diferente que recibía de grandes y chicos, con lo que se estaba forjando algo de mi futuro. Con ello se me olvidaba buen rato mi soledad, tenía tiempo suficiente para

saborear aquellas situaciones que no todos gozaban y en ese sentido, también fui un privilegiado. Mis juegos, mis luces, mis noches y mis días, las nubes en el cielo, la sombra, la luz y la penumbra; todo me brindó sus maravillas y lo disfruté enormemente; con lo que hacía más llevaderas mis tristezas, en aquel clarito del monte verde para donde volteara, bajo el azul del cielo sinaloense. Si pude hacer todo lo que hice, ¿Por qué carambas no voy a poder levantar un avión? ¿Qué tanta ciencia puede tener eso? Ahora cuando hago los programas de radio en vivo, siento como si piloteara un pájaro de acero; uno arrancándose no se puede detener hasta que llegue a donde va. Eso sí, estas cosas se hacen con mucho respeto, porque una metida de pata puede costarnos todo.

Me he dado el gusto de volar dos veces a la vez, como cuando salí de Durango a la capital del país en el vuelo 151 de Aeroméxico, pues el avión se arrancó a las cinco de la tarde en el mismo momento en que arrancó el programa que dejé grabado en Radio Universidad.

El mundo dentro de la cabeza

Entre los diferentes estados de ánimo, logré fabricar mis propias barreras; en el corral, hice un hoyo bastante grande, para hundirme en él a rumiar mis tristezas; no ha de haber estado tan malhecho a pesar de lo profundo; era una cueva donde cabía con cierta holgura, al grado de quedarme dormido allí por largos ratos, incluso varias veces amanecí en mi cueva, sin que nadie se diera cuenta donde estaba.

Para cuando me llegaba el gusto, tenía el mezquite a la orilla del solar, junto al alambre, atrás de la cocina; ahí me encaramaba, como las gallinas, a jugar al radio. Me la pasaba todo el día cantando y anunciando, como si fuera la pura verdad.

*El cristo de tu montaña
del cerro del Cubilete,
consuelo de los que sufren
adoración de la gente.⁴⁸*

— ¡A jijo 'e la chingada, ese es mi compa Cuy⁴⁹, él sí va a ser artista, no fregaderas!— Gritó el güero Norza' a la pasada, predestinándome al estrellato; de eso

⁴⁸ *Camino de Guanajuato*, canción ranchera de José Alfredo Jiménez

⁴⁹ Cuy: apócope de Cruz, manera de llamarme de una niña que empezaba a hablar; Lolita Padilla, murió a los 9 años.

ni me acuerdo, pero el mismo güero me lo platicó muchos años después, en Palos Verdes; donde me encontró cantando con la guitarra con varios de los compas, en donde vino a enterarse que ya tenía un disco grabado; ¡Ah que bonito se siente cuando lo tocan a uno en el cine del Bellaco!,⁵⁰ por cierto que la que más le gusta al mentado Bellaco es *Ahí te dejo ese clavel*.⁵¹

Al notar que los muchachos se apartaban de mí, tuve que inventar mis propios juegos solitario, como el sistema de monedas hecho con los oropeles y las cajas de los cigarros, complementado con las fichas de los refrescos; todos los oropeles valían cinco pesos; los cigarros Alas eran de a peso, las cajas verdes, porque las azules eran dólares; ¡tarugo! No sabía que los dólares eran los verdes, sólo que las cigarreras azules eran más escasas; quien sabe porque en esto era muy parecido lo del aceite, porque en México la gente pobre cocinaba en sus estufitas *Veroa*, alimentadas con petróleo azul casi morado, a veinte centavos el litro; y nosotros en el rancho usábamos tractolina para las cachimbas de a sesenta centavos el litro, verde, como dicen que son las esmeraldas. Yo me enlelaba aquellas tardes como a las cinco, cuando llegaba el carro de la tractolina y la vaciaba en los tamborones ahí en el solar de don Eusebio Padilla; el tambo lleno, desde arriba del carro lo ladeaban sobre el embudo que tenía en la boca el vacío; y con esos rayos coloreados del sol brillaba más aquel gusano líquido, gordo como si fuera un enorme moco de cristal, metiéndose al otro tambor. Yo vi el petróleo azul en una lámpara de vidrio en que Vallejo, quien sabe de dónde lo traerían. Ahí podían tener esas cosas, porque eran ricos.

Como iba diciendo, en lo del dinero las envolturas de los cigarros Del Prado, valían diez pesos, veinte los Argentinos, cincuenta los Delicados y de a cien los Montecarlo. Los Raleigh cafés, valían quinientos y los blancos mil; los más raros de encontrar eran los Record, por escasos, esos eran de a millón; las fichas de los refrescos extendidas en una piedra golpeando con otra, eran tostones y si los picos se los doblaba hacia dentro equivalían a monedas de veinte centavos.

Con este sistema de monedas, jugaba al patrón y mandaba a los plebes a pizcar algodón que no era otra cosa sino arrancar el zacatón que estorbaba en los patios de

⁵⁰ "El Bellaco" Manuel García López, dueño del cine de La Trinidad.

⁵¹ *Ahí te dejo ese clavel*, canción popular; interpretada por Cruz Mejía en el disco: *Por el Rumbo del Noroeste*

algunas casas; ellos lo cortaban, yo se los pesaba en una báscula también inventada por mí y les pagaba, después de amontonarlo en un rincón para prenderle un fósforo ya cuando se secura.

Igual que en los campos, yo les pagaba a veinte centavos el kilo; después de liquidar a todos los trabajadores, guardaba mi capital en botes de leche Nido, los tapaba muy bien y los enterraba en el corral, dejando una seña arriba; cuando me tardaba varios días en desenterrarlos, me daba cuenta que no estaban en el mismo lugar, pero nadie los había movido; así fue como supe que los entierros caminan bajo el suelo y si uno se descuida, después no sabe donde quedaron; sería bueno averiguar a ver si los muertos se quedaron quietos en los panteones o si andan corriendo en frieguiza⁵² por debajo de la tierra.

Con el agua del lavadero, hice un canalito y le di cauce para el corral, en un rincón que me apropié para hacer una parcela. Así jugando, sembré maíz; y lo asombroso fue cuando inesperadamente a los tres días nacieron las milpitas en aquellos surcos chiquitos; entonces tuve que rodearla de espinas para que las gallinas no se comieran la siembra, todo lo hice por jugar; sin embargo, aún con el agua cochina del lavadero, el maíz mostró su nobleza, no llegó a crecer del todo, por que la parcela era chiquita y las milpas se estorbaban entre si; pero me queda el gusto de que muchos de mis juegos se hicieron verdad, aunque mis milpitas si alcanzaron a comérselas después las gallinas, pero ese gusto, ¿ahora quién me lo quita?

Hice tractores con tablas, las tapaderas de los botes de leche servían de llantas traseras, las delanteras eran cajas de vaporrub; así tuve también mis carros para cargar costalitos de frijol; me dio por fregar a mi 'amá para que me cosiera los costalitos con los pedazos de remiendos que le sobraban en la costura. Iban mis carros retacados con carga de adeveras; llenaba los tambos de los jugos y las Tecates para jugar al vendedor de tractolina; hasta hice una caja de muerto para enterrar un pájaro enjaulado que se me murió; porque en el corral tenía mi parcelita, mi estacionamiento de carros, los canales con sus puentes, un tejabancito⁵³ y mi panteón.

⁵² frieguiza: en actividad

⁵³ tejaban: Techo improvisado como una enramada, pero éste se hace con láminas acanaladas de cartón, de asbesto o de metal.

Me gustaba la exactitud y con los escasos recursos con que contaba, trataba de que mis juguetes y mis juegos fueran a escala, de modo que no podía haber un mono más grande que un carro.

Parte de la radio

Había unas canciones que servían para anunciar el tónico vitaminado, también había camionetas anunciando productos para las mujeres. Sin más ni más, recuerdo la voz de las hermanas Navarro:

*Más por su dinero
coca cola grande le da mucho más
coca cola grande refresca mejor
después de un vaso completo al llenar
queda otro para tomar
coca cola grande⁵⁴*

Era el anuncio completo, con orquestación y toda la cosa, sonaba muy bonito, hasta nos sentíamos halagados con la fregadera esa del refresco prieto. No alcanzaba a comprender como al rancho podía venir un carro y ponernos el anuncio igualito como se oía en el radio. Me hubiera gustado saber si lo habían sacado de la transmisión prestado o rentado, o del modo que fuera. Me parecía imposible que si aquello no era radio, trajera sonando el comercial de la mentada coca-rabo.

Llegó por el lado de Guasave, dio la vuelta para acá, se bajó de la carretera y se detuvo; allí fue donde arrancó la cancioncita; todos los morros andábamos jugando cuando nos sorprendió el ruido y nos fuimos a encontrar la ancheta aquella. Varios íbamos rodando nuestras llantas que para eso las habíamos conseguido de los carros que las desechaban por haberse ponchado; la mía era una llanta delantera de tractor con sus tres rayas a lo largo de la rodada. La empujaba sintiéndome el *armastrote*⁵⁵ entre las parcelas, y con eso nos divertíamos mucho; éramos carro o tractor atrás de nuestra llanta que nos traía encalmados, entonces de ese modo, llegamos a ver aquella novedad.

Era una camioneta grande, cuadradita, amarilla, con letras rojas y por atrás el dibujo del refresco; según parece, las puertas eran corredizas, pero no las vimos,

⁵⁴ Anuncio comercial de los años 50 y 60.

⁵⁵ armastrote: armatoste, objeto grande.

siempre estuvo abierta por los dos lados; era un solo amigo⁵⁶ el que la manejaba lo mismo que al aparato de sonido.

Los carros repartidores de refrescos, no eran como los de México o Guadalajara, todos eran carros de redilas y se distinguían entre ellos por los colores: el de la pepsi era blanco con azul; el de la mister Q, blanco con anaranjado; el de los jarritos, verde y los de la coca siempre fueron amarillos; en las puertas traían pintada la ficha de la botella con su letrerote y a veces hasta tenían sobrepuestas unas charolas con la misma imagen, por cierto que fueron las primeras charolas de lámina que llegaron a la casa; por cinco pesos y diez fichas, tuvimos nuestra charolota colorada; en el fondo por dentro y por fuera, con letras chiquitas decía: *tome* y luego, *grandotote* el nombre del refresco; también la orilla estaba llena del mismo letrero.

Así como conocimos las charolas, también supimos de las tarjetas de navidad; por diez fichas y un peso le daban a la gente una tarjeta grande, cuadrada, con un doblez, en la que aparte del anuncio del refresco, traía un dibujo de navidad, como los que siempre nos han enseñado los gringos; y me parece que desde entonces se empezó a hablar de Santoclos en estos rumbos, porque antes aquí el niño dios era el único que rifaba.

En aquel tiempo ni pensar en grabadoras o en cosa parecida; sin embargo, ¿cómo es que aquel amigo podía ponernos ahí en nuestras narices, para nuestras orejas, el anuncio de la coca-trasero?; aunque estaba oscurito por dentro —por que además ya era en la tardecita—, nos dimos cuenta que aquello no era otra cosa que un tocadisco; el plato daba vueltas, el amigo le ponía la aguja sobre el disco y arrancaba la canción; ya no había duda, aunque desconfiáramos de la verdad, el anuncio que estábamos oyendo salía de un disco, pero entonces seguían las preguntas: ¡¿Cómo había conseguido el amigo aquel un disco que no tocara canciones como los demás tocadiscos?! y en su lugar hacía sonar un anuncio de refresco, que además repetía y repetía porque ese era el propósito.

La camioneta empezó a caminar y nosotros tras ella; dio varias vueltas por todas las calles de La Noria y se paró en diferentes partes, aunque la parada más importante fue en la otra orilla, enfrente de la casa de don Cruz Padilla; allí fue donde pudimos

⁵⁶ amigo: forma de referirse a una persona, aunque no sea amigo.

distinguir con más claridad el anuncio de hasta atrás. Al principio creíamos que era un cartón blanco que traía pegado con el dibujo del anuncio, pero luego nos dimos cuenta que venía pintado sobre la parte trasera de la misma camioneta aquello que habíamos visto igual aunque más chico en las carteras⁵⁷ que clavaban en las paredes de los comercios, pues vimos con más detalle la cocota sudando de helada, hasta la mitad y junto a ella por el lado izquierdo, un vaso de vidrio lleno de refresco con la espuma amarillita arriba; con los rayos del sol que en ese punto llegaban derechitos, descubrimos también que el refresco no era exactamente prieto como lo quisimos ver por mucho tiempo, sino que era como rojizo acanelado, aunque muy oscuro; y friega y friega la cancioncita: *más por su dinero* y todo lo que sigue; antes ya me había fijado en la gran mentira, porque una vez que compramos el mentado refresco, se llenó un vaso y cuando se acabó, lo que quedaba en la botella no llegó ni a la mitad del siguiente.

Cómo pudo haber sucedido que hasta nosotros llegara una cantaleta del radio; yo me sentía muy importante en aquella contemplación, hasta llegué a creer que era el único que me había dado cuenta, como si lo estuviera soñando o como si los demás no percibieran lo que mis ojos miraban, me parecía imposible; pero yo no era el único sorprendido, los demás plebes también andaban azorados y la gente grande no estaba zafo⁵⁸ tampoco; no sé si me preguntaron o no, pero las miradas sí eran interrogantes.

Ya casi metiéndose el sol, en el último reflejo del día, en mi mente todavía estaba brillante la luz y sólo se me ocurrió pensar lo que repetí varias veces a cuantos se me aparecieron en el camino de vuelta a la casa, como sintiéndome conocedor de lo que todos ignoraban: esto es parte de la radio.

En medio del corral tiré la llanta al suelo, me senté en ella para pensar bastante rato mientras entraba la noche: Si eso es parte de la radio ¿En dónde estará el otro pedazo?

⁵⁷ cartera: lámina

⁵⁸ zafo: estar excluido

CAPÍTULO 3. DE LOS SEIS A LOS DIEZ AÑOS

Veamos aquí, cómo las letras allanan cualquier camino; se extienden los sentidos y se despierta el espíritu de la investigación; uno quiere saber de todo, las cosas se ven más fácil y se acorta cualquier distancia, la ilusión puede volverse realidad en lo que se van acumulando más experiencias.

3.1. EN LA ESCUELA

El primer día de clases

— Pásale Cuy, no te quedes ahí parado; está haciendo mucho frío. ¡Pásale! ¿desde a qué horas estás ahí? Tu siempre madrugando, pero ya te he dicho que no te quedes afuera; cuando llegues, tócame o empuja la puerta, porque luego a veces no te siento y tu ahí nomás te estás enfriando.

A cada rato me decía lo mismo el profe Teodoro, pero a mí me daba vergüenza despertarlo. De todos modos se tiene que levantar y yo no me hago nada con esperarme tantito; ya sé que en cuanto me sienta, me abre y luego luego va a prender el radio.

Pa'pronto me chantó el sacorrón⁵⁹ negro que tenía colgado en el rincón, para usarlo en los días fríos; así sentado, me tapaba hasta los pies y era bien calentito y adentro de la casita escolar, ya ni quien dijera nada del frío.

—¿Quieres oír el radio? cámbiale si quieres a donde te guste, este botón da para la derecha y este otro a la izquierda; ahí fíjate en la aguja cómo te va marcando. El primer botón es para que prenda y le subes el volumen que quieras, con los otros dos ya te dije que le puedes cambiar.

Era un radio grandote, café, de madera y atrás tenía la batería eveready grandota como se usaba entonces, más grande que el aparato, porque le salía un pedacito a cada lado. Puede decirse que esa batería era como un acumulador, el radio se conectaba por arriba en un cuadrito de metal que tenía para ensamblarse con otro cuadrito igual de la batería; la carga le duraba hasta 6 meses, porque había otras a la mitad de su tamaño que nomás alcanzaban para tres; pero de todos modos cuando se

⁵⁹ sacorrón: saco grande o abrigo

desocupaba, hasta la batería chiquita tenía buen tamaño, porque también nos podíamos sentar en ella; era una cosa parecida a la batería que traía el tocadisco de Palemoncito, como un acumulador de carro, nomás que esa venía ensamblada en un cajón de madera con dos picos para arriba en donde conectaba su cuestión con unas cosas como tenazas, pero esas baterías eran *plomas*; y la eveready del radio, tenía la envoltura de cartón rojo con azul y las letras blancas, bien bonita que se miraba, pero también así pesaba. A mí me tocó desbaratar algunas cuando ya no servían; por dentro tenían cuatro hileras de ladrillitos enchapopotados; pasaba de lado a lado un alambre rojo y uno negro. Esos alambres se amarraban a unas laminitas que estaban a cada tantos cuadritos que nosotros les llamábamos espejitos. Hasta llegué a hacer algunas casitas con esos ladrillitos, pero casi siempre me faltaban.

Me costó trabajo agarrarle confianza al radio; el profe me decía que le moviera, pero siempre no me animaba muy bien; para que agarraran las estaciones, tenía un alambre largo que se sacaba por el techo hasta arriba en la punta de la antena que le gustaba mecer al viento.

— Mira, dale vuelta para acá; esta es una estación de México es la XEW; acá está la NT de la Paz y de este lado entra una de Nogales.

*Pobre de Jacinto, se fue para el Norte p'a después venirse a casar;
vendió las gallinas y un marranito que el día de su boda él iba a matar⁶⁰*

¡Así cantaba el radio! y luego, cuando entraba la música, un pelado decía vacilando: “Como le iba a alcanzar, si le pagaban a peso la tonelada”. Era una canción triste que platicaba las ilusiones de un amigo muy pobre, que buscaba ganarse la vida en la pizca del algodón, a donde se fue Pancho en aquel enganche que le cobró 20 pesos por llevarlo al valle del Yaqui.

El profe se alistaba; se lavaba la cara con agua helada y se vestía con su pantalón blanco y su camisa blanca también, como siempre; y así arreglado, se agilaba para la casa a que le dieran de desayunar echándose encima la chaqueta azul de la XEGS que usaba para jugar voleibol.

— ¡Póngase usted el sacorrón!, usted tiene más frío que yo profe; a mí ya se me quitó.

— ¡No, no, no!, ahí quédate hasta que quieras o si gustas acompáñame a tu casa y desayunamos los dos.

⁶⁰ *Pobre de Jacinto*. Canción, ignoro el interprete, sólo hay registro parcial en mi memoria.

Acortaba el camino cruzando a grandes zancadas el solar de don Delfino y yo atrás de él, mirando sus pasos largos y su rápido caminar.

—¡Ya traje al profe a almorzar!

Y para entonces, él ya estaba sentado en la cocina, en la cabecera de la mesa, mirando para el lado de La Trinidad, como siempre.

En la casa, desayunaba, comía y cenaba; le lavaban sus trapitos con los que él siempre lucía de blanco. Tortillas calientes y aunque fuera frijolitos en agua y sal ¡él se los comía tan a gusto...!; luego una taza de café, un poquito de platiquita y se iba a su negocio en la escuela.

Una noche que estaban cenando mi ‘apá y el profe, les agarró una platicazón que no acababan; en eso descubrí que mi ‘apá traía un peso en la mano bien enrolladito; entonces me le arrimé con ganas de quitárselo; me le subí a las piernas haciéndole la lucha por hacerme del mentado billete. Como estaba re’entretenido en la platicadera, no se dio cuenta cuando aflojó la mano y con el dinero en mi poder, pegué la carrera hasta el abarrote.

— ¡"Chilo" dame un cuaderno y un lápiz!

— ¿De cuáles?

— De ese, del avioncito

— ¿Y el lápiz de qué color?

— ¡Pues colorado!

El cuaderno era azul, de 10 hojas, por atrás traía las tablas de multiplicar y por enfrente tenía dibujado, como con lápiz, el avioncito, un reglón para ponerle mi nombre y otro para poner el grupo.

— Ten, te sobran 60 centavos.

Un veinte me había costado cada cosa. Con el cuaderno y el lápiz en la mano le fui a dar la “feria”⁶¹ a mi ‘apá y le dije al profe:

— Mañana sí me voy a ir con usted a clases.

Entonces les pedí a los muchachos grandes que le sacaran punta a mi lápiz, pero no me hicieron caso; y con ese sentimiento, agarré una navaja de rasurar que estaba clavada en las vigas de la ramada y comencé a hacer lo que nunca había

⁶¹ feria: el vuelto o el cambio; el sobrante de un pago

hecho; le quedó una puntota como de pico de tildío⁶² y así me fui a acostar con el corazón brincándome de gusto en medio del costillal.

Al día siguiente me fui a la casita escolar tempranito, a levantar al profe como siempre.

— Vamos pues para tu casa

— No profe, yo aquí lo espero, almuerce usted, a mí no me ha dado hambre todavía.

— ¿Entonces te quedas?

— Yo aquí me espero... ¿me deja sonar la campana?

— ¡Cómo no! si quieres sonar la campana tú la suenas.

— ¡Así menos me voy para la casa! ¡Ahora nadie me va a ganar la campana!

Ya me andaba porque llegara la hora, en cuanto me dijeron que ya, empecé a jalar el alambre que tenía pepenado desde antes, los plebes me lo querían quitar porque la campana no sonaba, le jalaba y nada ¡así no es! —decían los otros morros—, pero no les solté el alambre, si no suena de este modo entonces ¿cómo va a sonar? me decía para mí mismo y con esa angustia alcancé a pensar que el jalón no era para abajo, sino para un lado cualquiera; entonces le hice juego tantito hacía mí como creía haber visto ¡y que va sonando! pero no sonaba parejo, unos golpes sonaban recio y otros más suavitos y así entusiasmado me di gusto oyendo el tan-tan-tan de la campana, y sobre todo, me sentía importante al ver que los plebes se metían al salón obedeciendo la orden que les estaba dando con la campana ¡a clases ese día!

Iba para parvulito,⁶³ pero no había mesa-banco para mí, ahí fue cuando “El Moño” me abrazó y me hizo un campito en su silla.

Ya creció mi oído, por eso ahora oigo más chiquita la campana, eso también es cuestión de memoria, pero dicen los que saben, que un niño puede escuchar los sonidos a un tono y medio o a dos tonos de diferencia, en relación a como oyen los adultos; por eso, con el paso del tiempo percibimos los sonidos de diferente manera. Aún como adultos nos puede pasar que vamos cantando mentalmente una canción y nos suena de un cierto modo y al cantarla en voz alta nos sale en otro tono, aunque sea la misma tonada; así es que, el tan- tan de entonces, ahora parece tin- tin sólo que esa

⁶² tildío: pájaro del monte muy zancón

⁶³ parvulito: grado anterior a la primaria que cursan los párvulos, niños.

campana, ya no esta en la escuela, pues ¡dónde se le ocurrió a Juan Padilla que La Noria debía tener iglesia!; en su propio solar hizo una capillita para que la gente aquí mismo pudiera oír misa, ¡como si fuéramos tan devotos!. Lo malo de todo es que como la mentada capilla de Juan Padilla no tenía campana, se les hizo fácil arrear con la de la escuela; porque según parece, es más importante rezar que estudiar; la cosa, es que no saben que robarse la campana de una escuela, implica un delito federal.

Mi primer libro

En parvulito me aprendí todas las letras y comencé a formar palabras simples también ¡Cómo me daba envidia la letra del profe!, escribía parejito, rápido, sin ningún esfuerzo, fueron letras como dibujadas. Cuando uno no sabe leer, aquello se ve como simples trazos, bolitas, palitos y ganchitos, acostados y parados y a veces medio inclinados, comienza uno a darle muchas formas, pero no da con bola, hasta que nos enseñan a distinguir una letra de las demás y comenzamos a pegarlas con la memoria para deletrear y conocer la música de las palabras escritas. Cuando pasé a primero, el charingui me prestaba su libro, ya se siente uno distinto con un libro en la mano y nos da por hojearlo para delante y para atrás como si fuera la pura verdad. Me detenía con particular atención en los dibujos, de lejos se miraban puros manchones, pero al acercarse y ponerle cuidado, la mirada empieza a separar los espacios claros de los oscuros y poco a poco cae uno en la forma.

El libro del charingui estaba impreso en color sepia, ese café, medio amarillo y medio coloradón en dónde se ven los dibujos como en los retratos de antes. A como vamos comprendiendo la lectura se nos aclara más la imagen y podemos decir que se abre de a fregadazo la puerta del conocimiento. Un día nos dijo el profe que iba a Guasave a comprar los libros, que los que quisiéramos podíamos encargarle el nuestro. Teníamos que avisar en nuestras casas para que nos dieran el dinero y encargarle el libro al profe. Alrededor del escritorio, se hizo un bolón de plebes que iban a comprar libros, el profe traía unas hojas en donde venía apuntado el nombre de los libros y lo que costaban. Alguien me dijo que el libro de primero valía siete pesos.

Yo me traje la alcancía que había hecho en un botecito de jugo de piña del fuerte; cuando lo abrí, nomás tenía 6.10 entonces me fui a un rincón a tristear porque

no acababa el libro. Después de atender a varios plebes el profe se levantó y fue a agarrarme de la mano de dónde estaba.

— ¿Y tú no vas a encargarte tu libro?

— No me alcanza profe.

— ¿Cómo que no te alcanza, cuánto tienes?

— Seis diez

— ¡Ah!, dámelos, yo te completo

— Me falta mucho, son 90 centavos

— Dámelos, para que te preocupas

— Es que.... no voy a tener....

— Yo te lo completo, dámelos y mañana nos vemos en la tarde.

Al día siguiente había un bolón esperando al profe que no llegaba con los mentados libros. Ya oscuritas, vimos a lo lejos el foco de la bicicleta; tenía que ser el profe, porque casi nadie traía luces en sus chimistretas. Venía con un bultonón en la parrilla.

—Espérense tantito, a ver, ustedes, vengan a ayudarme... y ahí vamos todos agarrados de su bicicleta colorada, hasta que la recargó en el portal de la entrada de la escuela. Desamarró el bulto y lo cargó hasta el escritorio ayudado por nosotros, que más bien le hacíamos estorbo, pero la novelería era muy grande. Aquí están los de cuarto, para.... Estos son los de segundo y así fue sacando, ordenándolos sobre el escritorio y ya que los tuvo todos, comenzó a entregarlos a sus dueños. El mío era el único de primero y lo tenía en un rincón aparte en el cartón.

— Aquí está tu libro, ven a verlo.

No cabía de gusto; me temblaron las manos y las corvas; se me nubló la mirada y aquello empezó a darme vueltas con la luz de la cachimba que no se sosegaba en ninguna parte, entre chorroneos ensombrecidos por la oscuridad del salón, alcancé a ver: “m-i-l-i-b-r-o d-e p-r-i-m-e-r a-ñ-o...”, era de pasta dura y gruesa. En la oscuridad no podía apreciar casi nada. El profe me abrazó por encima de los hombros.

— Te lo llevas o quieres que te lo guarde para el lunes,

— Sí profe, sí

— ¿Te lo quieres llevar?

— No mejor usted guárdelo

Pensaba en el terregal de la casa; me lo quería llevar, pero no me animaba; era mucha la curiosidad, pero quería que estuviera limpiecito para el lunes.

El lunes no hice nada, me la pasé contemplando el libro. Antes de abrirlo, lo vi por todos lados, la pasta elegante, las hojas blancas y parejitas. ¿Cómo le harán para que quede tan bien hecho?. Con mucha emoción comencé a abrir la pasta y vi la primer hoja, no tenía nada y luego ya vi unas letras que traía en la siguiente hoja y en seguida aparecieron las lecciones en letras grandotas, con dibujos y toda la cosa.

Mi libro era igual que el del charingui, pero más bonito, traía las mismas lecciones y los mismos dibujos, pero no era igual, mi libro venía ilustrado a colores, no como el de mi compañero, que todo estaba en café. Había más diferencias; por ejemplo, el Pinocho del de el charingui, era un muchacho grandote parado al lado izquierdo mirando de frente al otro lado y la nariz se le alargaba como un tubo o un rifle de carne, por encima de los renglones; en tanto que mi pinocho a colores, miraba de frente con la nariz larga, el pico hacia arriba, en medio de una cara como de caricatura.

Todos los monos de mi libro lucían colores muy bonitos, pero muchas de esas figuras no eran tan reales, pues parecían los dibujos de algunos cuentos pero sin que se tratara de retratos.

No me cansaba de leer, aunque fuera despacito. Los muchachos todos querían conocer mi libro, y a todos les gustó. Sobre el mesa-banco, era como un pizarrón acostado que tenía letras e imágenes y lo comparaba con el pizarrón de enfrente, cuya espalda daba al sur, a dónde en poco tiempo, tendría que caminar para subirme al tren, llegar a Guadalajara y ahí en la central, transbordar a un autobús que me llevaría a México.

28 años después, cuando Cruz Horacio, mi hijo mayor entró a primero de primaria, me pidieron un libro de los que no daba la secretaría y ese libro me costó siete mil pesos. Cinco años después a nuestra moneda los malos gobernantes le quitaron tres ceros, de modo que el costo volvió a ser solamente siete pesos.

Del cielo cayó una rosa

*Con un real, con dos reales que tengo
voy a comprar una vaca;
tengo la vaca, soy el vaquero;
siempre me queda todo mi dinero.
Con un real, con dos reales que tengo
voy a comprar una chiva...⁶⁴*

Así, el individuo se iba haciendo de animales y cada vez más rico, según la canción. Ésta me la enseñó el profe contando con los dedos índice y medio: *con un real con dos reales...* para que la cantara en alguna de las comedias de la escuela haciendo la seña; pero llegó la fecha de la primera, luego la segunda, otra más y nunca me tocaba presentarme, porque siempre había muchos números y como era más importante lo que hacían los demás, yo me iba quedando para después. Una vez me dijo: Ahora sí vas a cantar; y se puso a enseñarnos a Nacho López y a mí *Del cielo cayó una rosa*.

Que cayera una rosa del cielo no se nos hacía raro, como que era cosa del diario ver lluvia de estrellas, por lo cual no me costó trabajo pensar que cayera una flor del cielo en lugar de un astro o que una de esas estrellas se convirtiera en una flor luminosa para prenderse en las mechales de una plebe; entonces, sólo faltaba perderme en sus ojos.

Se me hacía raro decir: *del jardín del aire vienes*, porque yo suponía que eran dos cosas las que se estaban expresando: vienes del aire y del jardín, poniendo coma entre las dos cosas, así como queriendo hacer una lista de todo aquello, porque nunca imaginé que el aire tuviera un jardín.

Era curioso creer que podía escribirse en el cielo, en el mar y en todas partes, hasta dejar un letrero estampado en la mente de la mujer; ahora que no daba con bola⁶⁵ en qué importancia podía tener que maullara un gato y si ese animal era de mala raza, pues para el caso daba igual que maullara un gato fino o corriente; pero en cuanto a tocar la retirada, a lo mejor se trataba de una canción interesante. Todavía no conocíamos *La Retirada* de José Alfredo; pero la palabra maletas era la que más raro nos sonaba. Nosotros sólo entendíamos por maletas las que los fayuqueros se

⁶⁴ Fragmento de una canción popular a modo de juego, autor anónimo.

⁶⁵ dar con bola, es encontrar la razón

cargaban cuidadosamente en la espalda, a modo de no maltratar los géneros⁶⁶ que vendían a las muchachas y que para exhibirlos hacían un reguero sobre un catre o una tarima, que les prestaban en cualquier casa, para llamar la atención de las compradoras. Hasta entonces, nosotros sólo habíamos visto en la gente que iba a viajar que guardaba su ropita en los velices, pero eso de maletas en verdad sonaba extraño. En cuanto el robarse a la prenda amada, ya más o menos habíamos oído decir algo por ahí.

La verdad, me puse a ensayar con entusiasmo, aunque a veces me llegaba el desatino por las experiencias anteriores; sin embargo, guardaba algo de esperanza.

Llegó el día de la fiesta, regamos el patio, acomodaron el tocadisco, arrancaron el motor, prendieron las luces y el sonido se regó por entre las casas, las luces del tocadisco formando un cuadro, brillaban en la noche oscura que había caído de sopetón; primero la presentación obligada, Juan Manuel dijo su recitación, no faltó quienes hicieran un diálogo, también había pasado el bailable, ya habían cantado Poli y Florencio. La comedia estaba muy avanzada, cuando de repente, dijeron que nos tocaba a nosotros, siempre estuvimos pegados a la mesa donde estaba el aparato y que van anunciando: Ignacio López y Cruz Mejía cantarán para ustedes *Del cielo cayó una rosa*. ¡Los pantalones eran los que se me andaban cayendo!

Algo raro me sacudió todo el cuerpo, la luz de los focos se me hizo borrosa, las canillas se me doblaron con el peso de la noche que se me venía encima, todo me sonó muy lejos, pero mi cerebro ordenaba sosegarme; y en medio de un nubarrón oscuro después de que alguien contó hasta tres, nos arrancamos. La canción se me quería zafar de la memoria y me le prendí a Nacho que tenía bien agarrados los versos; nuestras voces en la bocina se oían después y como que quería atrasarme por el retraso que se sentía arriba del poste, luego mi propia voz bajaba, orientándome por donde seguía la tonada, al grado que cuando terminamos, el alma me volvió al cuerpo, todo desguanzado, sentado a medio patio.

No podía creer lo que acababa de pasar, la voz se metió al alambre con mis palabras y desde tres metros arriba, entró a todas las casas del rancho. Aún acostado, el aplauso me rebotaba en las orejas. La memoria iba y venía, reconstruyendo de

⁶⁶ géneros: sinónimo corte, tela

muchos modos todas las figuras que pasaron por mi mente, junto con las emociones que me sacaron lágrimas en cosa de tres minutos.

El lunes los dos vendados

Trajeron a Nacho López bañado en sangre; lo levantaron en la esquina noroeste del solar de la escuela, allá por el rumbo de los escusados. A veces con la luz de la tarde las cosas se coloradean más de la cuenta y la cara de un herido se ve más grotesca a esas horas.

Quién sabe cuanta sangre sería la que se le venía saliendo, era mucha, se le miraba en las manos, en la cara y en la camisa toda manchada.

¿Pero cómo pudo suceder aquello, si Nacho era de los más gallos? Ahora lo traían cargando entre varios y lo acostaron sobre el pretil de la escuela. Los texanos se distinguían por la voz ronca y por que nunca se rajaban, Nacho era el más chicanillo de ellos, pero no se quedaba atrás —texanos les decían a los hijos de Manuelón por el modo de vestir y por el sombrero que portaban arriscado de los lados y el ala de enfrente medio levantada—. Como estaban altos y bien hechos, se miraban muy elegantes.

Ahí estaba pues, tirado en medio de la bola de mitotereros que se formó alrededor, sin decir nada, de vez en cuando como que se quejaba nomás. Todos nos arrimamos a verlo y empezaron las murmuraciones de cómo había sucedido.

Cuando lo vi ahí tirado con el sombrero por un lado medio tapándole el sol, se me agolparon los pensamientos y el gañote se me secó. No lo podía creer, mi compañero de banca estaba herido. Como que sentí unas ganitas de llorar, pero la lloradera no salía, me dolía muy adentro en el alma, tal vez como a él le dolía en la carne; pero si chillaba, me iban a decir que soy muy joto; por eso, ni un pujido me salió, de todos modos, medio le suspiraba y unas gotitas se asomaron por los ojos enseñando mi dolor que nadie vio entre las sombras de la tarde.

Del salón de clases, salieron sus hermanos Poli y Florencio junto con el profe y le limpiaron la herida. Se lo llevaron a La Trinidad⁶⁷ a que lo atendieran, y regresaron ya bastante entrada la noche, por que según dijeron la cosa estuvo seria. Ya que se lo

⁶⁷ La Trinidad, es un rancho con más servicios, un poco más grande; que está a dos kilómetros y medio, al norte de La Noria.

llevaron a su casa, la plebada se empezó a retirar y mientras oscurecía, el asunto se fue aclarando. Resulta que estos carajos plebes estaban jugando con un burro, que se metió por entre debajo de los alambres o por alguna abertura del cerco; ya lo tenían encalmado arreándolo para un lado y luego para el otro, ahí andaban todos atrás del animal, entonces el texanito, todavía morrillo, pero a la vez muy jodido⁶⁸, agarró un varejón y le picó el *pedorro* al burro. A éste no le gustó la chingadera y empezó a patalear pa' trás; en esto Nacho se agachó para juntar otro varejón, por que ya se le había quebrado el que traía; entonces ¡plántale una patada en la mera frente! y ahí quedó tirado.

El burro aquel no era muy grande, pero se sentía muy seguro de su persona, o más bien de su animalidad; y por dignidad no iba a permitir que nadie le hiciera una avería de ese tamaño.

Al día siguiente, sábado por cierto, se acababan de ir Yola y mi 'apá al empaque de Vallejo a eso de las tres de la tarde, pues quien sabe quien ideó en esos días que debería trabajarse en la noche hasta la madrugada. A mí me habían mandado por unos refrescos en que Chano Lugo y ya iba con los envases de vuelta, pero como siempre me ha gustado hacer los mandados pronto, me fui corriendo y al regresar, ya con las manos vacías me sentí muy ligerito, entonces que me arranco como rayo. Apenas había dado los primeros pasos cuando sentí un fregadazo enfrente; algo muy fuerte me daba contra todo el cuerpo que no podía detener. Era Poli, el de Osorio que se andaba enseñando a andar en bicicleta, se le cuatrapeó el pedal y me cayó encima el muy tarugo con todo el armastrote.

—¡Mira nomás que te pasó!— Dijo una voz por encima de mí como nube protectora. Luego unos brazos fuertes me alzaron del suelo echándome una sábana para taparme el sol. Muy arriba de mí la voz seguía oyéndose medio quebrada por la preocupación; aunque salía de una garganta bronca sonaba dulce y demasiado tierna. Era Don Chon Padilla que pasaba rumbo al comercio cuando vio lo que les estoy

⁶⁸ jodido: un jodido es una persona cualquiera, muy jodido es muy ocurrente, muy travieso, muy caramba, o muy delicado.

platicando. Aquel hombre pícaro y juguetón que me había enseñado aquello de: *El sauce y la palma se mecen con calma / Palemón Verdugo y la Justina Lugo*⁶⁹

Por lo que el profe me regañó cuando la canté en el cine —eso no se hace, eso no está bien; nunca debe insultarse a las personas mayores.

Pues Don Chon me acostó en la camona de fierro que estaba en el rincón del cuarto, explicando lo que había visto a modo de consuelo pa' mi 'amá que no se aguantó la lloradera entre el susto y la preocupación, junto con una o dos álguienes más que también lloraban al verme sangrar.

Se arrimaron muchas gentes a averiguar que me había sucedido.

— ¡Ay ingrato muchacho, si no sabe andar pa' que anda!

— ¡Tan grandote y tan...! ¡cómo voy a creer!

— ¿Porqué le dejan la bicicleta así nomás?

A Poli lo tupieron de palabras, nomás por no saber andar en bicicleta. Aquellas voces no consiguieron meterme en el sentimiento el odio contra él, si ya me fregó que le averiguo, no más que tenga más cuidado.

A poco, llegó el profe a comer, muy tarde y por cierto que ni comió, luego dijo —Hay que llevarlo a que lo curen en La Trinidad.— Y pa' pronto me horquetó en la parrilla de su bicicleta colorada para no perder el tiempo. Se fue despacito por la carretera cabresteando la bicicleta muy preocupado de que me fuera a lastimar. Llegamos a la Trinidad, pero el doctor no estaba; había ido a sabe dónde a ver a quien sabe qué señora en apuros.

— ¿Irá a tardar mucho?

— Pues quién sabe por que creo que fue lejos— Dijo la muchacha que hacía las veces de enfermera

— ¿No le podrán poner una inyección o hacerle algo mientras?

— Va a creer que no tengo nada con que curarlo...

Nomás me dieron una limpiadita en la frente y ahí vamos pa' trás.

Como ya había oscurecido, entonces se montó en la bicicleta; pero entre el alamón y la bomba de Echavarría me empezó a sangrar la herida, se paró y me limpió

⁶⁹ El sauce y la palma. Canción popular sinaloense, atribuida a Luis Pérez Meza, derivada de "El sauz y la palma" del autor español José Selgas y Carrasco, según versión data del siglo XIX.

con el paño y luego se agiló⁷⁰ conmigo más recio pa' la casa a que me atendieran como pudieran.

Mientras que al profe le dieron cena, trajeron pomada de sulfatiazol con la que me rellenaron el boquete de la frente, era como mierda de gallina que me metían allí todos los días hasta que me alivié.

Estando acostado en medio de las confusiones del fregadazo que traía, alguien dijo por ahí, —eso le pasó por haberse burlado de Nacho ayer que lo pateó el burro—.

La neta es que el lunes los dos llegamos a la escuela con nuestra venda en la frente y como siempre, nos sentamos juntos hasta adelante como compañeros de banca.

Mi vieja bandera

La bandera que teníamos en la escuela estaba vieja y descolorida. El sol de muchos años le había comido los colores; el verde era como amarillento, el colorado medio rosa café y el blanco igual pero mugroso, apenas se notaba que era la bandera tricolor, porque el águila estaba bien pintada aunque también semiborrada por el sol.

Para las fiestas patrias el profe Teodoro compró otra bandera, o más bien compró las telas, porque él, ayudado por las muchachas, cosió un pedazo con otro y con mucho talento le pintó el águila en medio. No sé como le hizo o de dónde la calcó, pero él ahí pintó el águila con mucho cuidado con el nopal, la serpiente, el lago y toda la cosa. El caso es que ya teníamos dos banderas, la vieja y la nueva, y a la hora del desfile la vieja se quedó en la escuela en lo que fuimos a andar por las calles estrenando bandera.

Desde que el profe estaba cosiendo aquellos trapos, yo vi algo raro en esa nueva bandera; si la otra estaba descolorida y vieja, esta brillaba de más, los tres colores de la bandera nueva no eran exactamente los colores que estamos acostumbrados a ver, como que aquello era más verde y más colorado, más chillones pues, así como si fuera una pintura artificial donde se les pasó la mano con los colores, como se ve en las botellas el jarabe de los raspados.

⁷⁰ se agiló: se apresuró

No dejábamos de reconocer lo gastado de la bandera vieja; sin embargo, la que estábamos estrenando tenía algo que no le daba exactamente a los auténticos colores de la bandera. Lo peor de todo es que yo la miraba, estaba a disgusto y no podía explicarlo, para mis adentros decía: la bandera no es así, pero de todos modos así es; y con esa desfilamos. Yo me quedé para siempre con la idea de que esa bandera con la que desfilábamos, era verde, blanco y colorado, pero no eran los colores que le correspondían; ni siquiera en los libros la han pintado como es. La bandera tiene sus colores que no pueden compararse con ninguna otra cosa porque son únicos. El verde es verde bandera y nada más, no se vale verde zacate, ni verde tractolina ni ningún otro verde.

Otra de las cosas es que uno está impuesto a ver la bandera de frente, con el verde a la izquierda y el rojo a la derecha, el águila mirando hacia el asta, pero que tal si la vemos por atrás, entonces nos va a parecer que está al revés, o que el águila está volteada, como cuando uno se mete de trampa a ver las películas por atrás de la pantalla.

Todos estábamos contentos porque teníamos nueva bandera, yo también estaba muy gustoso, pero había algo que me hacía entender que no era igual y aunque viejita y descolorida quemada por el sol, yo prefería la vieja bandera que teníamos en el rincón del salón de la escuela; igual que el mapa aquel grandote de la República Mexicana que teníamos colgado en la pared, ya todo resquebrajado, pero en él conocimos los estados del país.

Dice aquel canto de *¡Oh, santa bandera de heroicos carmines...!* que el verde se refiere al pomposo color de nuestros jardines; que el blanco es la nieve sin mancha de nuestros volcanes y el rojo es como la sangre de los paladines.

Tal vez la tela de la bandera en sí misma no diga nada, y si la vemos aparte de lo que es el símbolo patrio, podemos pensar irresponsablemente que no tiene ningún valor un trapo como éste, pues el valor lo adquiere en el momento que se juntan los tres colores y se estampa en medio el escudo nacional, para convertirse propiamente en bandera, que debemos conocer, respetar y valorar, entendiendo el significado que adquiere al convertirse en nuestro emblema patrio.

La bandera cuando se hace vieja no se debe tirar a la basura, se discontinúa y en una ceremonia especial se calcina, para no dejar rastro de ella que pueda ofender una conciencia mal educada.

Nosotros que nunca tuvimos nada, nos encariñamos con nuestra vieja bandera; y aunque ya pasaron muchos años, esa es la que más presente tengo en mi recuerdo; el sol de estos rumbos casi se la acabó, pero aquí en el alma sigue ondeando enterita. Aunque yo no la recuerdo de nueva, porque así nunca la vi, para mí es y será siempre una bandera vieja que me enseñó a pensar en la patria.

A veces pienso que estos amores aprendidos, se alcanzan a meter en los genes de las personas; nosotros lo entendimos bien, porque el profe se esmeró en ello; tanto que, cuando le nació su primer hija la bautizó con el nombre de Balbinita, acordándose de su abuela materna, pero la muchacha nació el mero 24 de febrero.

Flor de pensamiento

El pelado pasó por aquí regando pensamientos, como cuando los aviones pasan tirando papeles anunciando carajadas; yo lo vi, aquí pasó frente a mí, por eso pude ver como se le salía de la cabeza lo que ya no le cabía de lo mucho que pensaba; salían como toallitas de colores, muy delgaditas, como nubes pequeñas hechas de motas de algodón; se desparramaban conforme se iban saliendo, ganaban al cielo sin dejarse agarrar, el viento se los arrastraba; pero eran tan finitos que ni sombra dejaban. Yo hubiera querido agarrar uno cuando menos, para sembrarlo en una maceta, porque esas cosas, no se deben desperdiciar; estábamos seguros de que si eso le pasaba, debía tratarse de un individuo muy inteligente, que estaba obligado a dejar sembradas sus ideas por este rumbo; quien quita y entre tanta cosa hubiera alguno que otro intento de mucho beneficio para nosotros.

Como pasó aquí junto a mí, pude ver con detalle todo aquello. Es más, estuve a punto de jalarle uno de sus pensamientos, bien clarito, cuando se asomó del lado izquierdo de su cabeza reventada, pero me dio pena; preferí verlo volar rumbo al sol amarillento todavía.

En la escuela nos habían dicho que las personas tienen una rajada en el lado izquierdo de la cabeza y que adentro, en medio de todos esos huesos, está el cerebro y que en el cerebro están los pensamientos, que se hacen solos, nomás con ver las

cosas del mundo. Los científicos le nombran la fisura de Rolando; yo me espanté mucho cuando vi en aquel dibujo la rajadona medio sesgada de aquel individuo, como si le hubieran puesto un hachazo para sacarle los sesos. Clarito se sentía cómo el cerebro se le escurría de la choya. También me di cuenta de que, al amigo aquel de los pensamientos regados, conforme caminaba, la cabeza se le iba desinflando y como nadie se fija en esas cosas, yo miré para abajo buscando la sombra de su cuerpo, donde ya no se dibujaba la cabeza; también vi que aquel descabezado ya no pisaba el suelo y al hacerse más ralita su sombra no tardó en desaparecer volando al infinito tal vez jalado desde allá, por sus propios pensamientos, que lo habían dejado vacío y muy livianito. Otra cosa de esas, nunca la he vuelto a ver.

Después alguien dijo que los pensamientos de las personas son flores, pero no es cierto. Eso yo sí lo sé. Las mentadas flores esas que llaman pensamientos, no tienen ningún parecido con los que se le salieron de la cabeza a aquel pensador que apareció por estos rumbos aquella mañana.

3.2. SE EXTIENDEN LOS SENTIDOS

El espejo

El espejo está tarugo, me veo en él igualito como soy, pero al revés; si alzo la mano derecha, en el espejo se levanta la izquierda, si cierro el ojo izquierdo, ese mono que soy yo, cierra el derecho. Luego me arrimo hacia él, pero mi imagen se arrima más para acá en vez de hacerse para atrás y si me alejo, se aleja también.

Sin embargo, por más que me arrime no hay modo de rozarse con la figura que se ve de mí en el espejo. Pongo mi dedo ahí, del otro lado aparece otro dedo mío, pero no se juntan porque en medio de los dos queda el espacio del espesor del vidrio.

El espejo es como una ventana sin que se pueda uno brincar por ella al otro lado, porque atrás está la pared; por eso no se ve lo que hay atrás del espejo; parece que en él se mete todo cuanto se alcanza a ver, el paisaje, las personas, las cosas y un pedazo de cielo, sólo que el espejo brilla con la luz del sol que se le encima, porque el cielo solamente luce pero no brilla.

El espejo tiene atrás una capa de óxido café rojizo y por el lado de enfrente un brillo de oropel entre la cáscara y el vidrio.

Si lo ladean tantito la imagen hace ángulo, si le dan vueltas sobre su propio eje, mirándolo de frente, la imagen ni se mueve siquiera y si el espejo se rompe en muchos pedazos, la luz del sol se desparrama y cada pedacito se vuelve un espejo chiquito. Pero la ventaja del espejo es que en él podemos ver de frente lo que está atrás de nosotros.

Una vez que no tenía qué hacer yo me vi en el espejo; casi era del mismo color que soy, me miré un poquito más oscuro, como sombreado por la oscuridad del cuarto donde estaba el espejo. Eso de la imagen oscurecida se aprecia siempre en los espejos de los carros, pues los hacen un poco sombríos para que no se encandilen los choferes. Ahí estaban las mismas pestañas mías, los mismos ojos grandes, mi nariz, las líneas de mi boca, todo; de niño mi pelo era acanelado, muy parecido al de los elotes en la milpa y ahí estuvo la fregadera, a medida que me miraba en el espejo también me miraba para adentro sacando de la memoria la imagen de todos los plebes que conocía y ninguno era igual, ¡ni de dónde iba a parecerme en algo al Mayo cola azul!⁷¹; el único que me daba cierto airecito era Toño el hermano del charingui, pero solamente en el color. Pensándole un poquito, él era un poco más opaco, con el pelo negro. Entonces, de los ojos que miraba en el espejo se salió una pinche tristeza inmensa, para encajarse en lo más lastimoso del alma, porque toda la plebada estaba quemada por el sol, cuando no eran indios mayos; y mi piel se miraba más delicada, como si nunca hubiera hecho nada que me hubiera marcado en el cerco.⁷²

Dos Lucecitas

Nos pasábamos todo el tiempo panza arriba mirando el cielo, así nos dormíamos, con la luz de las estrellas en los ojos. Como la vista de todos nosotros se va rumbo a las alturas, creemos que el cielo es un ojo grandote en donde todo cabe y los ojos de los que miran hacia arriba son como pedacitos de cielo que todo abarcan.

Muy lejos se paseaban las nubes con el viento, jugaban con nosotros a que cambiaban de forma; luego mirábamos animales muy raros, muchos de ellos cabezones y sin patas y cuando empezaban a agarrar figura, se estiraban como chicles

⁷¹ Era un niño de la etnia Mayo, con la huella del mestizaje, que es una mancha que todos los mestizos tienen donde termina la columna vertebral, la cual se borra alrededor de los tres años de edad.

⁷² cerco: sinónimo de parcela, por la posibilidad de estar cercada de alambre.

o se hacían pedacitos como motas de algodón; y nosotros queriéndolas mover desde acá con el pensamiento.

Las estrellas echaban brinquitos, alborotadas, poniendo tembloroso al firmamento. Allá estaba el lucero con su cola larga desprendiéndose del crepúsculo; por el otro lado, la luna aparecía como un torito queriendo cornar la inmensidad.

Yo me quedaba quietecito, oyendo el sonido del universo y me desesperaba no darme cuenta a qué hora respiraba; era como un ruidito incesante de grillos: ¿en qué tono estaba la bóveda?... A la distancia se juntaban los astros con la cúpula del monte y entonces pensaba: quién fuera pitaya para traerse del chongo a las constelaciones... Toda la noche era de luces, un elegante mantón para echárselo encima a la muchacha más bonita de por aquí.

A media noche, nos rociaba la cara el sereno y nuestros ojos se limpiaban o el cielo se hacía más claro, porque entonces veíamos más honda la esfera que nos envuelve, sin alcanzar a sacar la mirada de sus dimensiones. De a tiro, ¡qué poquita cosa somos! Me imaginaba que el cielo era como un pizarrón inmenso donde podía escribirse lo que quisiéramos; o una pantalla infinita donde no dejaban de verse los misterios del día y de la noche.

A veces creía que las estrellas eran como las flores de un mantel o de una sábana que usábamos de techo y que del otro lado, más arriba, estaba flotando el agua que debía llover; así, unas diestras manos desprendían esos cuerpos celestes y por los hoyos que quedaban, pasaba la lluvia que venía a reverdecer los campos, quitando la tristeza de estos alrededores.

Aquella ocasión, nosotros habíamos sembrado garbanzo, muy buena cosecha que levantamos; y mientras venía el comprador, había que cuidarlo en el cerco, que no lo fueran a mañosear los animales o que algún jodido quisiera llevarse un saco; un cerro de paja se formó cuando pizcamos. En el suelo hicimos un tenderete de costales para el grano y en el copete del cerro de paja, nos acomodábamos para velar, aunque también dormíamos. Abajo de las cobijas, teníamos el saloncito⁷³ 22 cargado para cualquier emergencia; nunca faltaba un coyote o de perdida los perros sin dueño atravesando la parcela; por eso teníamos tiempo para la contemplación del cielo; y

⁷³ saloncito: rifle

como por aquel entonces ya se hablaba de los platillos voladores, marcianos y cuanta carajada⁷⁴ han inventado; mirábamos cosas curiosas en la noche, cómo el chorro de los aviones a propulsión; no distinguíamos el aparato ni el ruido, pero se estiraba la cola de humo donde creíamos que iba pasando.

— ¿Qué será aquella cosa que se ve volando por atrás de los mezquites?; ya se perdió de aquel lado de la laguna...

Yo nomás vi una cosa que brillaba, desapareció y volvió a aparecer, hasta que dejó de verse.

—No parece una estrella, porque se mueve más rápido, pero tampoco es un avión porque no tiene nada que hacer por este rumbo...

—¡Quién sabe qué será, ya duérmete!

Oscuritas la mañana llegó Pancho.

—Váyanse a almorzar, yo aquí me quedo; sirve de que ayudan en algo allá en la casa...

Y nos agilamos⁷⁵ por el camino viejo entre el monte... Allá muy lejos columbramos una lucecita verde y otra colorada que venían como bailoteando muy al norte, en medio de la brisa del amanecer...

— ¿A poco si es cierto eso de los satélites voladores?...

—No doy con qué pueda ser eso; se me figura que vienen para acá, siempre juntas, como que se platican. Se arriman, se apartan tantito y luego se vuelven a juntar, pero no se pegan.

A poco rato se empezó a oír un ruido meciéndose en el viento...

— ¡Ah fregado!, parece que por ahí andan los aviones, no se ve nada, pero parece que sí.

Y en eso estábamos cuando sin más ni más se dejaron venir los animalones, bueno, ni tan grandes, pero se dejaron venir, uno atrás del otro; apenas nos dio tiempo de capearnos⁷⁶ por estar con la boca abierta.

— ¡Tírate para allá!— dijo Felipe, dándome un jondeón⁷⁷ para la guardarraya del camino. Cayó horquetado en mí en el momento y el punto exacto en que el primer pájaro de acero tocó tierra. Tantito nos descuidamos y nos hace pedazos la hélice,

⁷⁴ carajada: sinónimo de fregadera, no es mala palabra

⁷⁵ agilarse: apurarse.

⁷⁶ capearse: protegerse o esquivar algo.

⁷⁷ jondeón: aventón

como que se le miraba el ansia en la picada del aterrizaje y tampoco hallaba para dónde hacerse, pues de no caer, se enmarañaba entre el monte. Ésa fue la lucecita verde que veníamos viendo, atrás venía la colorada persiguiéndolo y nosotros por poco y nos zurrámos del susto.

Flor de luz

Estábamos varios jugando en el pretil de la escuela, de esos juegos locos en donde se hace de todo mientras se va definiendo a qué se va a jugar, unos corrían, otros brincaban, otros más gritaban denotando sus particulares habilidades; en eso el *ticote* me va pepenando del pescuezo con sus dos manazas, levantándome más de medio metro del suelo para igualar cara a cara mi tamaño con el suyo; la conciencia se quiso desprender de mí, se me oscureció el mundo, pero antes de llegar a la oscuridad total, me ví envuelto entre muchas luces pálidas, de pronto se aclaró el espacio en que flotaba y a mis ojos llegó la imagen de todas las constelaciones juntas que tiene el firmamento, a media tarde llegó una noche chiquita, sentí el fresco de una madrugada a la vez que de mi cuerpo emanaba un sudor helado, primero me puse colorado, luego me contagié de la primera palidez de las estrellitas que pasaban de la tarde a las sombras. Mirándome más blanco que de costumbre, el ticote se espantó y me soltó; eso de ver las estrellas para nosotros no es tan nuevo; todas las noches se asoman por acá y nuestra mirada se solaza con el brillo de los astros que nunca se recatan en darnos su luz, nos causa extrañeza cuando entre los cientos de estrellas de todas las noches aparece una nueva o que se muestra diferente, en eso ponemos toda nuestra atención y si no encontramos razonamiento alguno, nos gusta gozar del lucerío que tiene el cielo, no obstante a veces, nos saca nuestros buenos sustos.

Una tarde igual que muchas otras, después de que el sol había lucido esplendoroso, de pronto se empezó a nublar y en poco tiempo el mundo se oscureció; como mi 'apá siempre tuvo la maña de tomar café, esa vez con la amenaza de lluvia, sobró razón para que le llevaran su taza al portal a él y a los demás con quienes platicaba, cuando desocuparon los trastes, ahí voy de acomedido para llevarlos a la cocina, me apalanqué en el bordito del portal, queriendo agarrar vuelo, en eso se vino un vientecito en contra, frenando mis intenciones; me sentí como un avioncito de esos que el viento levanta entre sacudidas y apapachos. Hice el esfuerzo para seguir

caminando y el viento cada vez más pesado, mis pasos eran lentos y desesperados, pero seguía caminando, comenzaron a caer las primeras gotitas de agua y pa' pronto empezaron a dar vueltas los manojos de relámpagos chicoteando en el aire, se escucharon los truenos y la lluvia quedó plenamente declarada.

En esas cavilaciones estaba cuando de pronto, por el rumbo donde el sol se va, apareció arriba del monte una flor enorme hecha de una luz rosada que se me acercaba aceleradamente; ya más próxima, se miraba como una cara envuelta en pétalos de rosa, que no me apartaba la mirada al tiempo que se acercaba, riéndose de mí; como que algo quería decirme, pero al verme acobardado, creció su sonrisa hasta pegar su cara en la mía. No alcancé a descifrarla con precisión, cuando ya me tenía plenamente dominado; como que me buscaba el oído, para decirme algo en secreto y en eso, me sentí como elevándome del suelo, al tiempo que mi cabeza y después mi cuerpo entero se metía en un enorme cono parecido a una bocina, donde cabía todo. Aquello era una flor luminosa, que podía compararse con las que dan las matas del amor de un día, luego que me envolvió me apretaba entre su luz, sacudiéndome en la oscuridad de la noche. Pareció como si la tarde se hubiera acelerado jalando las sombras con rapidez. No sé cuanto tiempo pasó; yo sentí que todo fue muy rápido. Sorprendido de cómo llegó la noche en cosa de instantes, me hallaba extraviado en el patio de mi propia casa y no puedo dar la explicación precisa de cómo agarré las tazas en la tarde, para que llegaran a la cocina de noche. De medio patio me devolví entre llantos de desesperación.

— ¿Que tienes muchacho pendejo?

—Una flor se rió de mí y no me dejó llegar a la cocina, se me dejó venir por encima del mezquite y me empujaba con fuerza para acá.

Me vieron temblando de susto, inconsolable.

—Cómo serás culón, mira métete ahí en una canasta para que se te quite lo fundillón.

Ahí me enrosqué, tiritando de frío y de miedo en una de esas canastotas que teníamos para ventear el maíz, le puse encima otra igual como si fueran dos mitades de una naranja para que no me vieran y cerré los ojos hasta que amaneció el día siguiente.

Desaire del niño Dios

—El niño Dios te va a traer dos pistolas plateadas con sus fundas y su cinto, ya lo verás.

Ya era nohecito cuando mi nana⁷⁸ me dijo eso; y si ella me lo dijo, tenía que ser así, mi nana no tiene ninguna necesidad de engañarme, ella nunca dice mentiras. Pero, ¿cómo sabe esas cosas mi nana?

Al niño Dios nadie lo ve, sin embargo, ella me lo dijo con mucha seguridad, por eso es que sé bien que voy a tener mis dos pistolas plateadas.

—¡Nunca me ha amanecido eso! ¿Cómo a qué hora vendrá?

— ¡Quien sabe! mejor ya vete a acostar para que te duermas, no vaya a ser que ande por ahí cerquitas.

—Yo le voy a convidar unos coricos⁷⁹ por si le da hambre en el camino; y agarré un bote de leche nido vacío, lo lavé muy bien y lo llené de coricos ¡los más bonitos que salieron!, de los mismos que me habían dado para cenar. Lo tapé con cuidado y lo puse en mi cabecera, imaginándome el brillo de los pistolones con su cinto que me iban a amanecer.

¿Cómo le hará el niño Dios para traer tantas cosas?; ¿Cómo puede entrar a las casas sin que lo vean, aunque en otros lados haya gente despierta?. Yo me conformo aunque sea con una sola pistola, ¡a ver si le gustan los coricos que hizo mi nana con las muchachas..! Si el niño Dios quisiera descansar tantito, aquí en mis tendidos en el suelo yo lo cobijaba un rato, sin decirle a nadie nada, hasta que él quisiera irse... pero no sé si le gusten los coricos. Somos tan simples que hasta al niño Dios le parecemos impertinentes. Yo quisiera conocerle la voz, verlo aunque fuera un ratito chiquito... lo que más me admira, es cómo siendo tan chiquito puede hacer tantas cosas en una sola noche. ¿Será por eso que a ésta le pusieron la Nochebuena?.

Mi Nana no me quiso decir cómo platicó con él, a lo mejor nomás le deja avisos, porque debe haber un modo de que las personas mayores sepan ciertas cosas del cielo para podernos platicar a los que somos niños.

En la madrugada busqué el bote y ahí estaba todavía, bien helado; lo abrí y me fijé que ahí estaban todavía los coricos y luego voy sintiendo un bultito en seguida; eran las

⁷⁸ Nana: abuela

⁷⁹ coricos: galletas de maíz, típicas de nochebuena en Sinaloa

mentadas pistolas con su cinto y sus fundas, además, estaba una bolsona de cacahuates ¡Con un platanonón, no fregaderas!, entonces ya había llegado el niño Dios... pero había despreciado mis coricos. Se me revolvió el gusto con el sentimiento y me recosté de nuevo a pensar tarugadas; entonces el niño Dios no me quiere, porque no le gusta lo que yo le regalo, y si no me quiere, ¿entonces para qué me trae cosas?, yo voy a sentir muy feo al comerme esos coricos que él no quiso ni probar, porque ni siquiera los movió, estaban acomodaditos, como yo los había dejado.

Más al rato, me despertó la bulla de los muchachos, que empezaron a juntarse en la calle a jugar con lo que les había amanecido oscuritas la mañana todavía. A Felipe también le amaneció una pistola, era negrita, muy bonita, tipo 22 con un botoncito para mover el cañón y meterle la tira de chinampinas; las mías eran de puro fierro, pesadas y brillosas. En las cachas de baquelita, tenían la cabeza de un toro grabada de cada lado con sus cuernotes. A muchos les trajeron pelotas, trompos, uno que otro carrito; y a las plebes muñecas y juegos de té. Yo me sentía bien gallo con las pistolas relucientes en la oscuridad que se cierne antes del amanecer, ¡pesaban las carambas! Hasta sentía cómo se me jalaba el pantalón para abajo, pero fui el que amaneció mejor armado, y otra vez la burra al trigo... ¿Cómo supo mi nana que me iban a amanecer esas pistolas?

¿Cómo puede hacer tanto el niño Dios?

—¡Hey Petronilo! , ¿A dónde vas?

—A Guasave a traer los juguetes de los plebes.

—Espérame, ¿en qué se van a ir...?

—Ahí esta la camioneta de Manuelito Bórquez aguardándonos en la orilla de la carretera; no más estamos esperando que se duerman, para ir por los juguetes, ya los tenemos apartados. Yo salí por delante pa' que no se dieran cuenta, ahí viene atrás mi 'apá.

En la calle se oía mucho movimiento, como si todavía fuera de día; quien sabe qué horas serían, pero se sentía muy noche; nunca pude saber dónde se acababa un día para que comenzara el otro; yo quería meter la mano en medio de los dos, buscando conocer la juntura que debería haber entre los días a media noche, porque

no puede ser que no se sienta; si un día acaba y otro comienza, a fuerzas tiene que haber algo en medio.

¿Por qué dijeron que van por los juguetes de los plebes? Si los juguetes los trae el niño Dios, ¿O será que les van a comprar a los más grandes? Esto está muy raro... se me hace que estoy dormido... ¡pero no tengo sueño! La gente no sueña sin dormir y creo que yo estoy soñando. Si me levanto me van a cachar que ya me di cuenta de lo que dijeron. Creo que quiero ir afuera, tengo ganas de miar y hace mucho frío; yo nunca me he miado en los tendidos y ahora menos...ni modo, ya no aguanto... Ahí voy para afuera, quien quita y me toque ver al niño Dios.

El otro día estábamos platicando de que a los ricos les traen más cosas, y a los pobres, les traen menos. Me parece que eso no es justo, porque si los ricos tienen con qué, no debía amanecerles tanto, eso más bien les toca a los pobres, que no tienen con que comprar las cosas, no está bien eso de tenernos que contentar con que nos amanezca un poquito; el niño Dios es muy buena gente y debe portarse mejor con los pobres de este rumbo, los ricos no lo necesitan, pero nosotros si; entonces si nos portamos bien, no debe hacernos menos. Yo he visto como se portan los ricos y les amanecen más cosas ¡y más caras!; por eso digo que no se vale.

Quien debe tener las armas

Llegó *la perica*⁸⁰ desarmando a la gente. Desde en la mañana entró para acá. Yo la vi cuando cruzó el chifón⁸¹ de Chico Luque y hasta aventó el relampagazo del sol en la defensa brillante al dar la vuelta para meterse. Ahí se fue por junto al alambre hasta en que Don Chon, se paró allá en la esquina de la casa de Don Felipe Aboite y luego dio la vuelta para este lado allá en el fondo por toda la orilla del monte para agarrar de nuevo para acá. Así anduvo dando vueltas y vueltas mirando por todas las casas, buscando a quién fregar; como si hubieran traído el aviso o como si alguien les hubiera dado el pitazo, porque se paraba con más cuidado en donde nosotros sabíamos que había armas.

⁸⁰ perica: camioneta cerrada en que viajan los soldados

⁸¹ chifón: puente hecho con tubos, para que la corriente de un canal, continúe de un lado a otro del camino

Aquí todos sabemos de todos y cómo vive cada quién, pero nadie anda de rajón, la gente tiene sus armas porque las necesitan o porque le gusta tenerlas. Su dinero les cuesta y ellos sabrán en que lo gastan, a nadie le hacen daño; antes bien, cuando hay necesidad son muy útiles, porque uno se va pa'l monte y pues si no mata venado, alguna tochi⁸² se ha de hallar y eso alivia mucho la necesidad de la gente.

A veces por puro gusto se tiran unos balazos ai pa' arriba, a modo de que se alegre el corazón, pero nunca ha pasado nada.

Estos mentados soldados parecían fieras entrando a todas las casas, preguntando esto y lo otro, queriendo saber todo y que les diera uno razón de lo que ni sabemos, pero así son de importones,⁸³ los sardos siempre han sido así, gritan y dicen cosas queriendo espantar a la gente, pero uno no está tan tarugo y eso de que llegan derechitos a donde está el objetivo no es que sean tan suaves. Lo que pasa es que uno no tiene malicia y platicando da a saber, sin darse cuenta, lo que a estos les interesa. —Aquí debe haber armas escondidas—, nomás porque se les puso ya tiene que haber, pero si nos da la gana no hay nada, aunque tengamos ahí las armas guardadas; pero si es cierto, se embromaban⁸⁴ más en donde podía haber, porque en la casa ni siquiera se pararon.

Eso de que desarmen a la gente así nada más porque sí, nunca había sucedido, de que se le pone al gobierno, hace tarugada y media; ¿qué tiene que ver que la gente tenga sus armas? Si las tiene es muy su gusto, ni modo que vayan a armar la revolución con un riflito 22. Ni parecen hombres. De todo tienen miedo. Ya parece que uno se va a levantar en armas nomás porque tiene cualquier pistolita guardada, cuando no valen ni el tiro que se pueda gastar en ellos.

Todos nos dimos cuenta cuando llegaron en que el pon. Se llama Pedro López, pero aquí todos lo conocemos como Pedro pon o simplemente el pon. A él nunca le ha faltado su saloncito, aunque sea un 22 o dos, por si alguno falla. Entonces llegaron los sardos preguntando por las armas y les dijeron que no había nada. A mí se me hace que alcanzaron a ver cuando metió el rifle abajo del petate, porque se fueron derechito a verlo, movieron la tarima, alzaron el petate y sacaron el rifle y como el pon no se los

⁸² tochi: liebre

⁸³ importones: metiches

⁸⁴ embromarse: tardarse

quería dar, ¡anda vete, que se lo suben a la perica!. Hasta acá se oía la averiguata, nomás que no sabíamos lo que decían, pero los ademanes hacían ver que el pon estaba muy enojado, lo agarraron de los brazos y lo subieron a la camioneta.

Se oía la murmuración por todos lados porque toda la gente se fijó.

—Se subieron al pon a la perica

—Ahí lo traen, lo subieron al asiento de atrás

—Ahí viene, sí, se mira a través del vidrio, como no.

Dieron dos o tres vueltas más por el rancho antes de detenerse en el abarrote de Chano Lugo. La perica es una camioneta grande color beige y en ella venían cuatro soldados, dos adentro en el asiento de adelante y los otros dos parados atrás en la defensa por fuera. Todavía no se había detenido bien el carro cuando estos dos estiraron la pata derecha cayendo al suelo parejitos como los monos de cuerda; se miraban re' estirados con sus caras de baqueta, sus uniformes y sus botines que parecían la pura verdad.

El que venía adelante de lado derecho, abrió la puerta y se bajó; ahí se quedó parado con la mano en la pistola como cuidándose quién sabe de quién. Los otros dos amigos se metieron en el abarrote y saludaron, —buenas tarde —nas tardes—, como si fueran tan educados; y sin más ni más empezaron a tentalear a los señores que estaban ahí platicando, les agarraban el cuerpo por la pierna y el cuadril, buscando haber si traían pistola; como eran unos siete u ocho señores los que estaban ahí, aparte de Chilo, uno empezó por un lado y otro por el otro, y cuando el que iba por la derecha llegó hasta al medio, le tocó esculcar a don Cruz Padilla. Entonces alguien de los que ya habían revisado dijo, —Él es el comisario— está bien, dijo el pelado aquel, entonces igualmente como entraron, parejitos se dieron la media vuelta diciendo muchas gracias.

De unos cuatro o cinco pasos aquellos muñecos mal encarados se encaramaron de nuevo en la defensa de atrás de la perica; el amigo que estaba abajo vigilando, también se subió y cerró la puerta. Yo alcancé a ver por la ventana al pon sentado, oscurecido por la sombra de los adentros de la perica. Él también me vio, pero ahí lo traían encerrado y yo no supe que decir.

El carro se arrancó y los amigos esos se fueron prendidos de atrás estirando el pescuezo para todos lados. Ellos si traían sus armas, los de adelante venían empistolados y los de atrás hasta rifle cargaban.

Los soldados no son nada bueno, le sirven al gobierno nada más, para eso los tienen y les pagan, para que los cuiden, para mantenerse sentados en el poder, pero al pueblo más que ayudarle, siempre lo andan perjudicando.

Me caló mucho que a Don Cruz Padilla no lo trascalcaran, nomás porque era el comisario. No sabe uno qué tanto vale un cargo de esos, pero él estaba revuelto con todos los señores platicando y si no lo revisaron a él, tampoco a los demás debieron haberlos esculcado así como lo hicieron; y la otra, es como se cargaron al pon. Son dos cosas que me parecieron sumamente humillantes; aquellas imágenes se me quedaron grabadas para siempre y desde entonces me nació para los soldados un odio eterno, sin que haya modo que cambie mi opinión de ellos. Soldados taco⁸⁵ cagados, ¿Pues quién se creen que son? ¿Por qué ellos son los únicos que pueden cargar armas y nosotros no?

En pos de una pluma y más ilusiones.

Todos los refrescos tenían sus promociones; algunas nos parecían buenas y otras no tanto, pues al fin y al cabo, los comerciantes siempre han buscado la manera de llamar la atención, para hacernos consumidores de sus productos. Nos atraían con los dibujos y los colores en sus marcas, mostrándonos los refrescos sudando de frío; y con la promesa de que nos sentiríamos mejor tomando sus pinturas embotelladas ¡Claro que no se comparaban con los raspados que nos tomábamos en que la Rafaela o con Lupe!; pero los vendedores de refrescos nos ofrecían regalos a cambio de corcholatas y algún dinerito; y digo que algunas promociones nos parecían buenas, porque tanto colorido no era fácil obtener; en este clarito del monte era muy difícil que llegaran las cosas. Por eso le hacíamos fiesta a cualquier tarugadita.

Me acuerdo que la coca costaba 70 centavos y por 10 fichas y cinco pesos, daban una charola metálica; recordemos que en ese tiempo el salario mínimo eran 15

⁸⁵ taco: fundillo

pesos diarios; por tanto, sí salía cara la mentada charola, pero la gente se sentía contenta de poderla adquirir; también ofrecía un yo-yo por 10 fichas y un peso.

La Pepsi también costaba 70 centavos, la de 355 mililitros y anunciaba: seis corcholatas por una canica o diez corcholatas por un soldadito de plástico; la Mister Q por 10 fichas y tres pesos ofrecía un helicóptero, de esos que se montaban en un lanzador, que al jalarle con una piola el aparato se disparaba, alcanzando a elevarse hasta 50 metros; La Misión daba dinero, desde un centavo hasta cinco pesos, según saliera indicado en la ficha al quitarle el corcho; las fichas del escuer, que escriben *Squirt*, decían: “buena por una canica”, pero quien sabe porque a mí me daban 10 catotas por una sola ficha; y los Jarritos que eran los refrescos más nuevos en el rancho, ofrecían una pluma Werever por 10 fichas y un peso.

Hasta ese momento, yo no tenía pluma; todos mis rayones los hacía con lápiz, aunque ya me había calado a escribir con canutero,⁸⁶ cuando me lo prestaban las muchachas de tercero; ¡me costaba mucho trabajo por no saber tantear la cantidad de tinta que se le ponía en la punta! y aquello quedaba hecho un cochinerito; sin embargo, insistía en escribir con pluma.

Aparte de los manguillos, ya se empezaban a conocer las plumas con repuesto; por cierto, que dicho repuesto era dorado, de metal. Los muchachos que escribían con pluma o canutero se miraban muy elegantes, sobre todo las mujeres; eran muy buenas para hacer la letra chiquita y menudita; siempre las envidié y nunca pude igualarlas, pero me fascinaba ver los resúmenes limpiecitos con las letras dibujadas artísticamente sobre los renglones, que dejaban sentir su olor a tinta.

Tal era mi deseo, de modo que junté mis diez fichas de jarritos y mi peso para el siguiente viernes que vendría el carro. Traían como cien plumas en la caja que sacaron para darme a escoger; ni a cual irle de bonitas, pero no había mucho tiempo para adornarme. Escogí una con los tres colores de la bandera o más bien de cuatro: de la mitad para abajo era verde, con las letras panzoncitas de los Jarritos en blanco; de la mitad para arriba el tubito era blanco; la cinturita entre las dos mitades, color rojo igual que el botón de arriba con que se mete y se saca el repuesto para escribir; el cuarto

⁸⁶ Canutero o manguillo: pluma antigua para escribir, cuya punta se metía al tintero a cada rato para agarrar tinta

color era el del broche, con que se engancha en la camisa; blanco metálico, casi como un espejo; al abrir la pluma, descubrí que el repuesto ya no era de fierro sino de plástico y ya no se le buscaba el color de la tinta por arriba, sino que como el tubito era translúcido, a simple vista se podía ver y mi pluma tenía tinta roja.

En lo sucesivo, intenté escribir mis resúmenes con mi pluma; me sentía muy orgulloso abrochándomela en la camisa como gente grande. Por eso las cosas que me parecían importantes quise escribirlas con tinta, pero mis letras siempre fueron malhechas, chuecas, patas pa' arriba y panzonas; por más que me esmeraba, nunca tuve buena letra y sí por el contrario, después de escribir un rato se me chorreaba la tinta, manchando el cuaderno y mis dedos. Cuando cerraba mis apuntes, el cuaderno quedaba como inflado, porque le recargaba mucho la mano a mis letras, que salían de relieve por el otro lado de la hoja, con un piloncito de lágrimas; y cuando quería leerlos, ni yo mismo me entendía, por más lucha que le hiciera; pero eso qué importa, ya contaba con una pluma de escribir.

El Café Combate daba un lápiz por cinco bolsitas vacías; por diez, un cuaderno rayado y por veinte un cuaderno de dibujo; de ese modo muchos tuvimos con que ir a la escuela en lo que nuestros mayores cambiaban la costumbre de tomar café de talega tostado en casa, por la de tomar café industrializado.

Pero los premios que conseguíamos de este modo, nunca fueron suficientes, eso sí, muy atractivos y novedosos; ese mentado cuaderno de dibujo que daba el Café Combate, era del mismo tamaño que los otros, nomás que traía las hojas más gruesas y en blanco sin ninguna raya, para poder dibujar en él; las pastas eran verde limón, con la cafetera humeante pintada al frente; y atrás, como los otros, traían las tablas de multiplicar. Había ocasiones en que no teníamos lo que se entiende nada; y menos para cambiar lápices y cuadernos en los carros de esas vendimias, porque a mí me tocó ir a la escuela con un cuaderno hecho con un pliego de papel de estraza de 10 centavos, que le pedimos fiado a Chano Lugo. Esos tiempos no eran como ahora, que a los muchachos les piden un cuaderno para cada cosa y que a veces ni siquiera los usan, pero ahí van como el Pípila, con la mochilona en la espalda.

Seis kilos de algodón alcanzaba a pizcar en mi costalito de ajonjolí; pagaban a 20 centavos el kilo y cuando se ofreció la necesidad de comprar colores para iluminar los dibujos, resultó que la caja más chiquita costaba en Guasave 1.20; por eso fue

necesario el trabajo de un día completo para comprarlos, ¡y ni modo...! los colores no se canjeaban con los refresqueros ni con el Café Combate.

La caja de mis colores era amarilla con las letras de la marca en rojo: Tomy; al frente traía pintado un plebitito con camisa blanca y pantalones bonchis⁸⁷ en verde, abrazando un color rojo con la punta para arriba.

Lo curioso es que los colores eran a la mitad del tamaño de los lápices normales y además los seis colores eran: rojo, verde, azul, amarillo, blanco y café. Para que fregados quería el blanco si de ese color es el papel de cualquier cuaderno; ¡de a tiro la friegan! en vez de ponerle otro color...

A esos colores les decíamos crayolas, aunque en la caja clarito decía lápices de colores; tuvieron que pasar muchos años para que conociéramos las crayolas de cera.

Como no había de otra, los muchachos inventaron el modo de iluminar más bonito con los colores de palo, les cortaban la punta y con la misma navaja la hacían polvo sobre el dibujo a iluminar; luego, con un algodón o con un pedazo de papel, regaban el polvo por todo el dibujo, tallándole suavemente para uniformar el color, evitando así la marca de los rayones; de ese modo se hicieron los mapas y todo lo que dibujamos o calcamos.

Los dibujos que hacíamos eran a libre inspiración, con la orientación y la vigilancia del profe; lo que sí era obligatorio, fueron los mapas, se miraban como obras de arte los que hacían los de tercero. Los viernes eran días muy bonitos en la escuela; por la mañana estaban destinados a hacer dibujos y por la tarde íbamos a la parcela escolar a limpiar, a sembrar o a cortar algo de lo que habíamos sembrado; nos dimos buenos atracones de garbanzo tatemado,⁸⁸ en un hoyo abajo del mezquitón que estaba por el bordo; y lo más bonito era que se trataba del garbanzo sembrado por nosotros; también nos espinamos con el cártamo, comimos pepinos y cortamos calabazas; entre otras cosas; con eso nos enseñábamos a conocer las diferentes plantas que nos dan el alimento.

Nosotros nos enseñamos a querer la tierra, siempre generosa y no nos pide nada, sólo nos toca cuidarla para gozar de sus frutos; ahora que hago cuentas, pienso:

⁸⁷ bonchi: corto

⁸⁸ tatema: cabeza o cuando se ponen a las brazas algo a tatemar

¡que caro nos vendían todo!; los refrescos medianos de 355 mililitros, costaban 70 centavos, mientras que en Guadalajara y en México, valían 45; los refrescos chicos, aquí costaban un tostón y allá 35 centavos; La bolsita de Café Combate, la daban a tostón y el café *Al Gusto* en México a 25 centavos; así que, haciendo cuentas nos hacían gastar demasiado con el engaño de sus mentados *regalitos*, que nos deslumbraban con sus colores, cuando nosotros aquí tenemos todo el color de la naturaleza.

Cielo sinaloense

Con un cielo como éste no necesitamos más. Lo vi enrollado en las cumbres de la Sierra de Chihuahua y Durango. Se extiende y pasa por encima de nosotros y después de cobijar el golfo y la península de Baja California, se va a meter al océano pacífico; por el norte, después de Choix y Ahome, está amarrado de Álamos, Navojoa, Ajiabampo y Guatabampo en el sur de Sonora; y para acá atrás baja hasta Nayarit justo en el Río Acaponeta.

Más allá de donde vemos, está el peso de la negrura, con toda la misteriosa oscuridad del universo, sin embargo, aquí tenemos lo más bonito; el cielo es azul, azul porque a nosotros nos da la gana, cuando se nos antoje lo pintamos de verde o de anaranjado, pero hemos tenido el cuidado de repartir los colores de la manera más equilibrada y miren nomás cuantas cosas hemos puesto en el firmamento, costaladas de estrellas que no son otra cosa sino los copechis⁸⁹ atrapados en el monte, los echamos arriba, para que nos iluminen las veredas en la noche cuando se ponen a aletear, ahí nomás para no sentirnos tan solos y mecer los pensamientos. La luna es una cachimba vieja de tractolina que le tallamos y le tallamos con el mismo manto celeste, hasta sacarle brillo plateado, fíjense nomás cómo a veces se ve entera y en otras ocasiones apenas se aprecia un cuerno en forma de arco, no hay ni que averiguar, el viento la mueve allá arriba y por eso se ve diferente. Y en lo que toca al sol, unos creen que es una pelota ardiendo, pero sencillamente se trata de un tostón de esos de cobre, pero grande, no fregaderas, que algún plebe aventó para allá jugando a

⁸⁹ copechis: luciérnagas

la cuartita,⁹⁰ y luego nos divertimos con él pasándolo de un lado para otro en su eclíptica señalando el trópico de Cáncer y cuando está en el mero cenit se puede contemplar con toda claridad la cara de Cuauhtémoc riéndose para este lado, desde luego que para verlo hay que sesgar tantito la mirada, o ponerse la mano sobre los ojos, porque no hay quien aguante directo un fregadazo de luz como ese.

En las tardecitas del verano cuando a veces llueve con sol, es que está pariendo la venada. Se mira muy propio el mentado Cuauhtémoc del tostón, luego aparece el arco iris, que no es otra cosa que un paliacate rayado, envolviéndole el pescuezo. Nomás cosa de ver, pues ahí tienen ustedes que de ese paliacate a rayas tomamos los siete colores que pintan la naturaleza de por acá; el verde como está en mero en medio, lo escogimos para teñir las ramas de las macetas de las viejas, los sembrados, el zacate y el monte de estos alrededores; el colorado lo bebimos en un beso de una boca de pitaya, nos lo metimos en el corazón y en la sangre todos por aquí, luego nos chorrea en forma de oreja saliendo de la nalga derecha. Por eso somos ardientes como la lumbre. Le aventamos unas chispitas a las crestas de los gallos y al pescuezo de los güijolos, por eso los tienen colorados, como los tomates que nos comemos en rebanadas con sal para sonrosarnos los cachetes; las flores alcanzaron de todo, porque en cuanto nomás se asoman a la vida, ahí están de pililis,⁹¹ extienden sus pétalos y hay que teñirles de algo; el color amarillo también tiene mucha importancia. Con ese labramos el oro, y los jalis⁹² que quedaron pos... la suciedad también tenía que pintarse. De ese color hay mucho pa'l rancho del Cerote, que ahora le dicen Nombre Feo.

Ahí está nuestro cielo límpido, como una sábana grandota a modo de toldo cubriendo nuestra tierra; así como lo ven de azul, tiene mucho de lo nuestro. Quien sabe porqué el humo tiene la maña de ganar pa'riba, hace hilitos que dan vuelta como resortes y se escurre por las acanaladuras de las pitayas. Entonces, se lleva a las alturas los olores de lo que cocinan las mujeres, el aroma del café de talega, de los frijoles de la olla, de las tortillas recién torteadas, los coricos en nochebuena y el pan de mujer... hasta el olor de las canciones y los suspiros del alma vuelan para allá a las alturas, porque les gustan las caricias del firmamento que tenemos aquí encimita.

⁹⁰ cuartita: juego en que el primer participante pega con una moneda en la pared y el siguiente hace lo mismo intentando alcanzar la primer moneda desde la suya, con una cuarta de su mano para ganar.

⁹¹ pilili: pedinche

⁹² jalis: residuo arenoso de la moledura de los metales en las minas.

Los gringos se sienten muy grandes, según ellos, pero pasando por aquí hacemos que se les baje el orgullo, en cuanto se aprontan⁹³ por este lado. Aunque vengan por arriba en el aire volando, nosotros los vemos chiquitos; imagínense como han de ir engarruñados con su orgullo adentro de esos aparatos. Ellos sí nos encochinan el cielo; pero dónde ven que es tan noble el vendaval, que no tarda en desparramar para las orillas las flatulencias de los pájaros de acero. Esas gentes son tan sinvergüenzas que siempre andan buscando qué llevarse, al punto de que aquí es donde se les pintaron los ojos de azul, pero de todos modos nuestro cielo no se acaba. A veces esos aparatos voladores hacen surcos arriba, pero aquí nosotros los llenamos de música y sigue igual de bonito; en nuestra tierra también hay gente de ojos azules, pero si algo nos sobra es luz y colores. Por eso hemos repartido los diferentes pigmentos en las pupilas de nuestra raza para gozar de la variedad; ojos aceitunados se miran por todos lados, ojos de cielo los de Consuelo, ojos de miel los de Raquel y ojos cafés hay de ti si no los ves. Con todo esto y lo que falta, quien pudiera tener un cielo mejor que el que tenemos nosotros.

Amores de la infancia

Me gustó la mujer de Chamey. Se sentaba frente a mí con las piernas cruzadas y como se le alzaba el vestido, le miraba más arriba de lo que enseñan las mujeres.

Miraba sus piernas blancas saliendo de un vestido verde a rayas. En su regazo cargaba a L'arochi y yo buscándole las formas de pies a cabeza, procurando que nadie me viera y eso que era hermana de mi comadre Martina. Me encantaban sus brazos estirados a lo largo del cuerpo, sus movimientos, su caminar, sus ademanes, su voz ¡Si se hubiera dejado agarrar las piernas un ratito...!, ¡Si me hubiera dejado meterme entre ellas nomás para sentir lo que se siente!

En Palos Verdes, la Rita. Me gustaba que mi 'amá fuera a platicar con ella y que me llevara, porque al verla me parecía lo que se entiende hermosa, sobre todo cuando estaba de pie, luciendo su cuerpo entero bien formado y elegante. Hablaba con finura exquisita, nomás me zumbaban las orejas de oírla decir lo que fuera, porque todo

⁹³ aprontarse: aparecer oportunamente

sonaba bien en ella. Ahí estaba yo, callado, como aturdido, nomás para contemplarla durante la visita, escuchando la canción de su voz.

Del cuerpo de Rita, siempre salía un aroma a flores, que le daban las plantas y las macetas que regaba. Era un aroma más bonito que el del café que se tomaban mientras duraba la plática.

Rita vivía en las tierras de Vallejo, atrás de la bomba, después de los guayabos, cruzando el canal, en una casita sencilla olorosa a limón, por los árboles que la rodeaban. Tenían ese pedacito de tierra, porque en los campos se acostumbra que los patrones den el modo de vivir a sus trabajadores y los familiares de Rita trabajaban con Vallejo.

Rita...que nombre tan bonito, cortito y suave, para saborearlo en el oído, para pensar en ella. Era toda una mujer, soltera, pero mujer bien hecha; sus encantos me atraían. Frente a ella, me sentía como envuelto en una nube de bienestar. Lástima que me faltaran tantos años para alcanzarla en todas sus dimensiones.

Lucila... era una amiga de mi hermana Yola que vivía en Los Hornos. La primera vez que me llevaron me fascinó; a ella pude verla en movimiento, haciendo el negocio del diario, llevando y acomodando cosas... ¡y luego en la ordeña!... como tenía vacas, una vez me agarró de la mano con la izquierda, porque en la otra traía el balde y me llevó rumbo al corral. En cuclillas junto a la vaca, tomó mis dos manos con las suyas para que yo ordeñara con ella, en aquel momento sentí elevaciones celestes cuando subía y bajaba mis manos sobre las chiches del animal, agarrado con sus manos.

Para ordeñar no se le jalan las chiches a las vacas, pero eso no importaba, sus manos sobre las mías eran tan calientitas, como la ubre del animal; luego, que delicia, tomar la leche tibia, recién salida del cuerpo de la vaca, servida en un jarro grande por las manos de Lucila. Leche espumosa, pensamiento febril... Ella frente a mí, mirándome y agarrándome las manos, se sentía calientita, como el sol de la mañana.

Lucila tenía cadencia en sus movimientos y miel en su voz, cuando de su boca bajaban las palabras a mí. En su casa todo era alegría, siempre había bullicio y nunca faltaban otras muchachas, también bonitas, pero ninguna como ella.

La Socorro; con su pelo chino como de elote, luciendo su vestido azul con amarillo que con mucha frecuencia llevaba a la escuela, así se miraba más grandota con la voluptuosidad de una paloma y la presencia de una flor que se antoja tener entre

los brazos, pegadita a uno para sentir su aliento y su calor desparpajándose en ella por dentro.

La buscaba con mis ojos en cuanto llegaba a la escuela, pues me parecía como un mirasol en plena mañana y seguía todos sus movimientos, aún cuando estaba sentada en el mesabanco con su cuaderno enfrente, sombreado por sus chinos.

Jugando a las escondidas

Sus labios eran carnosos; en esa puertecita del cuerpo que viene a ser la salida de las canciones, de los suspiros y las palabras; y la entrada del alimento, una tarde se concentró el rojo de los últimos rayos del sol, fue el rojo de un solo día, todo junto en el momento de una tarde. Primero me pareció que sangraba, pero luego sentí que ahí estaba ardiendo todo el calor de una estrella.

El rojo intenso de sus labios era tal que daba luz a toda su cara, como si se hubiera puesto colorete; serían nervios o picardía la que iluminaba el rostro de una niña de mi vuelo, pero lucía esplendente como nunca. Al agarrarnos de la mano sentí un calorcito que me llamaba y nos besamos como si supiéramos de esas cosas. Se puede decir que nos acariciamos. Su pelo rozó mi frente, sentí cosquillitas de sus pestañas. Mi cara junto a la de ella, apagó el sol y entonces sólo nos vimos los ojos; con ellos nos hablamos.

En la oscuridad del cuarto nos apretujamos en un cajón sobre unos kilos de maíz desgranado.

—Enséñame tu bichola

Quién sabe para qué la quiera ver. Me desabroché la manera⁹⁴ del pantalón y se la enseñé. Ella la jugueteó con las dos manos sin soltarla. Apenas nos adivinábamos en la oscuridad, pero estando tan juntos no hacía falta vernos.

—Enséñame la tuya, le dije.

Y se bajó la pantaletita, llevándome la mano a la parte más calientita que tienen las mujeres.

Ahí no tenía nada, apenas se advertía que su cuerpecito quería dividirse en dos en esa parte.

⁹⁴ manera: bragueta

Nos tentaleamos todo el cuerpo, sobre todo entre las piernas. Yo no entendía lo que estaba haciendo, todo era novedad, pero me atraía; con miedito y todo no quería dejar de agarrarle, ella misma me desabrochó el botón de arriba del pantalón y me lo bajó hasta las rodillas. Era un juego más bonito que cualquier otro, un juego sólo de dos. No puedo decir que le hice picaradas, pero sentí muy bonito y ella sí me las hizo a mí. Ahí conocí cómo son las mujeres. Ella así de mocosa, todo me lo enseñó.

Cuando nos encontraron, ya era de noche y nos habíamos emocionado muchas veces.

—¿Porqué no contestaban?, los andábamos busque y busque por todos lados, gritándoles sin que nos hicieran caso. Ya los encontramos a todos y ustedes eran los únicos que faltaban. No se vale entretenernos así. Ahí nos tienen de sus pendejos y ustedes dormidos.

Cuando empezamos el juego ni siquiera imaginábamos dónde nos íbamos a esconder, la cosa se dio de ese modo por eso ni siquiera oímos cuando todos nos gritaron. Son las escondidas más bonitas que a mí me tocó jugar.

Muchos años después, una tarde la vi de pie en el portal de su casa, cargando con su rebozo al más chiquito de sus hijos. Desde muy adentro me salió una risita que apenas pude contener ¿Y si ése plebe fuera mío, se acordará de aquella lejana tarde roja de sol?

Don cacahuete y don cara sucia

Llegaron en la tardecita, todavía con sol; en una camioneta alquilada para acarrear los pocos triques que tenían; apenas se adivinaba el color rojo de la troca vieja y descolorida como preludio de la pobreza que venían a enseñarnos. Pararon en que el pon, donde los asistían de buen modo con lo más necesario, comida y un rincón para dormir.

Armaron la carpa llena de remiendos, apoyándose en la pared trasera de la casa para acompletarse; como quiera quedaron huecos por donde meterse sin pagar boleto, al menos la plebada, que por travesuras siempre busca el modo de baquetonear.

No sé cómo se les ocurrió llegar en ese tiempo de escasez; hasta tuvieron que rebajar las entradas, porque mucha gente estaba sin trabajo. Don Cacahuete no tenía uniforme y el tacuche de Don Cara Sucia era colorado, ya con muchas lavadas,

descolorido como la camioneta en que habían llegado. Él era medio gordo y se emporcaba la cara con ceniza para salir a hacer sus payasadas. A don Cacahuate le tocaban las partes más difíciles y eso se vio desde la primera función; a la luz de una lámpara de gasolina, que por cierto había que bombearle a cada rato, brillaban las botellas temblorosas que, prendidas con alfileres, pendían de los brazos flacuchos del payaso, que él extendía dando pasitos para allá y para acá muy ufano de su hazaña, en lo que Don Cara Sucia intentaba ponerle sabor al drama diciendo babosadas.

Ellos solos debían sostener la función como pudieran. Se notaba que el de la cara tiznada era el jefe; hacía sus chistosadas y daba órdenes a don Cacahuate, que le ayudaba con sus actos dizque de magia; sintiéndose menos, éste se capeaba sacando argucias y mentiras obvias que debían ser castigadas por el otro. En un rancho donde la gente tenía ganas de reírse de otras cosas que no contaran los vecinos; y dado que nosotros teníamos memoria de calcomanía para andar contando lo que habíamos visto y oído, para ellos resultaba muy difícil inventar más cuentos para la siguiente función. Por más rutinas que trajeran nosotros ya las maliciábamos. Cuando en el rancho un payaso no se pone vivo desde el principio, la raza le agarra el modo y siempre lo pone en apuros. Así como siempre hay necesidad de cosas nuevas, el precio del espectáculo presupone el derecho de exigir.

El número de las botellas fue el más importante de la noche; pero lo más bueno sucedió al día siguiente. Citaron a la gente desde temprano para que viera el principio y la verdad de la gran hazaña. Para esa función se anunciaba el número más arriesgado de todos los tiempos: *enterrado en vida*. En la noche se abriría la sepultura de donde debería salir enterito aquel individuo capaz de vencer la muerte.

Como a las once ya se había juntado mucha gente atrás de la casa del pon, en donde algunos habían ayudado a escarbar. Cuando aquello estuvo listo, ahí va Don Cacahuate; y una vez acostado en su sepultura, todos le echamos tierra para asegurarnos de que ahí se quedaba en aquel panteón improvisado. Llevaba una manta para echársela encima en cuanto le cayera la tierra; pero a todos nos dejó bien tarugos el arrojito de aquel hombre; algunos hasta le aplanamos tantito con la pala, como se hace en cualquier entierro. La gente no salía de su asombro, lo estaba viendo con sus propios ojos y se negaba a creerlo. En el barullo nadie se dio cuenta del truco, que aunque muy simple no le restaba méritos a Don Cacahuate.

Cuando la concurrencia se empezó a retirar, comprometida moralmente a no faltar a la función de esa noche, un caramba muchacho que estuvo pendiente de todo, con la picardía del incrédulo, pero más que nada con la inocencia de un niño, jaló el tubo que Don Cara Sucia había acomodado discretamente para que el muerto respirara... pronto se dieron cuenta de la travesura y del peligro en que estaba el payaso y ahí van en frieguiza a desenterrar a aquel hombre que conoció los umbrales oscuros de la muerte.

Cuando lo sacaron, el amigo no podía sostenerse en pie y ahí los tienen echándole aire, sobándolo y meneándolo para que reviviera. En qué apuro se vio, nomás por ganarse el aplauso y unos cuantos centavos para seguir viviendo.

Después del susto vino la vergüenza; y antes del amanecer se los llevó, según parece, la misma camioneta, que ya no se supo de que color era, pues al amparo de las sombras se perdió en el tiempo llevando los tristes palos y la carpa remendada de los dos payasos.

Cuando salí en el cine.

*¡Oigan señores el tren
que lejos me va llevando!*⁹⁵

Cuando uno se para sobre la vía del tren, ve clarito cómo la vía es igual a la cinta de las películas; en medio tiene un cuadrado tras otro, donde van los monos que sólo se mueven cuando la cinta corre a 24 cuadros por segundo; y por fuera de los rieles, a los dos lados, quedan los cuadrillos de las orillas que afianzan el rollo sobre los engranes del aparato, para que no se buiga a los lados y a veces se ven bajar a las orillas de la pantalla.

En el tren esta todo muy claro. Si se han fijado bien, la máquina trae al frente un foco grandote que aluza demasiado fuerte sobre la vía; al correr el tren sobre los rieles, si uno va arriba, se da cuenta de todas las imágenes que avienta desde lejos, para que pasen frente a nuestros ojos por las ventanas. A como el tren acelera, pasan más rápidas las imágenes, sólo que arriba tiene uno la ventaja de ver por los dos lados, por razón de un fenómeno óptico trabajado mejor que el *cinemascop*, porque además uno

⁹⁵ canción popular de 1888; cuando se inauguró el tren de Guadalajara a Colima

puede voltear el asiento y ver como las imágenes ganan para atrás y se van lentamente medio sombreadas por el humo prieto de la locomotora.

Eso yo lo pude comprobar. La primera vez que salí en el cine, descubrí un chorro de polvo de luz embarrándose en la pantalla y lo seguí hasta el carro donde los húngaros tenían puesto el aparato de las películas; de un brinco me encaramé y le puse la mano al chorro de polvo que salía del foquito que pasaba por el rollo y ahí, mi mano brilló con la luz mientras que la palomilla que miraba la película empezó con una gritería y un chifladero; entonces yo volteé para mirar y quedé maravillado al ver mi mano prieta en toda la pantalla... ¡y era mi mano! Porque moví los dedos y allá se movían igual, en lo que la raza seguía con su novelería, hasta que los húngaros me fueron a bajar de donde estaba.

En el cine de don Teofilito, me tocó ver un pedazo de película al revés, donde los monos estaban de cabeza; resultó muy curioso ver como caminaban con los pies en un techo que no existía, se arrimaban y se apartaban entre sí, hablando como si nada, sin ningún apuro. Yo estaba re' entretenido con aquello, pero la raza empezó con su gritería y pararon la película para voltear el rollo al derecho, lo que no me acuerdo es como sonaban las palabras y la música al revés, por poner más cuidado en el movimiento de los monos.

El tren, no cabe duda, es un proyector de película; el foco, la vía, los cuadros, las imágenes, todo; sólo que el tren es un aparato más grande y por lo mismo hace más ruido; ni de donde se compare el tiqui-tiqui-tiqui del aparato que traen los húngaros con el traca-traca-traca del tren; además, dense cuenta como en los dos casos se trata de gente errabunda, que ahorita está aquí y mañana quien sabe donde... ¿Cuándo vendrán los húngaros? ¡Quién sabe! ¿A qué horas llegará el tren? ¡Quién sabe...!

Los húngaros llegan y luego luego ponen música; el tren en cuanto se deja ver, ya viene cantando, cantando historias, para guardarlas en el sueño.

3.3. ¡A VOLAR RUMBO A MÉXICO!

Salí de La Noria el martes 15 de agosto de 1961 y llegué a México el jueves 17. Las cosas que se saben lejos se empiezan a acercar. Si mis ojos hubieran traspasado el pizarrón del lado sur de la escuela, tal vez se hubiera asomado por ahí la capital del país, a la que hubiera llegado encaramado en el trenecito del bosque de Chapultepec,

pintado en mi libro de segundo año. ¡Cuándo me iría a subir al tren! ¿Cuándo conocería la capital? El destino ya me traía encaminado y yo no me daba cuenta.

En el pizarrón de la estación, está apuntado que el tren va a llegar a las ocho con catorce minutos; los que saben dicen que el tren siempre viene retrasado, pero así lo anuncian para que uno esté listo. Ochenta y cinco pesos se pagaron por los cuatro boletos de Guamuchil a Guadalajara, tres medios y un entero. Cuando llegamos a la estación, pasamos por un puente debajo de la vía; luego le dimos vuelta a la izquierda y ahí nos apeamos a esperar.

Cuando el tren rodaba, me divertía mucho ver como de abajo de las ruedas salían a cada rato una y otra vía alejándose para un lado; y luego muy allá, otra vía, que venía no se de dónde, se arrimaba poco a poco también caminando de lado hasta que se metía debajo del tren.

¿Andará todavía mi sombrero por ahí? Viejito pero ¡yo lo quería! Me había costado tres pesos y mi 'apá, sin más ni más, me lo quitó de la cabeza echándolo a volar por la ventana del tren.

—En México no lo vas a necesitar.

Yo estiré las manos al viento, pero el sombrero voló más recio. Antes de que saliera el sol, me quedé sin que taparme; seguro ya no me iba a hacer falta, porque como se me nublaron los ojos, ¿ya para qué?

Una gelatina colorada

Llegamos a México el jueves 17 de agosto de 1961, en el carro 110 de la línea Tres Estrellas de Oro, a las cuatro y veinticinco de la mañana. Habíamos salido de Guadalajara a las seis de la tarde; cuarenta y uno quince costó el boleto completo. Era la primera vez que me subía a un transporte de esos; me pareció muy bonito y hasta elegante; cuantas veces los ví venir como pescadotes plateados a toda velocidad, devolviéndole su luz al sol, rodando sobre la carretera internacional. En el copete de la costalera de los carros que llevaban el algodón a la despepitadora, pensaba, mientras a la izquierda les miraba el capacete cuando nos echaban el aironazo como queriendo espantarnos en el encontronazo ¡Rummm! ¿para donde irían y cuanta gente llevaban dentro?; ahora yo era el que venía metido en un autobús plateado con rayas de colores, echando chispas a los ojos que nos vieran pasar; sin embargo, me desesperé

que los únicos vidrios transparentes eran los de adelante, pues los laterales eran verdes y los de hasta atrás azules. Cuando el autobús se metió en las sombras de la noche, ya no se pudo ver nada, por que además la gente es tan repunante⁹⁶ que no me dejó abrir la ventana, porque según esto, tenían frío; por eso me quedé con las ganas de sentir la fuerza del aire y de ver el rumbo del camino; entonces, me concentré a oír el radio del camión que venía prendido desde antes de arrancar; en ese tiempo estaba de moda El Caballo Blanco⁹⁷ con Lola Beltrán y esa noche lo tocaron como cinco veces en las distintas estaciones que iba cambiando el chofer.

En la madrugada, aquello era un desparramadero de luces blancas y más retiradito los focos como los que prendían los tocadiscos en el rancho; era mucho el azoro de ver tanta luminosidad de la luz mercurial que se usaba en aquel tiempo.

Manuel y Segundo se durmieron en las sillas de la terminal; que por cierto, estaba en Niño Perdido junto al Salto del Agua; mientras ellos coyoteaban mi 'apá me dijo que íbamos a buscar donde desayunar. Así caminamos rumbo al norte y dimos vuelta a la izquierda en Ayuntamiento. Por allá cerquita de la *W* nos metimos a una fonda, pero lo único que tenían era caldo de pollo y yo no quise almorzar. Fue más bonito cuando a lo largo de la calle se dejó venir de muy allá el tranvía. Allí estaban los rieles, tendidos junto a la acera norte, brillando en la madrugada; el tranvía yo lo había visto pintado en un libro, pero muy chiquito; aquí lo tenía frente a mí en persona, con dos hileras de luces muy fuertes por dentro y cosa curiosa, al frente traía un solo faro, como si fuera el tren.

Regresamos a la terminal cerca de las seis, pues el propósito de la caminata era hacer tiempo para no llegar tan temprano con mi Lala.⁹⁸ Antes de que despertaran los muchachos, entró a la sala de espera un chamaquito como yo, sosteniendo una charola con algo que llamaba mucho la atención.

— ¡gelatinas...! ¡gelatinas...!

— ¿Quieres una gelatina?, —dijo mi 'apá— te hace bien para el estómago.

Nunca había oído pronunciar esa palabra, pero acepté con mucha curiosidad. En la charola venía una hilera de gelatinas rojas, otras verdes, otras amarillas y hasta

⁹⁶ Repunante: de repugnante. Forma coloquial de referirse a una persona chocante o sangrona.

⁹⁷ *El caballo blanco*. Canción popular, autor: José Alfredo Jiménez

⁹⁸ Lala: apócope de Librada, nombre de mi abuela.

unas blancas. A la luz de los focos de mercurio, aquellas cosas parecían hechas de cristal de colores, ni a cual irle de bonitas. Me decidí por una roja, la agarré con mucho cuidado y el contacto fresco me alegró; después de un rato de contemplación me animé a morderle y al separar la boca vi como la luz blanca se hacía chispitas temblorosas sobre la huella de la mordida; entonces me vi por dentro como entró a mi cuerpo aquel alimento cristalino que iluminaba mi interior.

Cuando aclaró la mañana mi 'apá le habló al chofer de un taxi para que nos llevara a Inguarán 3524 en la colonia Río Blanco.

— Traigo descompuesto el taxímetro, pero le voy a cobrar seis pesos, ¿Le parece bien?

Él acepto de buena gana, pero para mí fue un desencanto, pues había oído decir que en México los carros de sitio⁹⁹ traían un aparato que marcaba lo que debían cobrar, según a donde uno fuera y aquí estaba perdiendo la oportunidad de ver como esa cosa sabía a donde iba uno y marcaba para que el chofer no tuviera esa batalla. Era un cocodrilo. Yo me senté en el asiento de atrás junto a la puerta derecha en donde descubrí un cuadrito negro con letras blancas que decía en dos reglones: Cuidado al bajar. Que cuidadosa es la gente aquí, ¡pero ni modo que uno no se fije como se baja!

Cuántas lunas en la ciudad

Todo el día estuvo nublado, muy frío para nosotros que veníamos de donde de veras se asienta la canícula de agosto. Yo parecía un animalito azorado con tanta cosa que se me presentaba como novedad una tras otra. Pensaba que en la capital no había lugar para la basura o la tierra suelta, que toda la gente debía ser elegante y educada, que todas las cosas estaban en orden, algo así como cercano a la gloria.

El primer día me lo pasé contando los autobuses que iban por una calle y venían por otra; en medio de las cuales, estaba un pradito alargado con un caminito en el centro; por cierto, me di cuenta que algunos venían prendidos de dos cables arriba, como los tranvías, pero estos eran camiones con ruedas de hule y nadie me había platicado de ellos; luego supe que se llamaban trolebuses. Pronto me fijé que los carros se paraban un rato, para que pasaran los de la otra avenida que estaba atravesada; en

⁹⁹ Carro de sitio: coche, sea taxi o no.

cuanto aquellos se paraban, caminaban los de acá ¡qué ordenados!; hasta en la noche descubrí las tres luces del semáforo que ponían el alto o daban el pase.

Lo más maravilloso de todo fue cuando me arrimé a la esquina y vi dos hileras de lunas blancas a las orillas de la avenida Río Consulado; eran grandotas como lunas llenas, colgadas de unas cazuelitas agarradas de unos brazos prendidos de unos postes metálicos anaranjados, que se sentaban más anchos en la banqueta, a 50 metros uno del otro. Luego pasé la calle para quedar en medio de aquello que llamaban camellón, entonces miré para el rumbo de La Raza cómo a la distancia aquellas lunas se arrimaban entre sí, me di la media vuelta para el rumbo del Aeropuerto y la misma cosa. ¡Cómo puede ser eso! Decían que eran luces de Mercurio, pero sólo las ponían en ciertos lugares de la ciudad. Ya había visto en la capital los anuncios luminosos, letreros que prenden y apagan; luces que suben y bajan dando vueltas; letras de colores que caminan, como el anuncio de la carpa Rosalba, donde fui a tocar 10 años después; pero aquello de las luces de Mercurio en forma de lunas llenas brillosas y redonditas, era como algo mágico; y ahí no quedaba todo, se prendían a las seis de la tarde todas juntas, parecían como luceros que brotaban al comienzo de la noche con una luz rosada, que más al rato se volvía amarillenta, como el suero del queso, antes de agarrar su color de luna después de un buen rato; luego en la mañana, también se apagaban todas al mismo tiempo, a las seis; pero una hora antes, se habían empañado un poco, por el humaredón prieto que aventaba el tren que venía sobre la vía de tres rieles, al lado izquierdo del camellón rumbo al oriente, jalado por dos máquinas antiguas, de esas que traían una lumbrarada por abajo y un chorrón de humo por arriba, con lo que tapaban todo el cielo, hasta que se lo llevaba el viento.

Tiempo después, pusieron de esas luces de luna en la banqueta del mercado Río Blanco y en algunas partes del centro, que fui conociendo poco a poco.

Todo mi asombro era callado, porque no sabía si era prudente expresarlo o no; se burlaban de mi acento y de mi modo de construir mis expresiones; por eso guardé silencio y cuando me hablaban de cosas desconocidas, debía disimular mi ignorancia; pero aquella impresión de las luces blancas se me fijó en la memoria como muchas cosas que sucedieron en los primeros meses de estancia en la capital, como la pasada de los trenes pulqueros o cuando se quemó la fábrica de cerillos allá por la Raza; el olor de la chocolatera La Azteca o las luces doradas del zócalo deslumbrante, como decían

en la 660; las tlapalerías, pintadas de amarillo con su guardapolvo café de a metro, exhibiendo a través de una ventana con vidrio coloridos juguetitos de a peso; las tiendas con sus colores distintivos, pintadas por la Carta Blanca o por la Pepsicola; las peluquerías de blanco, con su cenefa formada con los colores de la bandera francesa alrededor de la puerta; la panadería de don Nacho, muy encristalada, donde se miraban las charolas con todos los panes, además de los *pipiolos*¹⁰⁰ y las gelatinas en el mostrador; esas imágenes se me metieron en la cabeza, obligándome a acomodar cada cosa en diferentes rincónitos de la memoria, para saborearlo después tal cual lo vi en mi andar por la ciudad, destacando entre las primeras impresiones la valla de lunas llenas que disfruté caminando en el camellón de Río Consulado.

A los 24 días

Llegó Héctor el sábado en la mañana —¿Quieres conocer al mariachi Vargas?; mañana vengo por ti; te bañas y te peinas porque vamos a ir al Auditorio Nacional.

¡Al Auditorio Nacional...! Suena como algo muy grande au-di-to-rio na-cio-nal.

No me lo iba a decir dos veces, seguramente se trataba de algo muy importante, de esas cosas que nadie debe perderse.

Al día siguiente yo estaba listo desde temprano. En frente de la casa se paró un taxi colorado, con el capacete blanco; de esos que les llamaban camarones. Se abrió la puerta de atrás y Héctor bajó —Órale, vámonos— y ¡patas pa' que las quiero!

Arrancó el carro dando vuelta a la derecha por Río Consulado. El resto del camino no lo sé, pero me imagino que siguió por Jacarandas, Instituto Técnico Nacional, Melchor Ocampo, hasta encontrarse con Reforma; era la primer salida larga que hacia en la capital; llegamos hasta aquel edificio enorme, rodeado de un patio muy grande embanquetado, en donde había gente sentada en las bancas de cemento y mucha mas que andaba para allá y para acá. Luego luego nos hicimos parte de la bola en el gentío, para entrar al mentado auditorio.

Héctor ya traía los boletos y fuimos pasando entre cortinas oscuras a aquel cuartón lleno de sillas pegadas al suelo, en hileras sobre escalones que iban de bajada.

¹⁰⁰ pipiolos: pastelitos parecidos a los gansitos

—Préstame un tostón —me dijo Héctor— apenas el día anterior él mismo me había dado mi peso de domingo; no podía negarle el préstamo y se lo di, luego me fijé que se lo entregó a una señora que a señas le dijo por donde nos sentáramos.

Todavía no empezaba la función y ya me sentía flotando en aquella casa enorme, mirando a la gente que no dejaba de entrar, buscando su lugar adelante y a los lados de modo que nosotros quedáramos en medio.

Se oían los murmullos, y los perfumes diferentes golpeaban la pituitaria; de pronto, anunciaron por la bocina: “Su atención por favor, esta es la tercera llamada, comenzamos”; El mismo anunciador presentó el primer número. Se trataba de un pianista que iba a tocar quien sabe cuantas piezas de Franz List. A mí no me trajo chiste. “Plim Plim Plim Plim” “Tun-tin Tún” y puras de esas cosas desabridas. Además, qué chiste iba a tener que el amigo aquel se sentaba a tocar acariciando las teclas como si fuera la mesa donde debían servirle café, pero el público parecía la pura verdad, todos muy atentos y ceremoniosos. Se veía que se trataba de gente culta, cosa que yo no entendía, y por lo que nada me gustó lo del mentado Franz List. Luego el amigo aquel anunció un ballet, quien sabe que cosa sería eso, pero habría que portarse decente mientras echaban sus brincos aquellos *baleteros*. Después dijeron: “intermedio diez minutos” y cuando se abrió el telón de nuevo, se reventaron la Danza del Venado. Eso yo ya lo había visto con los mayos, por eso no se me hizo extraño, pero si me parecía curioso, cómo en la capital se hacían esas cosas de indios y en un lugar tan elegante; como que le hacía falta algo de polvareda, porque uno está impuesto al terregal; sin embargo, más o menos me gustó, quería pedir explicaciones de esto y lo otro y a la vez me recataba por no ser impertinente.

En esas cavilaciones estaba cuando de repente se oye decir: “Ahora señoras y señores, con ustedes el Mariachi Vargas de Jalisco”, más tardó en hablar aquel amigo que en lo que se prendieron las luces y que se van arrancando con el Son de la Negra. ¡Hijo e su chingada madre! En cuanto empezó aquel ruido yo me hice ancho, ancho, como los sapos ¡Quién sabe de donde se me metió la emoción, y ésta buscaba salida por todas las partes de mi cuerpo! Andaba como volando en mis propios pensamientos que se estrellaban por dentro en la cabeza, la lengua se me hizo bolas y no tenía por donde darle salida al gusto.

Como relámpagos, salía por un lado una luz colorada, luego por el otro una azul, cruzándose con otra amarilla; luego, la verde, otra luz anaranjada y así se llenó aquello de luminosidad pintando de colores a los músicos con sus instrumentos; con presto, los mirábamos verdes luego se hacían amarillos o morados y así de todos los colores que no dejaban de chicotear allí donde ellos estaban metidos. Yo no puedo decirles de que color estaban vestidos porque todos ellos eran del color que embarraban las luces en su ropa y para acabarla de fregar en un mismo momento salían de dos o tres colores a la vez, porque el lucerío no paraba de darles vueltas, chicoteándolos por todos lados, así como si estuvieran tocando debajo de una tormenta, donde sólo se mojaban de luz, era una tempestad, sin rayos, puros relámpagos, llenando la oscuridad; el único ruido que se oía era el de los instrumentos, el canto de sus gargantas, de sus botines porque tocaban, cantaban, gritaban y bailaban; yo no comprendía cómo podían hacer todas esas cosas, unos viborones luminosos iban para acá y para allá enredándose entre ellos; cuando tocaron la culebra, eran unos animalones que no podían ser ciertos y luego, que de los violines sale el rechinado de la carreta sin ontura,¹⁰¹ cuando se reventaron el carretero ¡Cómo cabrones hacen eso si aquí no hay carreta! *Oiga amigo su carreta no se le vaya a atascar...* me figuraba ver todo aquello.

Luego cantaron el becerro: *Lázalo, lázalo, lázalo que se te va...* ¡Me acordé cuando me arrastró aquella pinchi vaca que no supe lazar! El mecate se prendió de los cuernos y en la otra punta yo prendido del mecate que tuve fuerzas para enredarlo en la cabeza de la silla del *Lepe*¹⁰² de Chano Lugo, cuando nos fuimos de vaquetones a Palos Verdes con Benigno.

Me daban ganas de echarme un grito pero me preguntaba: ¿cómo gritaran las gentes de por aquí?, los músicos gritaban pero eran muy ellos, la gente que estaba ahí sentada, no podía gritar como nosotros los rancheros; pero al ratito; se oyeron gritos por todos lados y entonces yo también: patalié en el suelo, me di unos cuantos sentones y grité; el grito mio se fue para el cielo o tal vez iba a quedarse pegado en el techo de donde estábamos, pero yo entero me fui con él; era una emoción de lo más bonito entre colores y sonidos afinados. Chiquito se me hizo el rato que tocaron. Era la

¹⁰¹ ontura: grasa para los ejes de las carretas

¹⁰² Lepe: nombre del caballo que no se sabía quien fue su padre.

presentación de aquel disco de los sones que formaban la primera grabación del Mariachi Vargas, en la disquera RCA Víctor.

Se acabó la música y ahí vamos todos para afuera, el sol estaba radiante aquel domingo 10 de septiembre de 1961; se aprontaron los vendedores, a cual más, uno ofrecía chicles, otro chocolates y cuanta carajada pueden imaginarse.

¿Quieres una torta? —Me dijo Héctor— la palabra torta para nosotros es lo mismo que cuacha.¹⁰³ Bien sabía que Héctor no me iba a ofrecer una cosa así, pero de todos modos le dije que no quería. La emoción que traía adentro no me daba gusto para más, cualquier pan o dulce que me ofrecían era poca cosa comparada con lo que acababa de ver.

Alguna vez que oí mentar el mariachi; me puse a imaginar muchas cosas, pensé que se trataba de una máquina muy grande, llena de palancas, engranes, bandas, rodillos y fierros por todos lados, algo así como una despepitadora de algodón, metida en un cuarto enorme como son los almacenes grandes, en donde se encaramaban los hombres a moverle aquí y allá y que el ajetreo de todo aquello hacía producir todos esos sonidos que se acomodaban rítmicamente, para meterse en las orejas de la gente. Así se hacía la música que salía del mariachi. Por eso cuando vi el tamaño de los violines, no lo podía creer; en el rancho me acordaba haber visto un bandolón que más bien era un tololoche.¹⁰⁴ Pensaba que era bandolón por el nombre, pero más bien se trataba de una guitarra grandota del tamaño de un individuo. Pero no me acuerdo haberla visto parada. A lo mejor la recuerdo con las cuerdotas horizontales por la única referencia que tenía de la guitarra, pero aquello nomás fue música para mis ojos, nunca lo oí sonar, pero aquí, que vamos saliendo del auditorio con toda la impresión de lo que acababa de ver, Héctor me dijo: —Te voy a presentar al mariachi— como era parientón de ellos, los conocía a todos; de ese modo saludé a varios. Agarré unas manos enormes de aquellos señores ensombrerados; sus sombreros de ala ancha, como el que llevó hasta la Noria Roberto “El Loco”, pero no de palma sino de lana; y luego que voy viendo los velicitos en los que guardaban los violines, no podía creer que aquellas cosas tan chiquitas lograran producir sonidos tan bonitos; y las cajas de las trompetas

¹⁰³ cuacha: mojón seco (mojón: pila de excremento)

¹⁰⁴ tololoche: contrabajo, instrumento musical de cuerda

¡más chiquitas todavía! Pues como entender todo esto. No había modo, apenas tenía 24 días en la capital.

La palabra pastel

Una vez en La Noria apareció una caja de cartón azul con rayas blancas, con la forma exacta de un cuadro. Tendría unos 10 centímetros de altura y unos 30 por cada lado. Algo nunca visto por nosotros.

La mentada caja tenía una ventana redonda y transparente en la cara de arriba; al abrirla vimos que por dentro traía pegada una mica cubriendo todo el cuadro de lo que venía a ser la tapadera, pero estaba tan bien hecho aquello, que por fuera el círculo transparente lucía elegante; sin embargo, uno que no tiene cosas hermosas que presumir, busca las comparaciones para hacerse entender; quitándole lo bonito de la ventana circular transparente y el azul con rayas del cartón, la única comparación que encontré fue pensar en que se parecía a los cajones de los excusados de la escuela, pero en bonito; después de curiosear y admirar aquella cosa por todos lados, vine a saber, porque así lo dijeron, que aquella era la caja de un pastel.

¿Tanto para un pastel? ¡Eso era mucha elegancia! Pues como carambas puede ser el mentado pastel que nomás la caja nos dejaron ver; además, ¿cómo llegó esa caja por estos rumbos, si en ninguna de las casas de por aquí y en ninguno de estos ranchos nadie conoce lo que es meramente un pastel? Entonces... ¿cómo vino a dar eso por acá, donde con trabajos conocíamos los platos de mentiras?

Dicen que en la cárcel a los presos les dan de comer en platos de cartón con tres divisiones; en algunas fiestas, luego dan la comida en platos de cartón también, muy bonitos por cierto; nosotros los limpiábamos con cuidado para usarlos en la casa o de perdida para jugar; nos fijábamos que el caldo sí lo sirven en platos de de veras porque no son tan tarugos, porque los de cartón no son tan buenos como debieran y la gente no va a tomarse el caldo caliente en una cuestión de esas que se va a desbaratar; luego sacaron que también los trinchés son de plástico y que se tiran a la basura nomás se desocupan ¡No, pues de dónde....!

Así siguieron las cosas, hasta que una vez en México, la Rebeca fue a invitar a mi prima Rosa a un pastel y mi prima me pidió que la acompañara. Entramos a aquella casa en Oriente 85, a media cuadra de Inguarán. Era un zaguán rojo; hacía adentro un

patio largo donde acomodaron las sillas en dos hileras pegadas a la pared. Yo me arrinconé junto a una ventana, avergonzado porque no sabía como fregados se debía comer el dichoso pastel.

La chamaquita me llevó un plato de cartón con una gelatina y un pedazo de pan con muchos embarradijos rosas y blancos; nomás volteaba para todos lados como coyote espantado. Se quedaron en mis ojos las manitas de Rebeca empañadas con mi angustia; no quería comer eso tan extraño y elegante; viéndome azorrillado como estaba, Rosa agarró el trinche de mi plato, cortó un pedacito y me lo puso en la boca, traté de cubrirme con su cuerpo para que no me viera Rebeca; me apuré a acabar mi ración. Rosa hizo como que no se daba cuenta y al final me abrazó y me dio un beso. También Rebeca me besó, porque todos se dieron cuenta que yo estaba atarugado — ¿Quieres más coca? — dijo la niña—
—Sí —y me llenó un vaso grandote.

Pasaron muchos años para que volviera a comer pastel, pues siempre me negaba, aún ya labregoncito.¹⁰⁵ No me animaba por pensar que esas cosas eran de curros¹⁰⁶ y a mí no me correspondían.

En las fiestas cuando íbamos a tocar, lo rechazaba la mayoría de las veces o me escondía para comérmelo; si podía me lo llevaba para la casa. Sólo aceptaba cuando no quedaba de otra.

Todavía cuando se ofrece, como que el pastel luego no me entra muy bien, aunque yo mismo ande de mitotero, en los cumpleaños de las muchachas; no me llama el que un hombre haga fiesta en su cumpleaños y menos yo; luego las muchachas y la gente cercana se alborotan, pero sigo pensando que el hombre no debe hacer aprecio de esas cosas; el hombre está para festejar a las mujeres y no para andarse festejando a sí mismo.

Todavía cuando de repente me como un trozo de pastel, la palabrita me suena muy curra y embarrosa, por lo cual no se oye bien en mí, con todos sus aromas y su colorido. De ese modo me llega al sentimiento el recuerdo de las caricias de Rebeca y de mi prima Rosa.

¹⁰⁵ labregón: muchacho crecido

¹⁰⁶ curros: catrines

Pastel. La palabra se desmorona en la boca y se pierde sin rumbo. Uno tiene que ser medio repunante para que le salga bien; hay cosas que a uno no le están; y en tal caso, mejor sería pegarle una mordida a una buena pieza de pan de mujer, antes que se le ocurra a la *Bimbo* fabricar el pan casero.

Los más elegantes escusados del rancho, le dieron forma a la inspiración de quienes inventaron la envoltura o el estuche para guardar entre adornos y colores el pastel, que tanto gusta a la gente en las ciudades, como nos lo vino a enseñar la televisión desde hace rato, con sus niños bonitos; ¿Quién lo pensara? Ahora los chamacos hablan de la mermelada, como sinónimo de la materia fecal, pero ignoran que en nuestros ranchos tomó forma el estuche en que les guardan sus pasteles.

CONCLUSIONES

Sin pensarlo mucho, aquí les conté diez años de mi vida; los primeros diez años de mi infancia que me dieron luz abriéndome las entendederas para recibir los estímulos del mundo. Alrededor de 3653 días con sus noches, unos soleados y otros del tiempo de aguas; mucho frío y mucho calor, como espejos de 24 horas, en donde me vi y me vieron y sin proponérmelo, enseñé mis pensamientos.

No podía ocultar nada, hasta hoy no sé mentir. Se me ha metido el silencio a la memoria por algunos rasgos de inseguridad, de timidez, de ingenuidad o porque alguien de retiradito dijo: "cállate".

Quienes convivieron conmigo en esa primera etapa de la existencia, se dieron cuenta de qué pie cojeaba, supieron de mis inquietudes, pero no les dieron mucha importancia; nadie esperaba nada de mi, no fui promesa ni esperanza, sencillamente era un niño apocado, muy frágil. No fui motivo de orgullo para quien me cargó en sus brazos, pero ya era parte de la vida y ni modo de que me borrarán.

Más crecido, me di cuenta que la gente se interesaba en mi morbosamente y quería saber de mi vida, de mi familia, de lo que había en torno mio; querían saberlo todo sin darme nada, entonces me mostraba hermético contestando cualquier cosa buscando la manera de escabullirme, pues no tenía otra defensa de momento. ¿Por qué quieren saber de mí si nada les llamo? ¿Si no los voy a volver a ver nunca? ¿por qué ese interés de que yo hablara de mi y les pusiera al tanto de cuanto suceso ocurriera en mi entorno? Es que no tienen derecho a meterse donde no les importa, pensaba. Además me interrogaban a gritos para que todo el mundo se enterara de que se ocupaban de mi persona o tal vez para hacer sentir ante los demás la piedad que aparentaban tenerme. Muchas veces fue lástima pasajera para limpiar alguna culpa, por aquello de las indulgencias, pero ¿por qué yo?

Era un niño solitario que estaba surgiendo a la vida colectiva con muchos pensamientos guardados, ilusiones y anhelos sin fundamento, en aquellos momentos en que la existencia parece aire que no tiene agarraderas, peligroso como el mar y distante como el cielo, donde lo único que estaba a mi alcance era la sombra de las nubes para jugar; y como alguien me había hablado de las nubes pasajeras, aquellos nubarrones se desparpajaban en la altura haciendo trizas mi imaginación.

“¿Porqué andas tu sólo, no tienes a alguien que te acompañe?” “¿Porqué te dejan salir así?” “Es muy peligroso que andes solo a estas horas” “tu no tienes necesidad de salir a la calle...” creían que no tenía necesidades, pensaban que sólo ellos tenían derecho a vivir la vida a sus anchas y me consideraban un estorbo, impertinente y molesto; por eso se apropiaban el derecho de indagar mi vida y opinar a diestra y siniestra acerca de lo que debiera hacer, querían meterse a mi intimidad, cuando yo no les concedía ningún derecho; y para nada, nomás por satisfacer una curiosidad insana. Qué fácil, ellos preguntan todo y yo debo concretarme a contestar.

Ya me había dado cuenta que nadie me iba a solucionar mis dificultades, que preguntaban nomás por importones para ir a contar más allá que se encontraron un chamaco con tales y tales características, nomás por tener de qué hablar. A nadie se le ocurría pensar que esas cosas se ganan, porque la intimidad de un niño es como el amor; para formar parte de ella, hay que acercarse y compartir las buenas y las malas y después de un buen trato, el interior de las personas va fluyendo como un venero y sale todo entre confianza y confianza, que se agarran de la mano para batallar juntas.

Mucho tiempo me reservé las ganas de hacer una caricia porque, sentía que sólo podía acariciar con mi dolor y no se vale lastimar a nadie así nomás porque sí. Cuando uno cuenta sus penas es porque ya aprendió a escuchar a los demás y echa fuera sus dolencias para que no le consuman las entrañas; también la lástima lastima, por eso es bueno callar. Siempre he pensado que el ser más pequeño de la tierra tiene cosas grandiosas que mostrar y uno se vuelve discípulo de sus propias experiencias; pero si aquel ser pequeño es uno mismo, se minimiza tanto como el centro del universo en torno al cual gira la existencia; pero por diminuto, nadie repara en su presencia; hasta llegamos a pensar que el entorno está fabricado para engañarnos y que las cosas sólo existen en el momento en que las vemos. Luego se van y cuando uno duerme no existe nada, ni uno mismo, sólo el sueño que guarda la creación. Al abrir los ojos de nuevo nace un nuevo día y todo comienza como antes lo fue, aparentando una continuidad que puede truncarse en cualquier momento.

Los hombres no lloran; cuando se les llenan los ojos de lágrimas, se comprimen los lagrimales y caen gotitas de sal, es el estado líquido del llanto arrinconado donde nadie debe verlo, porque si alguien viera húmedas las pupilas, le motivarían hilaridad.

“Los relatos periodísticos se basan en la investigación y en la evocación. La evocación es traer a la memoria, recordar, volver la mirada atrás, retener, reconstruir. La expresión lingüística sugiere, evoca, quien se expresa selecciona un conjunto expresivo para procurar evocar en su receptor más o menos el mismo significado, lograr una concordancia entre lo evocado por el emisor y lo percibido por el receptor, quien a su vez, también hace otra evocación.”¹

Cuando ha pasado mucho tiempo, puede suceder que el recuerdo se distorsione; pero así mismo, en él se toman en cuenta aspectos que no se habían considerado inicialmente; sin embargo, la necesidad de hablar está latente y es preciso asirse a un recurso cuyos elementos nos sirven para expresar lo guardado durante años; por eso creo que el relato periodístico es el instrumento principal que me ayuda a presentar las vivencias de hace muchos años y que no se borren de la memoria. Tal vez quien lea este trabajo, encuentre en él un material de utilidad, reafirmando la importancia del relato periodístico.

Lo que se me pidió es sumamente sencillo y a la vez bastante complicado. Sencillo porque se trató de relatar pasajes significativos en los 10 primeros años de mi existencia, que recuerdo con mucha precisión y hasta me parecen importantes muchos de ellos; por esa razón, me atreví a tocar el punto. Sin embargo, la cuestión se complica cuando se hace énfasis muy especialmente de mi incapacidad. De inmediato uno se pone en guardia cuando alguien de buenas a primeras quiere meterse en la vida íntima de una persona a la cual se le toma en cuenta sólo en circunstancias muy particulares, ¿Con qué derecho quieren indagar las entrañas de nuestra vida? ¿Acaso será por ese complejo de superioridad que les da el hecho de estar “completos”?

Cierto que no tengo nada que ocultar, pero tampoco me gusta exhibirme. Si ya demasiado tengo con las evidencias en mi diario caminar; por otra parte, me he dado cuenta que entre más me muestro cual soy, se despiertan los sentimientos equívocos de la compasión, la sobreprotección y la lástima, que en el fondo significan rechazo; por ello se me complica hablar de mí mismo, de lo que podría ser la cosa más sencilla.

¹ Robles, Francisca *et. al.* Espejismos de papel: La realidad periodística 1ª ed., Ed. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales – UNAM, México 2006, 201 p.

Nací en un clarito del monte, fui un niño pobre pero muy alegre; mis padres me dieron todo lo que estuvo a su alcance. Siempre velaron por mí, por eso tengo de ellos los mejores recuerdos.

Como niño pobre deseaba muchas cosas; todos los días tenía novedades y mi espíritu inquieto abrigó muchos anhelos y esperanzas que se fueron cumpliendo.

Como niño “anormal”, sufrí la discriminación y muchos tipos de agresiones, que se dieron involuntariamente la mayoría de las veces; porque sabemos, que los niños son crueles, pero en ellos no hay mentira.

Las tristezas que tuve, fueron muy más, algunas muy profundas, por cierto; pero también ellas me sirvieron como puntos de reflexión y las pude sopesar convirtiéndolas en experiencias formativas.

El ser diferente, elevó mis pensamientos y mi imaginación creció enormemente. Hice cuanto me dio la gana y fui reconocido por chicos y grandes como un ser inquieto capaz de lograr grandes hazañas.

Las agresiones que recibí de mis mayores dejaron honda huella en mi memoria; estuve a punto de quedar traumatado y de frustrar todas mis aspiraciones. Tuve mucho dolor, grandes angustias y mucho tiempo anduve desesperado por no entender a los adultos, a quienes les pido más dedicación y comprensión para los niños que van despertando a la vida. Tal vez sea prudente volver a la niñez, para entender como piensan los menores de edad y tratarlos con delicadeza, pues de ello depende la seguridad del hombre en sus años venideros.

El nacer en un rancho, hace que todos seamos hijos de todos; la vida en cierto modo es comunal y todos nos protegemos unos a otros; cualquier persona puede irle a la mano a un muchacho mal portado, porque también cualquier persona le brinda cuidados, abrigo, techo, alimento y cariño a todos los menores de la comunidad, aunque no sean consanguíneos. Esto yo lo gocé en demasía y guardo en el recuerdo la imagen de todas esas personas que me acariciaron y me fortalecieron con su rudeza.

Mis juegos fueron de música, así como todos mis sueños. Jugué al radio, inventé mis juguetes, principalmente discos y micrófonos; me acerqué a los pedazos de películas que desechaban los cines ambulantes de los húngaros y el circo fue una gran diversión; todo un mundo lleno de imágenes y sonidos, que me acercaron desde niño a lo que sería mi oficio como adulto.

Ahora soy un profesional que vivo modestamente de mi trabajo. Puedo hablar de muchas cosas que han pasado ante mi vida, de todas las experiencias que han dejado huella en mi caminar, de muchas personas que he tratado, de logros grandiosos adquiridos, porque soy un ser pensante y tengo la capacidad de disfrutar cuanto me rodea; y con todas las adversidades que pudieran considerarse, aún así creo y estoy seguro que el mundo es maravilloso y lo único que me angustia es no aportar lo suficiente para hacerlo mejor. Todo esto nada tiene que ver con mi situación de invalidez.

Como cualquier niño inquieto, quise hacer de todo, pero el que mucho abarca poco aprieta. Por tanto, precisaba definirme; así pasaron muchos años con la ilusión lejana, hasta que el destino se enderezó y aquí me tienen, combinando el quehacer de músico con lo que se hace en las entrañas de la radio.

El trasladarme a la ciudad, fue como arrancar al pájaro del nido, pero el pájaro aprendió a volar y se volvió autosuficiente, es capaz de ver al mundo desde arriba con la conciencia de que un descuido puede ser fatal; el hombre es capaz de todo, cuando las circunstancias le son favorables.

En la televisión el encanto es menor, pero no me rajo; si bien el mono no tiene mucho que enseñar, se conforma con ser escuchado; pero sepan que hasta en el cine he salido. Aquellos discos morados que imaginé de niño, ahora los hago del color que me da la gana y hasta me emociona cuando me censuran en algunas estaciones de radio por rezongón, porque siento que estoy cumpliendo con mi deber, como persona, como mexicano y como universitario, siempre al servicio de la sociedad; sin cuadrármele a ningún infeliz del mundo por más dinero y poder que tenga.

BIBLIOGRAFÍA:

Leñero Vicente y Martín Carlos, Manual de Periodismo. Grijalbo México 1995. 315p.

Gomiz Lorenzo, Teoría del periodismo: como se forma el presente. Paidós. México. 1991. 210 p.

González Reyna, Susana Periodismo de opinión y discurso. Géneros periodísticos I. Trillas México, 1991. 179 p.

Mejido, Manuel. "El reportaje, género por excelencia del periodismo moderno" en Revista de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM México, oct.-dic. 1964.

Ortega Noriega, Sergio. Breve Historia de Sinaloa. Ed. FCE. Y Fideicomiso historia de las Américas. Serie: Breves historias de los estados de la república mexicana. México 1999. 332 p. IIs.

Pérez de Ribas, Andrés. Pueblos de Sinaloa y Sonora. 1ª ed. Ed.Fondo de Cultura Económica, México, 1997. 78 p.

Robles, Francisca "El relato periodístico testimonial perspectivas para su análisis". Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Orientación en Ciencias de la Comunicación. México, 2006, Facultad de Ciencias Políticas y sociales. UNAM. 184 p.

Rodríguez Dorantes, Mónica. "Viviendo y conviviendo con el down. Un relato periodístico". Tesis de licenciatura en Ciencias de la comunicación. México, 2003. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. 100 p.

Romero, Lourdes. et. al. Espejismos de papel. La realidad periodística. 1ª ed. Ed. México, marzo 2006. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. 201 p.

Mena Rodríguez, Leonor. El amor de las Isabeles. (Biografía testimonial de Luis Pérez meza). Impreso en el Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa. Junio 2001.

PÁGINAS DE INTERNET:

<http://www.Guasave.gob.mx/ubicación.php>

<http://www.sinaloa.gob.mx/>

<http://es.wikipedia.org/wiki/sinaloa>

<http://www.rae.es>

ANEXO FOTOGRAFICO



Calle central de La Noria.



Reunión de amigos en el abarrote de “El Chaco”.



Plática vespertina en otra calle de La Noria.



Pelea de gallos en la casa de Ramón Valenzuela, donde nació, 50 años atrás.



**Milpa de Rogelio Padilla
en la orilla del rancho,
frente a la escuela.**



**Reunión de
amigos
en La Noria
derrocada
que le dio
nombre
al rancho.**

Fernando, Cruz y el Chapo cruzando el canal.



El brocal de La Noria derrocada



Currículum Vitae

Nombre: Cruz Mejía Arámbulo

Nacionalidad: Mexicana

Lugar y Fecha de nacimiento: La Noria, Guasave, Sinaloa; 16 de enero de 1952

Estudios Generales:

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación (1976-1980)

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Curso de locución (1971)

Escuela Nacional de Locutores (ya extinta)

Curso de guitarra y solfeo (1964-1968)

Profesor: Nazario Flores

Curso de acordeón (1966-1968)

Profesor: José Roberto González

Curso de actuación (1972-1973)

Instituto Nacional de la Juventud

Profesor: Mario Montero

Curso de historia de la música latinoamericana (2003-2005)

Casa de Cultura Jesús Reyes Heróles

Profesor: Carlos Maceiras.

Curso de producción radifónica (1979-1980)

Núcleo Radiomil

Curso de producción radiofónica (1992)

Curso de conservación de materiales sonoros (2001-2002)

Curso de manejo del programa de edición no lineal Protools (2002)

XEEP Radio Educación.

ACTIVIDADES PROFESIONALES Y ARTÍSTICAS DESARROLLADAS A LA FECHA:

Músico, intérprete y compositor profesionalmente desde el 9 de octubre de 1974. Cuenta con unas 250 composiciones de canciones mexicanas registradas.

Ha realizado y publicado, de manera independiente, 12 fonogramas con su propia interpretación, música y arreglos:

1. Rescate de canciones antiguas por el rumbo del noroeste.
2. De Palos Verdes a La Noria.
3. México de mis andanzas —álbum doble—
4. Como que te estoy queriendo
5. Cálida Fornax
6. Rueda de prensa
7. Once años, once días, once canciones
8. Y si vivo cien años
9. Música de Sinaloa, de la Jesusa y otras tres
10. Cachivaches
11. Para comenzar el siglo
12. Para la historia

A lo largo de estos 33 años ha ofrecido audiciones musicales, ponencias y cursos relacionados con la actividad radiofónica en diferentes instituciones educativas y culturales:

- Universidad Nacional Autónoma de México
- Instituto Politécnico Nacional
- Universidad Autónoma Metropolitana
- Universidad Obrera
- Universidad de Occidente campus Los Mochis y Guasave; y otras
- Secretaría de Cultura del Distrito Federal, en diferentes delegaciones.

FESTIVALES

- Festival de la Raza, en su 2ª. y 3ª. edición
- Chiapas, dentro del Programa Cultural de las Fronteras
- Décimo Festival Navachiste en Sinaloa
- Festival del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Ha sido jurado en diferentes concursos musicales, entre los que destacan:

- *Concurso del Himno Nacional entre las escuelas secundarias oficiales del Distrito
- Federal
- *Festival del Son Huasteco, Tecamac Estado de México
- *Festival del Son Huasteco en Huejútla, Hidalgo
- *Encuentros de estudiantes de música, que promueve la Dirección de Promoción Cultural del Instituto Politécnico Nacional.
- *Entre muchos otros.

PARA LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN HA PARTICIPADO EN RADIO CINE Y TELEVISIÓN:

CINE

- La montaña sagrada (1972) Dirección de Alejandro Jodorowsky
- Radiografía de CU (1979) Dirección de Oscar Menéndez
- Calacán (1985) Dirección de Luis Kelli
- Los extraños olores de la muerte (documental)

TELEVISIÓN

Series:

- Yo no canto por cantar (Canal 11)
- Pentagrama (Canal 11)
- Sábados de nueve a diez con Claudio Brook y "Chalo" Cervera (Canal 11)
- Temas de la historia (Canal 11)
- El corrido mexicano (canal 4 Más de Jalapa Veracruz)
- Desde el mercado; del Instituto Nacional del Consumidor acompañando a "Chava" Flores. (Varios canales)
- Varios de los programas de Luis Carbajo y de Jorge Berry (Canal 2 y 13)
- Colaboraciones en apoyo a Tele-secundaria (Varios canales)

RADIO:

- Productor y locutor radiofónico desde el año de 1981, en Radio Educación; y colaboración en diversas series como músico, actor o conductor de esta misma emisora.
- Productor y conductor de la serie 78 recuerdos por minuto; serie que recopiló 60 años de historia de la música mexicana, en grabaciones antiguas y originales (1500 programas de 10 minutos de duración).
- Productor y conductor del programa Quien Canta, que permanece en el aire desde el 14 de marzo de 1987, con más de mil cien emisiones; programa en el que se promueve la música popular y folklórica mexicana, con actuación en vivo de sus exponentes.
- Productor y comentarista de la serie: Y si vivo cien años (1999) compendio de la música mexicana del siglo XX, en 30 programas de media hora.
- Participación como conductor y programador en la serie: Abriendo surco, en 563 emisiones de dos horas de duración cada una.
- Productor y conductor del programa En el campo. Instituto Mexicano de la Radio, con enlaces nacionales en 821 programas de media hora de duración.

Colaboró haciendo efectos, voces, rúbricas y músicas originales, para distintas series:

- El Cuento hispanoamericano
- Resonancias
- El caracol de la palabra
- Cachivaches
- La bola

Radionovelas:

- Mala yerba
- Los de abajo
- La sombra del caudillo
- La Jesusa
- Benita Galeana
- Y matarazo no llamó

Entre muchas otras.